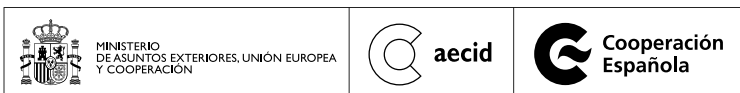




**10**  
DE  
**30**

**Nueva narrativa  
española  
2020**



## Fecha

Junio 2020

## NIPO en línea

109-20-035-0

## Catálogo General de Publicaciones Oficiales

<https://publicacionesoficiales.boe.es>

## Coordinación

Dirección de Relaciones Culturales y Científicas

© De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus propietarios

© De la fotografía de Irene Vallejo, Santiago Basallo

© De la fotografía de Aixa de la Cruz, Iván Repila

© De la fotografía de Álex Chico, Javiera Gaete Fontirroig

© De la fotografía de Juan Gómez Bárcena, Isabel Wagemann

© De la fotografía de Jordi Nopca, Manolo García

© De la fotografía de Florencia del Campo, Carol Caicedo

## Traducción

Kate Whittemore, excepto *The Dinner Guest* de Gabriela Ybarra, traducido por Natasha Wimmer y publicado por Harvill Secker (2018)

## Diseño original y maquetación

Lara Lanceta

© AECID, 2020

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

Av. Reyes Católicos, 4

28040 Madrid, España

Tel. +34 91 583 81 00

[www.aecid.es](http://www.aecid.es)

**10  
DE  
30**

**Nueva narrativa  
española  
2020**

**10 de 30** es un proyecto promovido por la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) para ayudar a la internacionalización de autores españoles con edades comprendidas entre los 30 y los 40 años. Una edad en que muchos escritores ya han producido obras en que se puede apreciar su primera madurez, y cuya calidad reconocida ya por los lectores de nuestro país invita a respaldar su traducción a otras lenguas.

**10 de 30** es un programa que tuvo su primera edición en el año 2019, y que por tanto en este 2020 ha escogido a una segunda decena de autores, con la idea de completar la selección con una última edición en el año 2021: una treintena de escritores y escritoras representativos de su generación que serán parte de la participación de España como país invitado en Frankfurt 2021. Será, pues, una de las principales iniciativas para dar a conocer a los autores que se encuentran en esa franja de edad, con la intención de que los editores extranjeros puedan acercarse también a sus primeras obras.

Para la selección de los autores incluidos en el programa este año 2020, la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas reunió a un jurado formado por: José Ovejero, Clara Obligado, Nuria Barrios, Marcos Giralt Torrente y Javier Serena. Y los escritores elegidos, todos al menos con una obra de narrativa ya publicada, y nacidos entre el año 1979

y el año 1988, fueron: Irene Vallejo, Florencia del Campo, Sabina Urraca, Álex Chico, Juan Gómez Bárcena, Aixa de la Cruz, Cristian Crusat, Jordi Nopca, Katixa Agirre y Gabriela Ybarra.

Este libro contiene, pues, fragmentos de alguna obra suya, además de una breve entrevista y otra información biográfica y de su trayectoria literaria. Su edición en inglés y en español está concebida para utilizarla como herramienta de divulgación de su obra, pues desde diversas instituciones culturales españolas en el exterior, y desde otros organismos públicos, se hará llegar ejemplares del presente libro a editores y agentes extranjeros, informándoles de algunas ayudas que pueden solicitar para su traducción.

Asimismo, los diez autores elegidos en **10 de 30** participarán en actividades literarias e impartirán cursos en diversos centros culturales de la AECID en América Latina, con objeto de favorecer también el mejor conocimiento entre autores de la misma lengua de otros países del continente americano.

Con la tercera edición del año 2021, concluirá, por tanto, la selección de autores que integrarán el proyecto **10 de 30** con el que la AECID colaborará en la participación de España como país invitado en Frankfurt 2021: una treintena de escritores y escritoras que representan algunas de las voces más interesantes aparecidas en los últimos años en nuestro país, y cuyos libros merecen ser leídos también en otras lenguas.

Miguel Albero Suárez



**Irene  
Vallejo**

Pág. 8



**Cristian  
Crusat**

Pág. 22



**Gabriela  
Ybarra**

Pág. 36



**Sabina  
Urraca**

Pág. 50



**Juan Gómez  
Bárcena**

Pág. 66



**Aixa  
de la Cruz**

Pág. 82



**Álex  
Chico**

Pág. 94



**Katixa  
Agirre**

Pág. 106



**Florencia  
del Campo**

Pág. 120



**Jordi  
Nopca**

Pág. 134



## Irene Vallejo

Zaragoza, 1979

Una noche de infancia, a la orilla de la cama, mi padre me contó el encuentro de Ulises con las sirenas, y ahí empezó todo. Atraída desde la niñez por el luminoso mundo mediterráneo, tuve la estafalaria idea de estudiar Filología Clásica. En 2007 conseguí el Doctorado Europeo por la Universidad de Zaragoza y la de Florencia, donde viví una temporada acariciando antiguos manuscritos y recorriendo bibliotecas centenarias. Allí nació *El infinito en un junco* (Siruela 2019), un ensayo literario que ha recibido una inimaginable y cálida acogida de público y crítica, alcanzando doce ediciones. El libro ha recibido el Premio 'El Ojo Crítico' de Narrativa y el Premio 'Las Librerías Recomiendan', y ha sido vendido para su traducción a treinta países. Colaboro habitualmente con *El País* y *Heraldo de Aragón*, y algunos artículos se han publicado en medios extranjeros como *El Corriere della Sera*. Los artículos de prensa han sido recogidos en *El pasado que te espera* (Anorak 2010), *Alguien habló de nosotros* (Contraseña 2017) y *El futuro recordado* (Contraseña 2020), que proponen un híbrido de periodismo, narración y filosofía. Además, he escrito dos novelas: *La luz sepultada* (Paréntesis 2011) y *El silbido del arquero* (Contraseña 2015). Colaboro con el proyecto *Believe in art*, que introduce el arte y la literatura en hospitales infantiles, a través de murales, talleres y cuentacuentos para los niños ingresados. También me embarqué en dos libros infantiles: *El inventor de viajes* (2014) y *La leyenda de las mareas mansas* (2015). Hoy, sentada a la orilla de otra cama menuda, relato mitologías a un niño pequeño. Y ahí, una vez más, es donde empieza todo.



### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

Mi abuela solía decirme: 'Estudia, niña, porque no vales para otra cosa'. Le doy la razón, escribo porque todo lo demás se me da peor y nada me hace tan feliz. El veneno de las palabras me invadió temprano. Todavía recuerdan en mi familia que, siendo niña, reclamaba siempre a los adultos: 'Cuéntame un cuento'. Insaciable, empecé inventar mis propios cuentos en un acto instintivo y feliz, como un juego más. Cuando leía un libro, no soñaba con ser la heroína: quería ser la escritora.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

Me interesan los miedos que nos atan desde dentro, la extrañeza, la soledad, el asombro, los mundos simbólicos y antiguos que iluminan nuestro presente, la extranjería y la emigración en todas sus facetas literales y simbólicas.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Mi cabecera -siempre sitiada por pilas amontonadas de libros- es promiscua, se colorea y se transforma a menudo. Mi lealtad más duradera me une a mis clásicos grecolatinos: Homero, Safo, Heródoto, Eurípides, Tucídides, Virgilio, Ovidio, Tácito, Luciano. Y Montaigne y Sterne.

### **Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Me interesa la libertad que está conquistando el ensayo para abrazar cualquier registro, a través de nuevas formas de diálogo con el pasado. Me fascinan los géneros fronterizos, los textos inclasificables, las voces migrantes.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?**

No hubiera querido nacer en ninguna época anterior a la invención de la anestesia. Vistas las dificultades y el olvido sufridos las escritoras desde que hay memoria, me quedo aquí y ahora. Los libros que escribo son hijos de este tiempo y, hasta cierto punto, antídotos frente a él.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Estoy investigando para mis dos próximos libros, un ensayo y una novela. Ambos se ocupan, con distintos lenguajes, de los mismos problemas: la memoria, la experiencia íntima de los grandes cambios históricos.

## SINOPSIS

Este es un libro sobre la historia de los libros. Un recorrido por la vida de ese fascinante artefacto que inventamos para que las palabras pudieran viajar en el espacio y en el tiempo. La historia de su fabricación, de todos los tipos que hemos ensayado a lo largo de casi treinta siglos: libros de humo, de piedra, de arcilla, de juncos, de seda, de piel, de árboles y, los últimos llegados, de plástico y luz.

Es, además, un libro de viajes. Una ruta con escalas en los campos de batalla de Alejandro y en la Villa de los Papiros bajo la erupción del Vesubio, en los palacios de Cleopatra y en el escenario del crimen de Hipatia, en las primeras librerías conocidas y en los talleres de copia manuscrita, en las hogueras donde ardieron códices prohibidos, en el gulag, en la biblioteca de Sarajevo y en el laberinto subterráneo de Oxford en el año 2000. Un hilo que une a los clásicos con el vertiginoso mundo contemporáneo, conectándolos con debates actuales: Aristófanes y los procesos judiciales contra humoristas, Safo y la voz literaria de las mujeres, Tito Livio y el fenómeno fan, Séneca y la posverdad.

Pero, sobre todo, esta es una fabulosa aventura colectiva protagonizada por miles de personas que, a lo largo del tiempo, han hecho posibles y han protegido los libros: narradoras orales, escribas, iluminadores, traductores, vendedores ambulantes, maestras, sabios, espías, rebeldes, monjas, esclavos, aventureras. Lectores en paisajes de montaña y junto al mar que ruge, en las capitales donde la energía se concentra y en los enclaves más apartados donde el saber se refugia en tiempos de caos. Gente común cuyos nombres en muchos casos no registra la historia, esos salvadores de libros que son los auténticos protagonistas de este ensayo.

## **EL INFINITO EN UN JUNCO**

**(fragmento)**

Misteriosos grupos de hombres a caballo recorren los caminos de Grecia. Los campesinos los observan con desconfianza desde sus tierras o desde las puertas de sus cabañas. La experiencia les ha enseñado que solo viaja la gente peligrosa: soldados, mercenarios y traficantes de esclavos. Arrugan la frente y gruñen hasta que los ven hundirse otra vez en el horizonte. No les gustan los forasteros armados.

Los jinetes cabalgan sin fijarse en los aldeanos. Durante meses han escalado montañas, franqueado desfiladeros, cruzado valles, vadeado ríos, navegado de isla en isla. Para cumplir su tarea deben aventurarse por los violentos territorios de un mundo en guerra casi permanente. Son cazadores en busca de presas de un tipo muy especial. Presas silenciosas, astutas, que no dejan rastro ni huella.

Si estos inquietantes emisarios se sentasen en la taberna de algún puerto a comer pulpo asado, hablar y emborracharse con desconocidos (nunca lo hacen por prudencia), podrían contar grandes historias de viajes. Se han adentrado en tierras azotadas por la peste. Han atravesado comarcas assoladas por incendios, han contemplado la ceniza caliente de la destrucción. Han tenido que beber aguas repugnantes que les han causado diarreas monstruosas. Siempre que llueve, los carros y las mulas se atascan

en los charcos; entre gritos y juramentos han tirado de ellos hasta caer de rodillas y besar el barro. Cuando la noche les sorprende lejos de cobijo, solo su capa les protege de los escorpiones. Han conocido el tormento enloquecedor de los piojos y el miedo constante a los bandoleros que infestan los caminos. Muchas veces, cabalgando por inmensas soledades, les hiela la sangre imaginar un grupo de bandidos esperándolos, conteniendo el aliento, escondidos en algún recodo del camino para caer sobre ellos, asesinarlos a sangre fría, robar sus bolsas y abandonar sus cadáveres calientes entre los arbustos.

Es lógico que tengan miedo. El rey de Egipto les ha confiado grandes sumas de dinero antes de enviarlos a la otra orilla del mar para cumplir sus órdenes. En aquel tiempo, solo unas décadas después de la muerte de Alejandro, viajar llevando una gran fortuna era muy arriesgado, casi suicida. Y aunque los puñales de los ladrones, las enfermedades contagiosas y los naufragios amenazan con hacer fracasar una misión tan cara, el faraón insiste en enviar a sus agentes desde el país del Nilo, cruzando fronteras y grandes distancias, en todas las direcciones. Desea apasionadamente, con impaciencia y dolorosa sed de posesión, esas presas que sus cazadores secretos rastrean para él, haciendo frente a peligros ignotos.

Los campesinos que se sientan a figonear a la puerta de sus cabañas, los mercenarios y los bandidos habrían abierto unos ojos asombrados y una boca incrédula si hubieran sabido qué perseguían los jinetes extranjeros.

Libros. Buscaban libros.

Era el secreto mejor guardado de la corte egipcia: el Señor de las Dos Tierras, uno de los hombres más poderosos del momento, daría la vida (la de otros, claro; siempre es así con los reyes) por conseguir todos los libros del mundo para su gran biblioteca de Alejandría. Perseguía el sueño de una biblioteca absoluta y perfecta, la colección donde reuniría todas las obras de todos los autores desde el principio de los tiempos.

Siempre me asusta escribir las primeras líneas, el umbral de un nuevo libro. Cuando he recorrido todas las bibliotecas, cuando los cuadernos revientan de notas enfebrecidas, cuando ya no se me ocurren pretextos razonables, ni siquiera insensatos, para seguir esperando, lo retraso aún varios días durante los cuales entiendo en qué consiste ser cobarde. Sencillamente, no me siento capaz. Todo debería estar ahí —el tono, el sentido del humor, la poesía, el ritmo, las promesas—. Los capítulos todavía sin escribir deberían adivinarse ya, pugnando por nacer, en el semillero de las palabras elegidas para empezar. Pero ¿cómo se hace eso? Mi bagaje son las dudas, con cada libro vuelvo al punto de partida y al corazón agitado de todas las primeras veces. Escribir es intentar descubrir lo que escribiríamos si escribiésemos, así lo expresa Marguerite Duras, pasando del infinitivo al condicional y luego al subjuntivo, como si sintiese el suelo resquebrajarse bajo sus pies. En el fondo, no es tan diferente de todas esas cosas que empezamos a hacer antes de saber hacerlas: hablar otro idioma, conducir, ser madre. Vivir.

Después de todas las agonías de la duda, después de agotar los aplazamientos y las coartadas, una tarde calurosa de julio me enfrento a la soledad de la página blanca. He decidido abrir mi texto con la imagen de unos enigmáticos cazadores al acecho de la presa. Me identifico con ellos, me gusta su paciencia, su estoicismo, sus tiempos perdidos, la lentitud y la adrenalina de la búsqueda. Durante años he trabajado como investigadora, consultando fuentes, documentándome y tratando de conocer el material histórico. Pero a la hora de la verdad, la historia real y documentada que voy descubriendo me parece tan asombrosa que invade mis sueños y cobra sin yo quererlo la forma de un relato. Siento la tentación de entrar en la piel de los buscadores de libros en los caminos de una Europa antigua, violenta y convulsa. ¿Y si empiezo narrando su viaje?

Creo que el punto de partida es tan fantástico como el viaje en busca de las Minas del Rey Salomón o del Arca Perdida, pero

los documentos atestiguan que existió de verdad en la mente megalómana de los reyes de Egipto. Tal vez allá en el siglo III a.C. fue la única y última vez que se pudo hacer realidad el sueño de juntar todos los libros del mundo en una biblioteca universal sin ausencias. Hoy nos parece la trama de un cuento abstracto y fascinante de Borges –o quizás, su gran fantasía erótica–.

En el tiempo del gran proyecto alejandrino, no existía nada parecido al comercio internacional de libros. Se podían comprar en ciudades con una larga vida cultural, pero no en la joven Alejandría. Los textos cuentan que los reyes usaron las enormes ventajas del poder absoluto para enriquecer su colección. Lo que no podían comprar, lo confiscaban. Si era preciso rebanar cabezas o arrasar cosechas por hacerse con un libro codiciado, darían la orden diciéndose que el esplendor de su país era más importante que los pequeños escrúpulos.

La estafa, por supuesto, estaba en su repertorio. Ptolomeo III ansiaba las versiones oficiales de las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides conservadas en el archivo de Atenas desde su estreno los festivales teatrales. Los embajadores del faraón pidieron prestados los valiosos rollos para encargar copias a sus minuciosos amanuenses. Las autoridades atenienses exigieron la exorbitante fianza de quince talentos de plata, que equivale a millones de dólares de hoy. Los egipcios pagaron, dieron las gracias con reverencias pomposas, hicieron solemnes juramentos de devolver el préstamo antes de que transcurrieran –digamos– doce lunas, se amenazaron a sí mismos con truculentas maldiciones si los libros no volvían en perfecto estado y a continuación, por supuesto, se los apropiaron, renunciando al depósito. Los dirigentes de Atenas tuvieron que soportar el atropello. La orgullosa capital de tiempos de Pericles se había convertido en una ciudad provinciana dentro de un reino incapaz de rivalizar con el poderío de Egipto, que dominaba el comercio del cereal, el petróleo de la época.

Aleandría era el principal puerto del país y su nuevo centro vital. Desde siempre, una potencia económica de esa magnitud puede extralimitarse alegremente. Todos los barcos de cualquier procedencia que hacían escala en la capital de la biblioteca, sufrían un registro inmediato. Los oficiales de aduanas requisaban cualquier escrito que encontraban a bordo, lo hacían copiar en papiros nuevos, devolvían las copias y retenían los originales. Estos libros tomados al abordaje iban a parar a las estanterías de la biblioteca con una breve anotación aclarando su procedencia: “fondo de las naves”.

Cuando estás en la cima del mundo, no hay favores excesivos. Se decía que Ptolomeo II envió mensajeros a los soberanos y gobernantes de cada país de la tierra. En una carta sellada les pedía que se tomasen la molestia de enviarle para su colección sencillamente todo: las obras de poetas y escritores en prosa de su reino, de oradores y filósofos, de médicos y adivinos, de historiadores y todos los demás.

Además —y esta ha sido mi puerta de entrada a esta historia—, los reyes enviaron por los peligrosos caminos y mares del mundo conocido a agentes con la bolsa llena y órdenes de comprar el máximo de libros posibles y de encontrar, allí donde estuvieran, las copias más antiguas. Ese apetito de libros y los precios que se llegaban a pagar, atrajeron a pícaros y falsificadores. Ofrecían rollos de falsos textos valiosos, envejecían el papiro, fundían varias obras en una para aumentar la extensión e inventaban toda clase de manipulaciones hábiles. Algún sabio con sentido del humor se divirtió escribiendo obras bien amañadas, auténticos fraudes calculados para tentar la codicia los Ptolomeos. Los títulos eran divertidos, podrían comercializarse hoy: ‘Lo que Tucídides no dijo’. Sustituyamos a Tucídides por Kafka o Joyce, e imaginemos la expectación que provocaría el falsario al aparecer en la biblioteca con las fingidas memorias y los secretos inconfesables del escritor bajo el brazo.

A pesar de las prudentes sospechas, los compradores de la biblioteca temían dejar pasar un libro tal vez valioso y arriesgarse a enfurecer al faraón. Cada poco tiempo, el rey pasaba revista a los rollos de su colección con el mismo orgullo de los desfiles militares. Preguntaba a Demetrio de Falero, el encargado del orden de la biblioteca, cuántos libros tenían ya. Y Demetrio lo ponía al día: “Ya hay más de veinte decenas de millares, oh Rey; y me afano para completar en breve lo que falta para los quinientos mil”. El hambre de libros desatada en Alejandría empezaba a convertirse en un brote de locura apasionada.

He nacido en un país y una época en que los libros son objetos fáciles de conseguir. En mi casa, asoman por todas partes. En épocas de trabajo intenso, cuando los pido en préstamo por docenas en las distintas bibliotecas que soportan mis incursiones, suelo dejarlos en torres sobre las sillas o incluso en el suelo. También abiertos boca abajo, como tejados a dos aguas en busca de una casa que cobijar. Ahora, para evitar que mi hijo de dos años arrugue las hojas, formo pilas sobre el reposacabezas del sofá, y cuando me siento a descansar, noto el contacto de sus esquinas en la nuca. Al precio de los alquileres en la ciudad donde vivo, resulta que mis libros son unos inquilinos costosos. Pero yo pienso que todos, desde los grandes libros de fotografía hasta esos viejos ejemplares de bolsillo encolados que siempre intentan cerrarse como si fueran mejillones, hacen más acogedora la casa.

La historia de los esfuerzos, viajes y penalidades para llenar los estantes de la biblioteca de Alejandría puede parecer atractiva por su exotismo. Son acontecimientos extraños, aventureros, como las fabulosas navegaciones a las Indias en busca de especias. Aquí y ahora los libros son tan comunes, tan desprovistos del aura de la novedad tecnológica, que abundan los profetas de su desaparición. Cada cierto tiempo leo con desconsuelo artículos periodísticos que vaticinan la extinción de los libros, sustituidos por los dispositivos electrónicos y derrotados frente las inmensas posibilidades de ocio.



Los más agoreros pretenden que estamos al borde de un fin de época, de un verdadero apocalipsis de librerías echando el cierre y bibliotecas deshabitadas. Parecen insinuar que muy pronto los libros se exhibirán en las vitrinas de los museos etnológicos, cerca de las puntas de lanza prehistóricas. Con esas imágenes clavadas en la imaginación, paseo la mirada por mis filas interminables de libros y las hileras de discos de vinilo, preguntándome si un viejo mundo entrañable está a punto de desaparecer.

¿Estamos seguros?

El libro ha superado la prueba del tiempo, ha demostrado ser un corredor de fondo. Cada vez que hemos despertado del sueño de nuestras revoluciones o de la pesadilla de nuestras catástrofes humanas, el libro seguía ahí. Como dice Umberto Eco, pertenece a la misma categoría de la cuchara, el martillo, la rueda o las tijeras. Una vez inventados, no se puede hacer nada mejor.

Por supuesto, la tecnología es deslumbrante y tiene fuerza suficiente como para destronar a las antiguas monarquías. Sin embargo, todos añoramos cosas que hemos perdido —fotos, archivos, viejos trabajos, recuerdos— por la velocidad con la que envejecen y quedan obsoletos sus productos. Primero fueron las canciones de nuestras casetes, después las películas grabadas en VHS. Dedicamos esfuerzos frustrantes a coleccionar lo que la tecnología se empeña en hacer pasar de moda. Cuando apareció el DVD, nos decían que por fin habíamos resuelto para siempre nuestros problemas de archivo, pero vuelven a la carga tentándonos con nuevos discos de formato más pequeño, que invariablemente requieren comprar nuevos aparatos. Lo curioso es que aún podemos leer un manuscrito pacientemente copiado hace más de diez siglos, pero ya no podemos ver una cinta de vídeo o un disquete de hace apenas algunos años. A menos que conservemos todos nuestros sucesivos ordenadores y aparatos reproductores, como un museo de la caducidad, en los trasteros de nuestras casas.

No olvidemos que el libro ha sido nuestro aliado desde hace muchos siglos en una guerra que no registran los manuales de historia. La lucha por preservar nuestras creaciones valiosas. Las palabras, que son apenas un soplo de aire. Las ficciones que inventamos para dar sentido al caos y sobrevivir en él. Los conocimientos verdaderos, falsos y siempre provisionales que vamos arañando en la roca dura de nuestra ignorancia.

Por eso decidí sumergirme en esta indagación. En el principio, hubo preguntas, enjambres de preguntas: ¿Cuándo nació el libro? ¿Cuál es la historia secreta de los esfuerzos por multiplicarlos o aniquilarlos? ¿Qué se perdió por el camino, qué se ha salvado? ¿Por qué algunos de ellos se han convertido en clásicos? ¿Cuántas bajas han causado los dientes del tiempo, las uñas del fuego, el veneno del agua? ¿Qué libros han sido quemados con ira, qué libros se han copiado más apasionadamente? ¿Los mismos?

Este relato es un intento de continuar la aventura de aquellos cazadores de libros. Quisiera ser, de alguna manera, su improbable compañera de viaje, al acecho de manuscritos perdidos, historias desconocidas y voces a punto de enmudecer. Quizás aquellos grupos de exploradores eran solo esbirros al servicio de unos reyes poseídos por una obsesión megalómana. Tal vez no entendían la trascendencia de su tarea, que les parecía absurda, y en las noches al raso, cuando se apagaban los rescoldos de la hoguera, mascullaban entre dientes que estaban hartos de arriesgar la vida por el sueño de un loco. Seguramente hubieran preferido que los enviaran a una misión con más posibilidades de ascenso, como sofocar una revuelta en el desierto nubio o inspeccionar el cargamento de las barcazas en el Nilo. Pero sospecho que, al buscar el rastro de todos los libros como si fueran las piezas de un tesoro disperso, estaban colocando, sin saberlo, los cimientos de nuestro mundo.

\*\*\*

Tú, que lees este libro, has vivido durante algunos años en un mundo oral. Desde tus balbuceos con lengua de trapo hasta que aprendiste a leer, las palabras solo existían en la voz. Encontrabas por todas partes los dibujos mudos de las letras, pero no significaban nada. Los adultos que controlaban el mundo, ellos sí, leían y escribían. Tú no entendías bien qué era eso ni te importaba demasiado porque te bastaba hablar. Los primeros relatos de tu vida entraron por las caracolas de tus orejas, tus ojos aún no sabían escuchar. Luego llegó el colegio: los palotes, los redondeles, las letras, las sílabas. En ti se ha cumplido a pequeña escala el mismo tránsito que hizo la humanidad desde la oralidad a la escritura.

Mi madre me leía libros todas las noches, sentada en la orilla de mi cama. Ella era la rapsoda; yo, su público fascinado. El lugar, la hora, los gestos y los silencios eran siempre los mismos: nuestra íntima liturgia. Mientras sus ojos buscaban el lugar donde había abandonado la lectura y luego retrocedían unas frases atrás para recuperar el hilo de la historia, la suave brisa del relato se llevaba todas las preocupaciones del día y los miedos intuidos de la noche. Aquel tiempo de lectura me parecía un paraíso pequeño y provisional —después he aprendido que todos los paraísos son así, humildes y transitorios—.

Su voz, yo escuchaba su voz y los sonidos del cuento que ella me ayudaba a oír con la imaginación: el chapoteo del agua contra el casco de un barco, el crujido suave de la nieve, el choque de dos espadas, el silbido de una flecha, pasos misteriosos, aullidos de lobo, cuchicheos detrás de una puerta. Nos sentíamos muy unidas, mi madre y yo, más juntas que nunca pero escindidas en dos dimensiones paralelas, dentro y fuera, con un reloj que hacía tic-tac en el dormitorio durante media hora y años enteros transcurriendo en la historia, solas

y al mismo tiempo rodeadas de mucha gente, amigas y espías de los personajes.

En esos años, uno a uno, iba perdiendo los dientes de leche. Mi gesto favorito mientras ella me contaba cuentos era menear un diente tembloroso con el dedo, sentirlo desprenderse de sus raíces, bailar cada vez más suelto y, cuando finalmente se partía soltando unos hilos salados de sangre, colocármelo en la palma de la mano para mirarlo —la infancia se estaba rompiendo, dejaba huecos en mi cuerpo y añicos blancos por el camino, el tiempo de escuchar cuentos acabaría pronto, aunque yo no lo sabía—.

Y cuando llegábamos a episodios especialmente emocionantes —una persecución, la proximidad del asesino, la inminencia de un descubrimiento, la señal de una traición—, mi madre carraspeaba, fingía un picor de garganta, tosía, era la señal pactada de la primera interrupción. Ya no puedo leer más. Entonces me tocaba suplicar y desesperarme: no, no lo dejes aquí, sigue un poquito más. Estoy cansada. Por favor, por favor. Interpretábamos la pequeña comedia y luego ella seguía adelante. Yo sabía que me engañaba, claro, pero siempre me asustaba. Al final, una de las interrupciones sería de verdad, y ella cerraría el libro, me daría un beso, me dejaría a solas en la oscuridad y se entregaría a esa vida secreta que viven los mayores por la noche, sus noches apasionantes, misteriosas, deseadas, ese país extranjero y prohibido para los niños. El libro cerrado quedaría sobre la mesilla, callado y terco, expulsándome de los campamentos del Yukón, o de las orillas del Mississippi, o de la fortaleza de If, de la posada *El almirante Benbow*, del Monte de las Ánimas, de la selva de Misiones, del lago de Maracaibo, del barrio de Benia Kirk en Odesa, de Ventimiglia, de la Perspectiva Nevski, de la Ínsula Barataria, del antro de Ella Laraña en la fronera de Mordor, del páramo junto a la mansión de los Baskerville, de Nijni Nóvgorod, del

castillo de Irás-y-no-volverás, del bosque de Sherwood, del siniestro laboratorio de anatomía de Ingolstadt, de la arboleda del barón Cosimo en Ombrosa, del planeta de los baobabs, de la misteriosa casa de Yvonne de Galais, de la guarida de Fagin, de la isla de Ítaca. Y aunque yo abriese el libro, no serviría de nada, solo vería líneas llenas de patas de araña que se negarían a decirme una mísera palabra. Sin la voz de mi madre, la magia no se hacía realidad. Leer era un hechizo, sí, conseguir que hablasen esos extraños insectos negros de los libros, que entonces me parecían enormes hormigueros de papel.



## Cristian Crusat

Marbella, 1983

Es autor de los libros de relatos *Solitario empeño* (Pre-Textos, 2015), *Breve teoría del viaje y el desierto* (Pre-Textos, 2011), *Tranquilos en tiempo de guerra* (Pre-Textos, 2010) y *Estatuas* (Pre-Textos, 2006), así como del ensayo *Vidas de vidas* (Páginas de Espuma, 2015) y de *Sujeto elíptico* (Pre-Textos, 2019), un libro de fronteras genéricas y geográficas que amalgama narración, ensayo y literatura de viajes a partir del universo de la cultura bereber, el cual ha merecido el Premio Tigre Juan 2019. Su obra se ha distinguido con otros galardones como el «European Union Prize for Literature 2013», ha sido antologada en volúmenes como *Cuento español actual. 1992-2012* (Cátedra, 2014) y ha sido vertida al inglés, francés, italiano, neerlandés, búlgaro, macedonio, turco, albanés, hebreo y croata. Editó, prologó y tradujo los artículos y ensayos críticos de Marcel Schwob en el volumen *El deseo de lo único. Teoría de la ficción* (Páginas de Espuma, 2012). Asimismo, ha coordinado dossieres monográficos y publicado artículos, reseñas y traducciones en revistas como *Hispanic Research Journal*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Das Magazin* o *Punto de partida*. Doctor en Humanidades por la Universidad de Amsterdam con una tesis de Literatura Comparada, ha ejercido la docencia e investigado en universidades de España, Francia, Países Bajos, Marruecos y Estados Unidos. La novela *Europa Automatiek* (2019) es su último libro publicado.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

En realidad, una maniática inercia me obliga diariamente a continuar algo comenzado hace tanto tiempo que, como dijo en cierta ocasión Georges Perec, la pregunta ya no es «¿por qué escribo?», sino «¿por dónde iba?, ¿qué era lo siguiente?».

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

El desarraigo, el malestar en la cultura globalizada, la extranjería, las mudanzas y los viajes, los pasadizos entre lo cotidiano y el mito, las playas, las piscinas vacías.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

En las cajas de mis mudanzas siempre estaban Vila-Matas, Bolaño, Diógenes Laercio, Loriga, Baudelaire, De Quincey, Sebald, D.F. Wallace, Schwob, Tabucchi, Ford, Kiš, Ribeyro o DeLillo.

### **Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Entre las sensibilidades actuales, me atraen las que abordan asuntos derivados de la íntima falta de raíces (Sergio Chejfec, Aleksandar Hemon, Jhumpa Lahiri, Francesc Serés, Dubravka Ugrešić, Teju Cole, Sherman Alexie), relatan las colisiones entre historia y memoria individual (Stefan Hertmans, J. G. Ballard, J. M. Coetzee), descubren la contrafaz de las máscaras privadas (Peter Stamm), amplían el campo de batalla de la biografía (Pierre Michon, Pascal Quignard) o conciben sus textos como una exploración de la escritura y de los problemas de articulación de un mundo (Marcelo Cohen). Estas corrientes se manifiestan asimismo en algunos poetas para mí fundamentales de las últimas décadas (Tomas Tranströmer, Tomás Segovia) y ensayistas que incorporan con increíble fluidez el pensamiento a la narración (Eliot Weinberger, Ramón Andrés, Pietro Citati).

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?**

Grasmere en 1810. París en 1896. Ciudad de México en 1909.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

El más inmediato es un ensayo que aparecerá a mediados de 2020. Se trata de un dialecto de alusiones en torno a la literatura de W. G. Sebald, la nostalgia europea, el silencio de un suburbio holandés, el Holocausto según Larry David y los principios básicos de una ética de la miniatura.

## SINOPSIS

«Ámsterdam, finales de 2011. Las secuelas del colapso económico de 2008 campan por España. Los jóvenes han sido despojados de la vieja idea de futuro y están sumidos en nuevas formas de precariedad. Muchos se largan a otros países en busca de los sueños prometidos por el ideal europeo. Entre ellos, un traductor almeriense a punto de cumplir los 30. Sentado en el salón de su casa alquilada en el centro de Ámsterdam, sigue por la tele el funeral de un dictador norcoreano y encadena un capítulo tras otro de Los Soprano. Lleva varios años vagando por distintos países europeos, sacándose másters y formando parte del eterno lumpen-profesorado; ha llegado a Holanda a dar clases de español en un instituto local. Gana poco, apenas habla neerlandés y está sobrecualificado. Vive retraído, se aferra a su trabajo, da paseos por la ciudad. No es capaz de imaginar ningún futuro y ha perdido la noción de pertenencia, de intimidad, de lo que podría significar un hogar. Sin embargo, un día recibirá una visita inesperada que desencadenará un cambio crucial en su vida. La enigmática figura de Tajana –hija de refugiados croatas que habían huido de las guerras balcánicas para instalarse en Ámsterdam– significará para él una nueva contraseña sentimental. Y, asimismo, personificará el fantasma de la pesadilla étnica de las Guerras Yugoslavas, ese turbador emblema de los conflictos que amenazan continuamente el proyecto europeo. Con una prosa envolvente y prodigiosa a la hora de detectar las más sutiles tensiones de la nueva vida social en España y el resto del continente, *Europa Automatiek* elabora un lúcido análisis del sentido que la intimidad puede encerrar en nuestros días. Pero, también, de las alteraciones producidas en las esferas de lo público y lo privado. Siempre a caballo entre la ficción y el ensayo personal, Crusat ilumina zonas insólitas del pensamiento europeo para construir una novela de aventuras íntimas que, al mismo tiempo, hace temblar la idea que nos hemos hecho de Europa y de nuestra vida en ella.»



## **EUROPA AUTOMATIEK**

**(fragmento de novela)**

Tras dos años viviendo en Amsterdam había aprendido a identificar los días de la semana en función del tráfico aéreo y de las sordas vibraciones de los motores de la KLM. Se trataba de un lenguaje extrañamente cercano e íntimo, codificable sólo por un extranjero, es decir, por alguien que no comprende. Y que me atraía a las ventanas de mi casa como un delgado hilo invisible: un sencillo tic pequeñoburgués con mayor carga simbólica de lo que parecería a simple vista. Por lo demás, el descanso de un gato en cualquier balcón al otro lado de mi calle, algunos muros de ladrillo coronados de modo inesperado por la pasiflora, o dos gramos de White Widow: esos eran los acontecimientos que yo pensaba que me podía deparar la ciudad, además de una permanente atmósfera de comida frita y rebozada... Trazas de queroseno evaporándose en el éter. No necesitaba mucho más, aparte del salario mínimo, lo cual se había convertido en una quimera por toda Europa. Supongo que una anónima carta astral hubiera dictado que me hallaba en un momento de transición personal.

Aquella mañana había seguido el parpadeo de un buen puñado de luces de navegación a través del cielo, rojas y verdes, mientras asistía amodorrado y legañoso al lento vaivén de esas

nubes holandesas que se desplazan como lacerantes obligaciones postergadas. Estaba apoyado en una de las estanterías de madera de cerezo que mi casera tal vez se llevara de un momento a otro. Me hallaba aún somnoliento, en pijama y con dos gruesos calcetines que forraban cada uno de mis pies, uno indolentemente encima del otro, igual que dos algodonasas gramáticas de sendas lenguas muertas. Definitivamente era el paisaje de una mañana de sábado, de una plomiza mañana de sábado.

Transcurrían los últimos días de 2011. Me hallaba en trance de acostumbrarme a aquella casa, a la que me había mudado hacía poco. El viejo termostato estaba comenzando a chirriar, se cumplía mi segundo año en Amsterdam y yo dividía mi tiempo entre los pasillos llenos de arcos y recovecos en una academia de idiomas que anteriormente había sido un restaurante de comida griega —donde estaba impartiendo clases de español— y la traducción de un libro de ensayos y artículos del escritor W.G.C. Bijvanck. Las jornadas transcurrían lenta pero implacablemente; el frío, la lluvia y la nieve habían empezado a sucederse sin piedad. El disco del año para Pitchfork.com había sido *Bon Iver*, de Bon Iver. Todo parecía redundante.

Me había concentrado en aquel conteo aéreo tras desayunar bastante tarde. Las imágenes de la televisión se sucedían en voz baja. Al igual que tras las ventanillas de los aviones, llovía en silencio. En Amsterdam llovía de todas las maneras posibles: lluvia vertical, racheada, continua, procedente del centro de la tierra. A pesar de que ignoraba voluntariamente lo que sucedía en el mundo, solía tener la televisión encendida. La encendía, incluso, cuando trabajaba (uno de mis reflejos de solitario, sospecho); la encendía para ignorarla. Aquellas convulsas reverberaciones del exterior —informativas o aeronáuticas— colisionaban frente a mi ensimismamiento como ante una sólida cámara anecoica. Observé que en la acera de enfrente se había inaugurado una tienda de camisetas satíri-

cas, así como un *traiteur* de comida vietnamita. En mi teléfono móvil tenía una llamada perdida de Ewa, que no devolví. Valoraba la posibilidad de visionar por cuarta vez, desde el primer capítulo, *The Sopranos*: los patos y todo ese etcétera.

La rutina es una tensión sin revolver, fluctuante y caprichosa. La rutina: otro burdo pasatiempo con el que afianzar el *statu quo*, nuestro reino de lo provisional.

Sin embargo, las imágenes de la televisión despertaron mi curiosidad. Dejé automáticamente a un lado el CD de *The Sopranos*, absorbo en aquel chorro de electrones en movimiento. Me apoltroné en el sillón y encendí la colilla de un cigarrillo que quedaba de la noche anterior en el cenicero. Al fin y al cabo, era sábado. El locutor de la televisión holandesa tenía una voz nasal, profunda; una voz que procedía de la íntima convicción calvinista de que el deber está alojado en nuestro interior. De que nos incumbe personalmente y determina nuestro destino. Una convicción inmunda, bajo mi punto de vista en aquel entonces.

Escuché lo que decía aquella aborrecible voz sobre Kim Jong-il, cuyo funeral transcurría ante mis ojos. Me fijé en el gigantesco retrato del líder norcoreano, colocado sobre una de esas limusinas Lincoln dentro de las que desfilan, saludan y fallecen tantos dirigentes políticos. Avanzaba a un ritmo onírico. Su rostro enmarcado –sonriente, paternal y con una leve mueca fiscalizadora– se abría paso entre la niebla, precedido por los faros de los automóviles del cortejo fúnebre como en los silenciosos, interminables créditos de una película francesa de la *Nouvelle Vague*.

La calzada, el capó de los automóviles, las mejillas lacrimosas de los niños norcoreanos, el celaje... todo estaba cubierto de nieve y envuelto por un filtro brumoso, alcaloide. Los hechos parecían acontecer en alguno de esos anillos congelados de Saturno o en los valles de metano y hielo de Plu-

tón. Las mujeres y las niñas lloraban como mujeres y niñas; los hombres lloraban como suegros resentidos y sentimentales: tenían escarcha en el flequillo, gafas con montura dorada y los dientes opacos y estrechos. Algunas muchachas plañideras se removían dentro de la multitud como el yonqui que vendía periódicos antisistema a la entrada del supermercado Albert Heijn, en la plaza Frederiksplein, adonde yo me dirigía una vez a la semana para hacer la compra. Se agachaban, meditaban durante un segundo y súbitamente cambiaban de rumbo, desorientadas. También me recordaba el ritual del domingo de Pascua, cuando los niños buscan desquiciadamente huevos de chocolate por los jardines de Amsterdam y de toda la región de Noord-Holland.

El año que tocaba a su fin estaba siendo en realidad un año pésimo para algunos dictadores: Ben Ali había abandonado Túnez y buscado refugio en Arabia Saudí; Hosni Mubarak fue derrocado en Egipto. Silvio Berlusconi acababa de dimitir como primer ministro italiano. A veces perdía mi tiempo haciendo sintéticas búsquedas en Youtube: «Bunga Bunga», «Gaddafi dead», «Gaddafi tunnel», «Gaddafi last moments». Un macaco negro con cresta de la isla de Sulawesi, en Indonesia, se había convertido en una celebridad después de hacerse un *selfie*. El mundo devolvía un mosaico de imágenes borrosas, esencialmente efímeras, cada vez que se le inquiría por el tiempo presente. Y mientras tanto la imaginación popular se nutría y atiborraba de figuras humanas con cabeza de conejo, de gatitos que viajaban a lomos de un cocodrilo o dormían dentro del bidé, de terroristas islamistas enterrados en el lecho de un mar ignoto.

Cada fantasía, tal vez, delate una nueva forma de desear. Y, entretanto, una tras otra, píxel tras píxel, las imágenes que desfilaban ante mis ojos incurrían en la paradoja del diagnóstico que constituye su propio síntoma. Por lo demás, apenas habían

transcurrido dos semanas desde que un hombre de treinta y tres años cometiera una masacre en Lieja, lanzando granadas de mano, disparando su fusil de combate y, finalmente, suicidándose en una céntrica plaza de aquella ciudad belga.

Me levanté del sillón para buscar la taza de café que había olvidado en el microondas. Subí el volumen del televisor. No quería perder detalle del funeral de Kim Jong-il, así que corrí hasta la cocina. De repente, mi ánimo se había galvanizado. Allí, apoyado sobre el fregadero, me asomé a lo que se divisaba a través del vaho de los cristales, un gesto con el que me persuadía de que no había motivos para estar en otro lugar, ni para afrontar el día de otra manera que hechizado por el simulacro de las exequias de un dictador asiático.

La nieve acumulada de los últimos días se había convertido en barro a ambos lados de mi calle; un barro con ribetes parduscos que se asemejaba desde mi posición a la nata tostada por la llama de un soplete de cocina. El cielo de Amsterdam, tan bajo, encapsulaba perezosamente a sus habitantes, quienes echaban mano de su ética protestante para sobreponerse al clima. Regresé al salón y decidí aplazar un poco mis tareas matinales, de modo que permanecí un rato más frente al televisor, todavía en pijama.

Nada era espontáneo ni desordenado en aquel funeral retransmitido desde Pyongyang. «Organización» y «muerte»: dos conceptos que, integrados en una misma frase, deberían decirlo todo sobre una época que se estaba alargando demasiado (o, más bien, que se transformaba sutilmente en algo mucho más amable y peor). Tal vez la nieve fuera falsa, parte del decorado. La autoflagelación se imponía progresivamente entre la muchedumbre como una alternativa a la mascarada. La excitación sexual era un hecho entre los asistentes. Pero yo estaba sinceramente emocionado, o tal vez había acabado por suggestionarme como los asistentes... Al parecer, nuestra civi-

lización se había reafirmado en el fervoroso axioma romántico según el cual lo que no ha acontecido no envejecerá; aceleraba partículas en Ginebra; extinguía las abejas; disparaba pelotas de ping-pong desde las vaginas de prostitutas tailandesas; decaía; decaía tantísimo.

Me hallaba calculando el tamaño del cortejo gracias a un plano aéreo de la televisión norcoreana cuando sonó el timbre de mi apartamento.

Una vez, dos veces.

Me recompuse, bajé el volumen del televisor y permanecí en silencio, meditando qué hacer.

Un timbrazo, dos timbrazos.

Lamenté no poder grabar el funeral, como antaño con los vídeos VHS y sus etiquetas en el lomo. «Funeral Kim Jong-il. TOP», hubiera escrito. Volvieron a llamar, así que decidí levantarme, apagar el cigarrillo y abrir la ventana a fin de airear el salón y espabilarme yo mismo. Fuera, a un metro de la puerta, encontré a un par de chicas en la primera mitad de la veintena. Cuando les pregunté qué se les ofrecía se miraron con extrañeza, como dos siamesas recién separadas.

—¿Dónde está Emmy? —preguntó una de ellas.

Desprevenido, les dije que no tenía idea de por quién preguntaban.

—¿Eres familia de Emmy, la propietaria? —me interrogó la misma.

No sabía dónde estaba mi casera. Era absolutamente cierto. Además, mi casera no se llamaba Emmy.

Entonces me di cuenta de que esas dos chicas eran hermanas. Hablaban holandés con un acento errático y desconocido para mí. La que había escupido aquella breve ráfaga de preguntas era la mayor, sin duda. Tenía un cuerpo sarmentoso y no le faltaba determinación. Como muchas jóvenes holandesas (aunque estaba claro que ella no lo era), llevaba el pelo

recogido en una rígida coleta rubia y vestía ropa de alpinista o escalador, preparada para el próximo aguacero o una súbita helada. Y como cualquier oriundo de Amsterdam, era capaz de arrojar con la mirada una sonda invisible al fondo del alma de su interlocutor. Por esta razón mis escasas palabras parecían provenir de las fangosas profundidades de un pozo prácticamente cegado. Todo en ella era impermeable, aséptico y rígido. Incluso su insolencia.

Me preguntó si podían pasar.

—Hablas holandés bastante bien —dijo al traspasar el umbral, sin interesarse por mi nacionalidad.

Me hice a un lado para que entrara la hermana pequeña, cuyo aroma corporal era semejante al de los lugares poco ventilados.

—Soy traductor, no me queda más remedio —dije, sin saber a quién exactamente.

También daba clases, sí. Ya no eran clases particulares, veinte euros la hora, seis o siete a la semana, como cuando las impartía en mi anterior y estrechísimo apartamento en el Indische Buurt, el segundo que había ocupado en Amsterdam. Eso quedó atrás. Ahora había empezado a impartir algunas horas en aquella academia, pero sólo porque esa actividad complementaria a mis labores de traducción me proporcionaba una estructura vital y gente con la que hablar.

Nunca he llegado a dominar las conversaciones que se desarrollan junto al quicio de una puerta, así que no es extraño que les franqueara el paso a ese par de desconocidas. Constituían una agradable e incierta fluctuación en mitad del marasmo matutino, un tímido progreso en relación con mi proyecto de contar un avión tras otro mientras los norcoreanos languidecían por la muerte de su líder supremo.

Resultó que las dos muchachas habían crecido en aquel apartamento, bastantes años atrás. En realidad no vivieron allí

mucho tiempo, me dijo la única que hablaba. Pero fue una época muy intensa.

La otra asentía.

¿Qué tal?, ¿ha cambiado mucho?, les pregunté mientras meneaba las hojas de la ventana para oxigenar el salón y expulsar el humo y mi inesperada amargura por Kim Jong-il. Ni siquiera recordaba cuándo había recibido la última visita. Por un momento me sentí animado y lleno de curiosidad, como si yo fuera el propietario y entablara una negociación con un par de potenciales compradores (o más sencilla y patéticamente: quizá necesitara algún tipo de anónima aprobación con respecto a mi estilo de vida, si es que mis rutinas merecían ese nombre). Pero la hermana que no hablaba se tapó la boca con una mano y emitió un carraspeo reprobatorio. Me molestó bastante, así que decidí no ofrecerles café. Tampoco hablaban entre ellas.

La vida en Amsterdam se derramaba increíblemente lenta; de repente, sin embargo, arremetía como un buey almizclero de trescientos kilos.

—Podéis echar un vistazo, si queréis. Para eso habéis venido, ¿no?

Molesto por aquella censura y por la invasión de mi espacio privado, enterrada aquella fugaz ráfaga de euforia que había experimentado, me dejé caer en el sillón y volví a encender lo que quedaba del cigarrillo de hachís. El cortejo norcoreano continuaba su marcha entre vítores, reverencias e —imagino— las ocultas indicaciones de los directores y responsables de la representación. Ofuscado, observé que la mayor de ellas me preguntaba con la mirada, al pie de las escaleras, si podía subir al segundo piso. Su insistencia me resultó desagradable. Era más terca y dura que el circonio.

—Yo sólo alquilo la planta baja, aunque no creo que pase nada por que echéis un vistazo.



Normalmente no subía a la planta de arriba, a la buhardilla que mi casera se reservaba para cuando ella tenía que volver a Amsterdam. Todavía no había ocurrido. Yo la ventilaba una vez a la semana y me aseguraba de que todo seguía en orden.

Las acompañé y seguí con cautela sus movimientos.

Descendieron rápidamente, tal vez incomodadas por mi presencia un tanto inquisitiva. A continuación deambularon alrededor de mis cosas en silencio, amortiguando las pisadas como si estuvieran en un museo. Apoyaban todo el peso corporal en un solo pie. El parqué engullía sus pasos igual que la tierra húmeda. Las vi contemplar las molduras y los interruptores de la luz, abrir los grifos y detenerse ante el viejo termostato y las encuadernaciones de mis libros de Bijvanck. La chica silenciosa, la menor, se detuvo frente al recodo en el que yo trabajaba.

—¿Qué utilidad le dabais a este rincón? —pregunté, enterrando la chusta de mi porro en el cenicero y lanzando rencorosamente la última calada hacia ella.

Se giró de brazos cruzados y me miró entre ofendida y orgullosa. A diferencia de su hermana, vestía como una secretaria. Se llamaba Tajana, aunque en aquel momento creí que había pronunciado «Tatiana». Me dijo que había sido una especie de lavadero. Señaló un par de alcayatas cubiertas de pintura blanca a la altura del dintel. Su madre solía tender dos cuerdas desde ellas para colgar la ropa.

—No sé quién es Emmy, pero puedo preguntarlo la próxima vez que la vea. Probablemente fue a vuestra Emmy a quien mi casera le compró la casa.

Al otro lado de la casa oí que tiraban del retrete.

—Increíble —dijo la hermana mayor—. Es la misma cadena.

La vi salir del baño mientras el agua rugía y brotaba con brusquedad de la cisterna. Noté un aroma sospechoso al acercarme a donde se encontraba.

Aluciné.

Era tan sospechoso como cierto.

Había hecho de vientre en mi casa.

—Joder. ¿Era necesario? —le pregunté repugnado. Volví al sillón y cerré las ventanas por el frío—. ¿Hasta ahí llega tu nostalgia?

Se quedó callada y miró a su hermana, que seguía concentrada en la rememoración de las viejas cuerdas de tender. Las dos se asomaron a la calle, junto a mi escritorio, y entremezclaron sus perfumes, los cuales comenzaban a hacerse un hueco entre mis pertenencias. Se produjo una suerte de curvatura espacio-odorífera en torno a los objetos que me representaban, un discontinuo flujo de usurpación en el que me confundí, inerme y desposeído. Había intentado incomodarlas, pero al final había acabado por incomodarme a mí mismo. Resolví invitarlas a un café y dar por concluida aquella situación civilizadamente. Es sábado, pensé.

—Perfecto. Veo que no has desayunado —dijo la mayor, sin embargo, mientras colgaba su mochila de escaladora en el respaldo de una de las sillas después de señalar mi pijama y mis pantuflas. A continuación se acercó al televisor—. ¿Quién se ha muerto?

Le contesté que me había preparado un café poco antes de que llegaran. Bajé el volumen y referí lo que había visto del cortejo fúnebre.

—Entonces compraré unos croissants y desayunaremos juntos —dijo.

Omitió por completo mis informaciones sobre Corea del Norte.

A continuación sacó un monedero de uno de los múltiples bolsillos de la mochila y anunció que volvería en cinco minutos. Salió de la habitación y su hermana y yo la escuchamos bajar las escaleras y luego el chirrido y el cierre de la

puerta principal. Me interné en la cocina para encender la cafetera. Desde el salón me llegó el aviso de un nuevo mensaje en mi teléfono móvil, probablemente de Ewa.

Busqué dos tazas limpias. El tarro de azúcar. Suspiré. Segundos después entró la silenciosa –Tajana– y me preguntó si le permitía pasar al baño.

—Es nostalgia sincera —dijo, mientras llegaba hasta mí su peculiar olor a flores mustias—. Sólo eso. Te lo prometo.



## Gabriela Ybarra

Bilbao, 1983

Nació en Bilbao y se mudó a Madrid poco después de cumplir doce años. Estudió administración y dirección de empresas. Trabajó durante varios años en diferentes departamentos de marketing. Ha tenido empleos de los más variopinto: desde dependienta de El Corte Inglés hasta analista de investigación de mercados de productos cosméticos. En 2012, mientras estudiaba y trabajaba en Nueva York, empezó a escribir *El comensal* (Caballo de Troya, 2015), su primera novela, que ganó el Premio Euskadi de Literatura en 2016 y fue finalista del Man Booker International 2018. El libro ha sido traducido al inglés y al italiano. Actualmente vive en Madrid y su tiempo se divide entre cuidar a su hijo pequeño y escribir su segunda novela. La autora ha participado en las antologías *Lo infraordinario* (gristormenta, 2018) y *El gran libro de los gatos* (Blackie Books, 2019). Además, ha firmado artículos y relatos para diferentes diarios y revistas literarias.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

Empecé a escribir a la vez que aprendí a leer, hacia los seis años. Durante mi infancia, cuando venían mis amigas a jugar a casa, a menudo inventábamos historias y se las representábamos a mi madre. Mis primeros relatos los escribí tumbada en el suelo de mi habitación, disfrazada de mis personajes.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

Me interesa analizar cómo la familia y los espacios que habitamos influyen en quiénes somos; y cómo la violencia y el terrorismo impactan en lo cotidiano. Últimamente también estoy reflexionando mucho sobre la infancia, sobre lo que supone vivirla, perderla y recordarla. Acompañar a mi hijo de dos años me está permitiendo recuperar el tiempo lento de los niños.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Elvira Navarro, Joan Didion, Philip Roth, Anne Carson, W.G. Sebald, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Road Dahl, Natalia Ginzburg, Virginia Woolf, Georges Perec, Judith Kerr...

### **Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Me interesan los libros híbridos, en los que se mezclan varios géneros literarios o se incluyen elementos de otras disciplinas como la filosofía o las artes visuales. Por lo demás, no sigo demasiado las tendencias.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?**

Estoy a gusto viviendo en Madrid en el siglo XXI, pero no me importaría tener una máquina del tiempo para pasar mis vacaciones en otras épocas. Estoy segura de que mirar hacia el pasado y hacia el futuro me ayudaría a entender mejor nuestro tiempo.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Estoy escribiendo una novela de ficción que parte de una experiencia personal: la mudanza de mi familia de Bilbao a Madrid en 1995, cuando yo tenía doce años. Este evento me está permitiendo explorar muchos de mis intereses como escritora: el terrorismo vasco, la familia, los paraísos perdidos...

## SINOPSIS

En 1977, tres terroristas disfrazados de enfermeros irrumpen en casa del abuelo de Gabriela Ybarra y se lo llevan a punta de pistola en el maletero de un coche. Esta es la última vez que la familia ve con vida a Javier Ybarra. La autora escucha por primera vez la historia cuando tiene ocho años, pero no es hasta tiempo después, durante el duelo por la muerte de su madre, cuando empieza a interesarse por el asesinato de su abuelo y el pasado de su familia.

*El comensal* es el premiado debut de Gabriela Ybarra en el que se conectan dos eventos que marcan la vida de la autora: el secuestro y asesinato de su abuelo a manos de ETA, una muerte con impacto público, y la pérdida de su madre por un cáncer, una enfermedad que transcurre en la intimidad familiar.

## **EL COMENSAL**

**(fragmento de novela)**

### I

Cuentan que en mi familia siempre se sienta un comensal de más en cada comida. Es invisible, pero está ahí. Tiene plato, vaso y cubiertos. De vez en cuando aparece, proyecta su sombra sobre la mesa y borra a alguno de los presentes.

El primero en desaparecer fue mi abuelo paterno.

La mañana del 20 de mayo de 1977 Marcelina puso un hervidor de agua en el fuego. Aprovechando que el líquido toda-vía estaba en reposo, cogió un plumero y comenzó a desempolvar la porcelana. Un piso más arriba, mi abuelo entraba en la ducha, y al fondo del pasillo, en donde las puertas formaban una U, descansaban los tres hermanos que aún vivían en la casa. Mi padre ya no vivía ahí, pero en una escala entre Nueva York y otro destino había decidido acercarse a Neguri para pasar unos días con su familia.

Cuando sonó el timbre Marcelina estaba lejos de la entrada. Mientras pasaba su plumero por un jarrón chino escuchó que alguien gritaba desde la calle: «¡Ha habido un accidente, abran la puerta!», y corrió hasta la cocina. Miró un instante el hervidor, que ya había empezado a silbar, y deslizó

el cerrojo sin asomarse a la mirilla. Al otro lado del umbral, cuatro enfermeros encapuchados se presentaron abriendo sus batas para mostrar las metralletas.

«¿Dónde está don Javier?», dijo uno. Sacó un arma y apuntó a la chica para que les indicara el camino hasta mi abuelo. Dos hombres y una mujer subieron por las escaleras. El cuarto se quedó abajo, vigilando la entrada de la casa y revolviendo papeles.

Mi padre se despertó al sentir algo frío rozándole la pierna. Abrió los ojos y se encontró a un hombre levantando su sábana con el cañón de un arma. Al fondo de la habitación, una mujer repetía que estuviera tranquilo, que nadie le iba a hacer daño. Después la chica avanzó despacio hasta la cama, agarró sus muñecas y las esposó al cabecero. El hombre y la mujer salieron del cuarto, dejando a mi padre solo, maniataado, con el torso descubierto y la cabeza girada hacia arriba.

Pasaron treinta segundos, un minuto, tal vez más. Tras un lapso de duración indefinida, los encapuchados volvieron a entrar en el cuarto. Pero esta vez no venían solos; junto a ellos aparecieron dos de mis tíos varones y mi tía pequeña.

Mi abuelo seguía en la ducha cuando oyó que alguien gritaba y aporreaba la puerta. Cerró el agua, y como los ruidos no cesaban, se enroscó una toalla y asomó la cabeza al pasillo para ver lo que ocurría. Un hombre con el rostro cubierto metía el revés de su codo en la boca de Marcelina; con la mano contraria sujetaba la metralleta que apuntaba al hueco de la puerta abierta. El hombre entró en el baño y se sentó sobre la taza. Agarró a la asistenta por la falda y la obligó a arrodillarse sobre un charco en el suelo. A escasos centímetros, mi abuelo trataba de arreglarse frente al reflejo del arma. Se peinó y se engominó, pero los dedos le temblaban y no pudo trazar recta la raya que atravesaba su cabeza. Al terminar salió del baño, cogió un rosario, unas gafas, un



inhalador y un misal. Se anudó la corbata y a punta de metrallita caminó hasta la habitación en la que se encontraban sus hijos.

Los cuatro hermanos lo esperaban maniatados sobre la cama, mirando cómo una mujer sostenía las muñecas de Marcelina. En el silencio se oía el silbido del hervidor.

Cuando terminó de esposar a la asistenta, la mujer bajó a la cocina, colocó el recipiente sobre la encimera y apagó el fogón. Mientras, en el piso de arriba, sus compañeros reorganizaban a los rehenes. Primero les hicieron moverse hacia los lados de la cama hasta dejar un hueco. Luego arrancaron la corbata del cuello de mi abuelo y lo sentaron en el medio.

El más corpulento de los hombres sacó una cámara de una bolsa de cuero negro que colgaba de su cintura y abrió el pasa-montañas a la altura del ojo para asomarse al visor, pero ni mi padre, ni mis tíos ni mi abuelo lo miraban. El encapuchado chascó un par de veces los dedos para captar su atención, y cuando al fin lo logró, apretó el botón tres veces.

\*\*\*

Un punto que aún no ha sido aclarado es el paradero de las fotos que hicieron a la familia los secuestradores y las tres instantáneas de Ybarra que se llevaron al abandonar la casa. «Estoy en disposición de asegurar», afirmaba uno de los hijos, «que no hemos recibido ninguna de las tres imágenes de mi padre como prueba. No sabemos qué habrá sido de ellas, y tampoco de las fotos que nos tomaron a la familia con mi padre momentos antes de llevárselo. En éstas aparecemos los hijos que entonces estábamos en la casa, con él, en grupo y despidiéndonos antes de partir.»

*El País*, viernes 24 de junio de 1977

\*\*\*

El monte Serantes estaba cubierto por una niebla densa y pesada que se descomponía en chubascos. Los torrentes bajaban por la ladera hasta la ría del Nervión, que poco a poco se iba llenando como una bañera. Su cauce no se desbordó, pero sí lo hizo el del Gobela, un río que fluía muy cerca de la casa de mi abuelo. En la avenida de los Chopos el agua invadía la calle, cubría las aceras y entraba con violencia en los garajes. Las luces de algunos coches se encendían solas. Desde dentro de la casa la lluvia se oía fuerte, como si alguien estuviera tirando mendrugos de pan contra los cristales. Afuera había varias vías cortadas: Bilbao-Santander a la altura de Retuerto, Neguri-Bilbao por el valle de Asúa y Neguri-Algorta.

A partir de las ocho y cuarto de la mañana los coches se amontonaron en los accesos al centro de Bilbao formando un tapón de dieciocho kilómetros que se extendía hasta Getxo. Por todo Vizcaya se escuchaba la lluvia, los coches y el chocar de los limpiaparabrisas contra las lunas. Mi abuelo estaba encerrado en el maletero de un SEAT 124D familiar que huía lento. En la parte delantera estaban dos de los secuestradores con la radio encendida. Nadie sabía aún nada. Todavía sonaba «Y te amaré» de Ana y Johnny entre la información sobre el tráfico y las noticias.

\*\*\*

Los artículos en los días que siguen al secuestro son poco elaborados y breves. El primer reportaje a fondo que encuentro se publicó el 25 de mayo de 1977 en el suplemento «*Blanco y Negro*» del diario *ABC*. Se titula «Lo más que me pueden hacer es darme dos tiros». Pocas líneas más abajo hay una columna con un encabezado que dice: «Esposas de marca francesa».

\*\*\*

Cuando mi padre pisó los charcos del jardín aún no había conseguido deshacerse de las esposas. Al llegar a la verja, golpeó la puerta hacia fuera con un hombro y salió a la calle. El agua bajaba desbocada por el asfalto. Mi padre analizó la acera, la farola, los arbustos y el pelo empapado de una señora cargada con la compra que se paró a su izquierda. La mujer apoyó las bolsas en el suelo para cubrir su cabeza y lo saludó. Él le contestó educado, pero escueto, y siguió andando y mojándose hasta que se detuvo frente a una casa con muros de piedra y setos que se agitaban entre las verjas. Tocó el timbre. Dijo: «Hola, soy el vecino de la casa de al lado, ¿puedo usar el teléfono?». Se escuchó un zumbido, la puerta tembló y una asistenta con moño lo invitó a pasar. La chica lo guio hacia el interior de la casa, se paró frente a un teléfono color hueso que colgaba de la pared y le tendió el auricular. Al ver las esposas hizo un gesto raro con la boca y se santiguó. Mi padre, chorreando y sin mirarla, marcó rápido el número de la policía. Dijo su nombre, su apellido, su ubicación y resumió lo ocurrido aquella mañana. Luego se calló para escuchar al agente. La asistenta tenía los ojos tirantes, como su moño. Mi padre, por el contrario, parecía sereno.

\*\*\*

Antes de marcharse, los asaltantes avisaron a mis tíos de que no podrían denunciar el secuestro hasta el mediodía. A las doce menos cuarto, dos de los hermanos lograban soltarse de los barrotes de la cama. A las doce y media llegaba la policía y unos quince minutos más tarde, la prensa.

Los agentes liberaron primero a las mujeres. Luego siguieron con mi tío menor, quien, al verse libre, bajó corriendo al jardín a gritar el nombre de mi abuelo entre las hortensias. Mi padre atendía a los periodistas en el porche. Los reporteros colocaban las grabadoras bajo su mentón y él decía: «Se han portado con total corrección. Hemos estado todo el tiempo muy tranquilos».

A medida que se acercaba la hora de la comida llegaban más policías y periodistas. También fueron apareciendo el resto de los hermanos y algunos primos. El hermano mayor miraba hacia el fondo de la carretera. Mientras, el pequeño seguía en el jardín buscando a mi abuelo entre las hortensias.

\*\*\*

El más grande tenía los ojos azules y vestía anorak verde y pantalones vaqueros. El segundo, moreno y delgado, llevaba una camisa a cuadros en tonos oscuros. La mujer, espigada, llevaba un chubasquero de color butano. El cuarto, de estatura media, no se quitó la bata blanca de enfermero en todo el tiempo que permaneció en la casa. Las edades de los cuatro asaltantes estaban comprendidas entre los veinte y los veinticinco años.

*Blanco y Negro*, miércoles 25 de mayo de 1977



## II

El viento entró por la puerta de servicio rodeando los fuegos de la cocina y golpeando las ventanas. El aire de un lado del cristal chocaba contra el del lado opuesto. Ya se habían marchado las visitas de la casa y los que permanecían dentro estaban reunidos en un mismo cuarto haciendo cábalas. Por el suelo del salón seguía habiendo libros revueltos y fotos de familia desperdigadas; un marco de bronce sin retrato y el viento campando a sus anchas, acariciando los flecos de las alfombras y formando pequeños tornados sobre el sofá.

Las esposas cortadas estaban colocadas encima de la cómoda del recibidor. A su lado había cuatro trozos de cuerda y el algodón con el que los secuestradores habían envuelto las muñecas de las mujeres para no hacerles daño. Las tiras de esparadrapo con las que les taparon la boca y las telas con las que les cubrieron la cara estaban en el cubo de la basura de la cocina. Ninguno de los hermanos quería dormir solo en su cuarto. Preferían descansar juntos, apilados sobre el sofá.

Desde que se marchó la policía, nadie había vuelto a entrar en la habitación del fondo. A mi padre y a sus hermanos les perturbaba recordar los barrotes dorados de la cama a los que habían estado esposados. También les inquietaba la voz de los secuestradores que aún resonaba suave y educada en sus cabezas, pronunciando ese don Javier, musical, como una campana, con el que se dirigían a mi abuelo sin dejar de encañonar sus metralletas.

\*\*\*

Los hermanos pasaron el día siguiente al secuestro en el cuarto de estar de la casa asaltada. El mayor se acariciaba la mandíbula. El pequeño jugaba a calzarse y descalzarse los

zapatos con el impulso de los dedos. En la consola junto a la puerta había un teléfono que no cesaba de sonar. Uno de los hermanos mayores gritó y descolgó el auricular sobre la madera. Luego ya no se oyó nada. Los presentes se acercaron al sofá para protegerse del silencio.

Pasaron las horas, se hizo de noche y seguía sin haber información sobre mi abuelo. Mis tíos se movían por la habitación. Se acercaban y se alejaban del sofá, lo rodeaban, se apoyaban sobre él y se levantaban. Encima de la mesa del café había una radio encendida esperando al noticiario. La locutora empezó a hablar a las diez en punto, pero no dijo nada nuevo ni sobre el secuestro ni sobre mi abuelo.

\*\*\*

Desde fuera de la casa parecía que no pasaba nada, pero si uno se fijaba, podía ver a dos guardias civiles sentados en los *jeeps* que estaban aparcados frente a la puerta. Los coches tenían los faros y los motores apagados, aunque cada media hora los conductores arrancaban sus vehículos y los hacían rodar por las calles aledañas al chalet: la avenida de los Chopos, la carretera de la Avanzada, la ribera del río Gobelá y los alrededores de la iglesia del Carmen. A las cuatro de la mañana las calles estaban vacías y en las ventanas de la casa no se apreciaba ninguna luz. Dentro no dormía nadie; los hermanos estaban tumbados, despiertos en la oscuridad, escuchándose la respiración.

Mi padre se levantó del sofá, abrió la ventana del balcón y salió a fumarse un cigarro. Había dejado de llover, pero aún quedaban gotas de agua sobre la barandilla. Dentro de la casa el recuerdo de mi abuelo era asfixiante, imágenes fijas del secuestro que se repetían. Sin embargo, fuera corría brisa

y podía pensar en las goteras de su apartamento en Harlem o en un edificio bombardeado que había visitado en el Bronx. Apagó el cigarro sobre la gota más abultada del antepecho y dejó el pitillo aplastado sobre una maceta. Fue entonces cuando recordó que tenía que recoger varios carretes de fotos en un laboratorio del centro de Bilbao. Después miró el jardín y repasó todas las cosas que quería hacer cuando se resolviese el secuestro. Encendió otro cigarro y se lo fumó con la vista fija en las ramas de un castaño.

A las once y media de la mañana del domingo 22 de mayo, una voz anónima, femenina y frágil como la cría de un ave, llamó a la emisora de Radio Popular: «Tenemos secuestrado a Javier Ybarra», dijo con atropello. Detrás se oían coches y niños gritando. «Mirad en el buzón frente al número 37 de la calle Urbieta de San Sebastián», terminó de decir antes de colgar.

Al cartero no le gustaba el susodicho buzón, porque cada vez que lo abría, las bisagras, mal engrasadas, chillaban como un roedor. El buzón estaba viejo, la lluvia había unido entre sí las calvas de pintura, y ahora, en la parte más alta y abombada, había una mancha enorme cubriendo la pieza.

El documento apareció por partes en el lugar indicado. Primero una hoja escrita a máquina, luego otra y después la tercera. No las habían grapado ni unido con un clip. El comunicado era inusualmente extenso y estaba redactado de forma que inducía a pensar que era falso: ni se hacía una reivindicación clara del secuestro ni se ponían condiciones para el rescate. El cartero, acompañado por un policía, solo encontró reflexiones escritas a máquina que no abrían ninguna vía de negociación.

Mientras tanto, mis tíos seguían encerrados en la casa de la avenida de los Chopos: esperando noticias, atendiendo a la prensa e intentando comunicarse con los secuestradores.



Hacia las tres de la madrugada, el hermano mayor entró en el salón cogido del brazo de su mujer. Nadie dormía. «Quieren mil millones de pesetas», dijo, y tiró un fajo de billetes sobre la mesa. Mis tíos pasaron toda la noche contando dinero. La cantidad que pedían los secuestradores era inalcanzable. Cuando se hizo de día, los hermanos mayores se fueron a ver a los bancos para pedir un préstamo. Los demás se quedaron encasa, vagando por el cuarto de estar y atendiendo a la prensa: «Es mentira que nos hayan exigido mil millones de pesetas», dijo uno de mis tíos a los medios. «¿Cómo reaccionó su padre el pasado viernes?», preguntó un periodista. «En ningún momento tuvo reparo alguno en ser secuestrado. Se vistió, cogió un sombrero y algunos libros y se dirigió a nosotros para que estuviéramos tranquilos», contestó mi padre.



## Sabina Urraca

San Sebastián, 1984

Vasca de nacimiento, pero criada en Tenerife, vive en Madrid desde hace más de quince años. Ha sido vendedora de seguros, camarera, guionista, reportera, creativa de televisión y publicidad, locutora y cortadora de marihuana. Ha colaborado y colabora como periodista en medios como El País, El diario.es, Vice o Cinemanía. Es autora de la novela *Las niñas prodigio*, editada por Fulgencio Pimentel, ganadora del Premio Javier Morote, otorgado por el CEGAL y seleccionada por New Spanish Books. Participa en la antología *La errabunda (Primer tratado ibérico de deambulología heterodoxa)*, publicado por Lindo&Espinosa, y en *Tranquilas. Historias para ir solas por la noche*, publicada por Lumen. En 2017 tuvo lugar su charla TED *Escapar de la niña prodigio*. Actualmente imparte clases de escritura en la Escuela Fuentetaja y durante 2020 será editora residente en la Editorial Barrett. En 2020 recibió la beca de escritura de la Universidad de Iowa.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

He crecido rodeada de grandes transmisores-fabuladores, así que me recuerdo inventando historias antes de saber escribir.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

Me interesa contar cosas que creo que sólo pueden ser explicadas y comprendidas por medio de la literatura. Al mismo tiempo, siento algo -algo que sólo podría definir como ansia- que me lleva a querer transmitir todos los momentos literarios que se me van presentando a lo largo del día.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Natalia Ginzburg, Raymond Carver, Valérie Mréjen, Nabokov, Charlotte Roche, Salinger, A.M. Homes. Y autores de cómic como Alison Bechdel, Chester Brown, Daniel Clowes, Julie Doucet, Tamburini y Liberatore. Sin olvidar las redes sociales, fuentes inagotables de literatura inconsciente.

### **Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Me interesa el reconocimiento de que estamos en una época acabada, llena de desesperanza y absurdo. Valoro mucho la literatura que extrae material de ahí y lo fagocita sin pudor. Me interesan también la extrema autoconsciencia, la autocrítica, la distancia irónica hacia uno mismo. Leo con obsesión a Lydia Davis, a Mariana Enríquez, a Fabián Casas. También otros más cercanos como María Fernanda Ampuero, Jorge de Cascante, Elisa Victoria o Mercedes Cebrián.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?**

En cualquiera en la que se hubiesen necesitado más escritores. En la época que me ha tocado escribo por necesidad propia, por no explotar, pero no porque crea que se necesite lo que escribo.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Estoy escribiendo una novela que transcurre en los quince días del celo de una perra y que planea sobre la cuestión de si también nosotros, humanos, seríamos capaces de cruzar una calle con los coches pasando, a riesgo de resultar atropellados y morir, abducidos por el sexo o el amor. La respuesta, obviamente, es sí. La cuestión es por qué y cómo.

## SINOPSIS

Novela parcialmente autobiográfica, agitada por el estigma del *amour fou* por un hombre maduro y alcohólico, *Las niñas prodigio* es también una tragicomedia en varios actos y un cuento con tintes de terror gótico, pero sobre todo es un relato contemporáneo sobre la identidad que arranca en un presente imperfecto para regresar a todas las edades de una mujer.

Pansexual, hiriente, sentimentalmente voraz, la voz de la narradora inicia su particular camino de perfección, galería de fantasmas figurados o reales que acaba sembrando de modelos de la cultura popular y de su propia infancia, un descenso por momentos vertiginoso que Sabina Urraca convierte en una ficción apasionante y sin parentescos en la narrativa española contemporánea.

## LAS NIÑAS PRODIGIO (fragmento de novela)

### *Cuchillitos*

—¿Quién es la mayor?

—Son mellizas.

—¿Queréis unas golosinitas, preciosas?

—No, no las gustan.

La madre no les dejaba tomar azúcar. El pediatra había dicho que eso podía alterarlas más. A veces les dejaba beber un poco de Dan Up, nada más. Los yogures naturales, la leche sin Cola Cao.

—Me está mirando a mí.

—No, me está mirando a mí.

Paula y Raisa se ponían frente al póster de Michael Jackson, peleando por su atención.

—¿Pero no lo ves? ¡Me está mirando a mí! ¡A mí!

En realidad, Michael me miraba a mí, cruzado de brazos con su chupa de cuero y sus caracolillos negros. Pero cualquiera se metía ahí en medio.

Tampoco me ponía de parte de ninguna. Ellas solitas provocaban la explosión que más me gustaba.

A veces, Paula y Raisa se perseguían con cuchillos por toda la casa. Su madre lloraba inclinada sobre la mesa. Lleva-

ba un pañuelo en el puño de la camisa y con él se enjugaba las lágrimas amargas de haber criado dos hijas que se querían matar. Después me miraba y susurraba, como en una oración:

¡Cristo bendito!

Yo ya no sé qué he hecho mal...

Jesucito, ven y llévame...

Y seguía doblando servilletas de tela para las comidas familiares del domingo, con la cara oculta por el pañuelo, pequeños espasmos de llanto recorriendo su espalda.

Yo seguía merendando sin saber qué decir. En la alacena había un bote de Cola Cao solo para mí.

—Tú que eres tan tranquila, ¿no podrías enseñar a esas salvajes a respetarse un poco?

Qué responder. A estas alturas debía de saber que, si yo volvía allí cada jueves, después de clase de guitarra, era porque de alguna manera disfrutaba del panorama.

Aquellas peleas eran el más bello espectáculo que había visto nunca. Animales fibrosos, brillantes, con los miembros en máxima tensión, que proferían gritos salvajes, forcejeaban en el suelo y se retorcían los brazos. Como uno de esos documentales en los que dos leones se pelean a cámara lenta. Casi podemos ver cómo son por dentro; cada movimiento provoca una torsión en su cuerpo que nos permite adivinar la forma de los huesos y los músculos. En las peleas de Paula con su hermana había cocodrilos enseñando los dientes, una boa tragándose un tapir entero, una estampida de bisontes haciendo temblar la tierra de mi cuerpo idiota de hija única.

Pero, sobre todo, las palizas entre las mellizas eran la representación viviente de un mito o de una fábula en la que alguien se desafía a sí mismo. Un único ser intentando vencerse, superarse, doblegar su propia voluntad.

Cuando brazos, piernas y dientes no eran suficientes, Paula decía:

—Y ahora, vamos a sacar los cuchillitos.

Y mi corazón se encogía de miedo y placer. Miraba a la madre, que interrumpía su labor de ganchillo y sollozaba un débil «no», quebrado por un nuevo acceso de llanto. Se levantaba alarmada, se volvía a sentar, se persignaba.

¡Cristo bendito!

¿Pero qué hemos hecho mal?

Su padre era radioaficionado. Pasaba las tardes en la habitación del fondo. Tras la puerta se oían bufidos de máquina, chisporroteos, palabras susurradas. Nunca risas ni conversaciones audibles.

Mientras su hogar se venía abajo entre gritos, golpes y cuchilladas al aire, él seguía comunicándose con quién sabe quién. Los radioaficionados siempre me dieron miedo. Eran tíos lejanos, padres de amigos, presencias parduzcas y amorfas en el fondo de un cuartucho en el jardín. ¿Con quién hablaban? Nadie lo sabía. Con otra gente que también se había construido su radio casera y transmitía las mismas inquietudes de color parduzco desde la oscuridad de un cuartucho similar.

Cuando estuve bien enterada de lo del pene en la vagina y la semilla en forma de chorrizo blanco, me pareció increíble que aquel hombre grisáceo y callado hubiese sido capaz de producir líquido suficiente para engendrar de una sola vez a dos seres con tanta energía como Raisa y Paula. La madre sollozaba y lanzaba gritos de angustia, pero en realidad era una dragona que guardaba su territorio. Y en su territorio no entraban sus hijas. Solo deseaba que la dejaran en paz.

En una foto del salón se la veía joven, atrapada en un embarazo monstruoso que hacía que su cabeza pareciera una

bolita de carne diminuta. Pero en su mirada se adivinaba una llama que ardía lejos de esos seres que le habían deformado el cuerpo. No tenía pensamientos salvajes, ni ansias de libertad. Simplemente habría sido más feliz haciendo ganchillo mientras miraba la televisión de reojo, limpiando las hojas de las plantas. Sola en aquel salón, sin necesidad de fingir preocupación. Esta convicción quedaba perfectamente sintetizada cuando Raisa y Paula se arrancaban mutuamente mechones del pelo y ella suspiraba, los ojos brillando por un deseo muy fuerte:

—Desde luego, mejor me hubiese quedado solterona.

Creo que las dos pensábamos que Paula y Raisa se habían pegado tanto y tan bien, conocían tan al detalle cada rincón y mueble de su casa, que sus luchas no entrañaban peligro. Eran complejas coreografías del odio en las que cada golpe estaba perfectamente medido para que ninguna nuca golpease ninguna esquina. Solo ocasionalmente un hilo de sangre manaba de la nariz o se raspaban los nudillos contra el gotelé. Entonces una de las dos lloraba encogida en el suelo, muy quieta. La otra se le acercaba y la tanteaba suavemente con la punta del pie.

—Eh, tú. Muévete, gilipollas.

Esperaba unos segundos con la respiración agitada, todos los sentidos alerta. De golpe desaparecía la impresión de la sangre y se producía la explosión. El remolino de patadas y escupitajos de furia se reanudaba y la madre lloraba fregando los cacharros.

Terminaban juntas de nuevo, sudorosas, exhaustas, viendo Bola de dragón. A las dos les gustaba cantar en voz alta las sintonías de inicio de las series. Se pisaban la letra, compitiendo por ser la primera en pronunciar la siguiente estrofa.

La madre venía con una botella grande de leche y la dejaba sobre la alfombra. Mirábamos los dibujos animados bebiendo por turnos de la botella. Sentía, mezclado con el



sabor de la leche, el regusto del sudor y la violencia que nunca serían míos.

De pronto, un pequeño empujón, un mal pase de la botella, reavivaban el odio. Paula miraba a su hermana, se levantaba, y mientras se alejaba por el pasillo la oíamos decir:

—Vamos a sacar los cuchillitos...

La madre corría al balcón.

—¡Yo me mato, me mato!... ¡Así no se puede vivir! ¡Me mato!...

Gemía sin dejar de desempolvar las hojas de una planta. Abría la ventana y miraba el cielo sin dejar de limpiar los geranios de hojas secas. Extendía la mano para ver si llovía. Acomodaba una pinza de la ropa que se había torcido.

Jesunito, ven y llévame.

En ocasiones, me usaban de escudo. Formar parte de la lucha me hacía estremecer de placer. Lanzaban mi cuerpo a un lado y a otro. Muy pocas veces me hacían daño. Cuando esto sucedía, pasaban horas agasajándome. Me hacían una cama de almohadones, me preparaban un Cola Cao grande y me lo daban a beber, sin dejar que mis manos tocasen el vaso en ningún momento.

Volvía a casa con chorretones de chocolate en el cuello y la camisa. Ensayaba golpes con mi propia sombra, lanzándome al suelo a pelear con ella.

Otras veces la pelea comenzaba por una razón y a la mitad no recordaban por qué habían empezado a discutir. En ese caso, siempre quedaba un comodín que hiciese de gasolina para resucitar el forcejeo.

—Mamá, dile quién es la mayor.

Su madre se encogía de hombros.

—¡Yo no lo sé!... Me habían dado de todo. Estaba frita...

Pero seguían rogándole que hiciera memoria, que dijese quién era la mayor, y por lo tanto, la mejor, y por lo tanto, la que tenía razón.

En la ducha observaban sus cuerpos morenos, su pelo y sus ojos oscuros, un poco rasgados, intentando encontrar alguna señal que certificase a su propietaria como la primogénita.

El día en que perdieron el mismo diente, con una sola hora de diferencia, mi fascinación las apartó de su concurso por la primogenitura. Los dos dientes, envueltos en papel de plata, fueron mi regalo aquel día y durante mucho tiempo los llevé siempre en el bolsillo. A veces, cuando sentía que necesitaba un poco de su energía asesina, metía la mano en el bolsillo y apretaba fuerte la bolita.

Esa tarde estábamos en el balcón, comparando sus rayas de la vida, para ver quién la tenía más larga. Es decir, quién había nacido antes. De pronto, como movida por un odio reconcentrado, Raisa empujó a Paula, y sus dientes fueron a dar contra la barandilla.

El metal retumbó y quedó vibrando. Paula se levantó aparatosamente. Estaba muy pálida. Se llevó la mano a la boca. Por su muñeca empezó a bajar un arroyito de sangre. Paula caminó con pasos lentos hacia la entrada de la casa. En la puerta, abrió la boca inundada y dijo, temblando:

—Bueno. Vamos a ver quién es la mayor. Me voy al hospital a preguntar.

Cerró de un portazo. Raisa se encogió de hombros y sacó el tablero del Tragabolas.

Oímos los gritos transcurrido un buen rato. Pero eran tan profundos y extraños que pensé que sería un borracho tirado en la calle. Un perro agonizante.

La madre se quejó desde la cocina.

—¿Qué ha pasado ahora? ¡Me vais a matar entre las dos! Me tenía que haber quedado solterona...

Hacia la mitad de la partida de Tragabolas, Raisa se fue poniendo más y más pálida. Cuando ya estaba a punto de ganarme, las dos pulsando locamente la palanca que abría el morro de nuestros hipopótamos, Raisa se levantó de un salto y salió corriendo hacia la entrada. La seguí. La puerta estaba abierta y los gritos retumbaban en las escaleras. Vi que Raisa subía con su hermana en brazos. El cuerpo de Paula estaba desmayado, como roto, pero de su boca, de la que no dejaba de manar un fino hilo rojo, salían alaridos de dolor.

Raisa, con toda la ropa manchada de sangre, permanecía seria, pero lloraba.

Todo el tiempo que Paula pasó en el hospital, Raisa tampoco apareció por el colegio. Les escribimos cartas que la maestra corregía, dejando un reguero de tachones rojos.

El jueves siguiente, después de clase de guitarra, fui a visitarlas. Estaban viendo la tele, en el sofá. Paula no podía hablar. Llevaba una férula, y unos hierros salían de su boca para unirse con una estructura que la inmovilizaba desde el cuello. La parte baja de la cara estaba hinchada, con algunas zonas moradas. Junto al sofá había un gotero que acababa en una vía clavada en su brazo.

Me quedé sentada en una esquina del sofá, mirándolas. Ninguna quitaba los ojos de la pantalla.

Su madre apareció con una bandeja. Galletas, dos Cola Caos y una caja de pastillas. Paula, que no podía comer, miró de reojo la bandeja y entreabrió la boca con dificultad. Su madre le dio una pastilla, y un poco de agua con mucho cuidado, como cuando las dos me pedían perdón dándome de merendar. Después fue Raisa la que abrió la boca, y también su madre le dio una pastilla. La tragó con Cola Cao y se recostó contra su hermana como si estuviera agotada. En la pantalla apareció la cortinilla que precedía el inicio de *Ranma*. Primero Raisa y después Paula, empezaron a seguir la melodía, suavemente:

*La vida es dura  
Hay que pelear  
No es fácil  
ni para Ranma*

Paula apenas balbuceaba. Raisa empezó a acariciarle el pelo, de forma distraída, sin apartar los ojos de la pantalla. Paula apoyó la cabeza en el pecho de su hermana, como presa de una extrema debilidad.

Cuando me fui estaban dormidas, acurrucadas la una junto a la otra, casi simétricas. Parecían la misma persona antes y después de un accidente.

Al entrar en mi edificio, vi la chaqueta pisoteada de Henri colgada del pasamanos del portal. Puede que alguien la hubiera encontrado tirada en la escalera.

Sabía que él estaría tumbado en su sofá, medio desmayado por el alcohol. Cogí la chaqueta. Empecé a doblarla. En el último doblado perdí la fuerza en las manos. La chaqueta cayó al suelo.

Ya en casa, me encerré en el baño. Saqué la bola de papel de plata del bolsillo y la abrí. Los dientes de las mellizas parecían más amarillos que la última vez que los había mirado. Los saqué del papel de plata, me los puse en la lengua y bebí directamente del grifo. Sentí cómo raspaban en la garganta.

Me miré en el espejo. Vi el rostro blando de una niña que no tenía cuchillitos, ni golpes a traición, ni el paladar roto. Mi propia mano llegó rápida, con una fuerza inusual. Fue un tortazo seco y casi sentí sorpresa, a pesar de que me había ordenado hacerlo. Me gustó el brillo en los ojos, las mejillas llenas de color. Se me habían saltado las lágrimas pero, aun así, repetí el movimiento una vez más.

A principios del siguiente curso mi madre me dijo que las mellizas se marchaban a otra isla, a vivir con su abuela. Su

madre las había mandado a un colegio privado y ahora vivía sola, exceptuando los burbujeos de la frecuencia modulada sonando al final del pasillo.

En las vacaciones de Semana Santa, empecé a cartearme a través de El Pequeño País con un chico de un pueblo gallego.

En el revés de la foto de carnet que me había mandado se leía: «La foto es de hace tiempo. Ahora no tengo tantos granos».

Y en la posdata: «Me encanta escribirme contigo. Eres la única chica que conozco que no es de mi familia».

### *Karl, Marino, una perra*

Mi casa está en el punto en el que convergen las dos colinas que forman el valle. La vegetación la oculta hasta el último momento, cuando casi te das de bruces contra ella. Es un cortijo bellamente camuflado por años de descuido.

La hiedra cubre las paredes de piedra, las plantas del camino te señalan con el dedo, se te meten en los ojos, poco acostumbradas a que algo se interponga en su crecimiento.

No sé en qué documental oí que sentimos pánico frente a un tigre y no frente a una enredadera por una mera cuestión de velocidad. Un tigre tiene una velocidad superior a la tuya, puede lanzarse sobre ti y matarte en pocos minutos. Si no fuera por su lentitud, una planta también podría hacerlo. Seguramente desearía hacerlo. Para demostrarlo, el montador insertaba el plano fijo a cámara rápida de una selva, grabada sin interrupción durante meses. Las plantas se reprimían unas a otras, aplastaban a las más débiles contra el suelo, sepultándolas, estrangulando los tallos a su alcance, mientras luchaban desesperadamente por trepar a lo más alto en busca de la luz.

De modo que ese verdor pacífico que contemplo ahora mismo desde la ventana es en realidad una lentísima guerra. Al atardecer, cuando no se oye ni el más leve sonido, pienso que ese silencio es su rugido.

Desde mi ventana se ven también los perros del vecino. Karl es un holandés de unos sesenta años. Lleva casi treinta en el valle, en esa casa que se cae a trozos, pero solo chappurea algunas palabras de español, que va alternando con onomatopeyas de su invención. Casi no nos vemos. De vez en cuando le bajo una olla con comida y él me regala larguísimas charlas llenas de ruidos y efectos de sonido, como los que hacen los niños cuando juegan a la guerra.

Tiene varios perros, pero dos se distinguen claramente de los demás. Una se llama Tina, como el gran amor que lo abandonó y lo dejó solo en estas montañas; la otra no tiene nombre. Tina es grande, su pelaje negro y brillante. A veces, de noche, veo vagar su cuerpo oscuro, sus ojos brillando muy juntos, y la confundo por un instante con un jabalí.

La que no tiene nombre es una perra anodina, con colmillos salientes y ojos permanentemente ofendidos. Tiene una cabeza de perro grande que contrasta con su cuerpo pequeño. Se alimenta como un ave de rapiña, de forma oportunista, a hurtadillas de los otros, como si en lugar de una perra fuese una anciana con síndrome de Diógenes.

A veces, cuando el resto de los perros ladra a un forastero que se acerca por el camino, la perra sin nombre se adelanta, se gira hacia sus compañeros y les gruñe, como si defendiese al caminante desconocido. Aunque sé que lo hace porque por un momento tiene la oportunidad de enfrentarse a los suyos, de discrepar.

A fuerza de observarla, a veces puedo predecir su comportamiento. La veo en una situación determinada y me pregunto, ¿qué haría yo?

Esta tarde come de una lata oxidada. Cada vez que saca el morro de la lata, veo que los bordes herrumbrosos han cortado su cara. Salgo de casa y me acerco a ella. La lata está casi vacía, solo hay un poco de carne en el fondo, pero ella sigue hundiendo el hocico, intentando rebañar algo, haciéndose cada vez más daño. No le digo nada. Gime de dolor pero, cada vez que levanta la cabeza, me pregunto qué haría en su lugar. Me digo que volvería por más carne, por mucho que me sangrase el hocico.

Las diez o doce casas del valle están habitadas por seres que han rechazado cosas, han tomado otras, seres que a veces se sienten solos, incomprendidos por el resto del mundo, pero se mantienen firmes en su postura.

Todos lo saben todo de todos. A medida que hablas con unos y otros se va tejiendo una intrincada red en la que todo pudo suceder: la loca estuvo casada con el pijo, el chico de veintipocos tiene cuatro hijos en otro país, el pequeño de la familia budista se ha hecho culturista.

Hay una clara separación entre la parte alta y la baja, más cercana al barranco. La parte de arriba mantiene un cierto orden, algunos cánones de familia feliz con una secuencia calmada y programada. La zona que se precipita al barranco es salvaje y la habitan niños perdidos que se han hecho mayores.

Para cruzar la frontera entre las dos partes hay que recorrer el «bosquecillo encantado». Es la quebrada del valle, por la que corre un río de agua helada. Los árboles autóctonos que no llegaron a quemarse en el incendio del ochenta y seis conviven con plantas trepadoras y arbustos introducidos por los habitantes, lo que da al bosque el aspecto de un inmenso jardín selvático abandonado.

En la mitad de esas dos partes, justo antes del bosquecillo encantado, vivo yo. A veces me baño con agua fría, me

pongo ropa limpia y me siento a escribir frente a la ventana con la mente clara. Otras me emborracho en el cumpleaños de alguien. Normalmente bebo el vino que yo misma he llevado, mientras los demás, abstemios en su mayoría, fuman porros y se meten speed. Más de una vez me despierto al amanecer en el barranco, medio muerta. Vuelvo a casa vomitando en cada árbol, avanzando a cuatro patas a la mínima inclinación del terreno. La casa es luminosa y bella, cubierta de alfombras superpuestas, con techo de vigas y caña, como una casa de cuento. Tiene tres arcones, seis ventanas y dos fantasmas.

Hacia la mitad del valle, bajo dos palmeras, hay un case-rón grande, abandonado. No parece destruido por el declive calmo con el que la naturaleza se va comiendo los objetos, sino por una fuerza repentina. Es la casa de Marino.

Marino ya no vive aquí. Me han hablado mucho de él, pero yo solo llegué a verlo una vez, en el bar del pueblo. Ese día le calculé unos sesenta años. Me pareció un tipo enjuto y canalla, con sus vaqueros y su camiseta negra. En la pechera de la camiseta, un agujero diminuto, logrado a base de desgaste. Intentando cerrar el roto, un pequeño imperdible dorado. Mantuvimos algo parecido a una breve conversación. Se despidió de mí con su voz cazallera:

—Que seas muy feliz y te nazcan los hijos con barba.

El terreno de la casa era de su mujer. Cuando se separaron, ella se mudó al pueblo y él siguió allí, levantando día a día con sus propias manos aquel cortijo imponente. Arcos de madera, un porche, habitaciones de dos alturas, una piscina de azulejos. Vivía la construcción de la casa en soledad, andrajoso y taciturno. Apenas comía. A veces un trozo de jamón, unos higos de los árboles cercanos. Dormía fuera, junto al huerto, en un saco de dormir, para que los jabalíes no levantaran lo plantado. Si se escuchaba algo rugoso sonar



con insistencia en la noche, era Marino, que no podía dormir y estaba lijando la baranda del porche.

En algún punto, su exmujer lo denunció para que se fuera de la casa. Los que vinieron a desahuciarlo bajaron por el camino pringándose de barro, enganchándose en las zarzas. Cuando la policía vino a acusarme a mí de haberme comido un bebé, hubo un momento en el que los miré pensando si serían siempre esos mismos dos patanes a los que enviaban a nuestro valle, a perderse en los caminos de cabras, aterrados por las gentes que vivimos en estas casas que desde fuera parecen chabolas monstruosas.

Marino pidió tiempo para empaquetar e irse. Le dieron dos días. Todo su equipaje era una mochila con un par de pantalones y un paquete de galletas Príncipe.

La última noche, antes de marcharse, cogió un martillo y lo destrozó todo. Se oía el eco de los golpes retumbar por todo el valle.

Es difícil para mí escribir algunas cosas. Es casi como romper en una noche la casa que llevas años construyendo. De pronto, te das cuenta de que la casa en la que estás trabajando solo sirve de algo si la rompes y dejas los pedazos a la vista para que todos puedan ver el estropicio.

En los papeles dice que la casa es de su exmujer, pero todo el mundo la llama «la casa de Marino».

La primera vez que entré en las ruinas pensé en una catástrofe natural. En vandalismo, en dinosaurios.

En la parte baja de una pared, escrito a lápiz con letra muy pequeña, se leía: «La vida nos rompe todo pero es *asi* y hay que *acectarla*».



## Juan Gómez Bárcena

Santander, 1984

Es licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, en Historia y en Filosofía. Con su primer libro de cuentos, *Los que duermen* (Salto de Página, 2012) obtuvo el Premio Tormenta al Mejor Autor Revelación. En 2014 publicó *El cielo de Lima* (Salto de Página, 2014), con la que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa 2014 y el Premio Ciudad de Alcalá de Narrativa 2015, así como ha sido traducida al inglés, italiano, alemán, portugués, holandés y griego. Su última novela, *Kanada* (Sexto Piso, 2017) ha obtenido el Premio Ciudad de Santander 2017, el Premio Cálamo Otra Mirada 2017 y ha resultado primer finalista del Premio internacional Tigre Juan 2017. En primavera de 2020 publicó *Ni siquiera los muertos*, de nuevo a cargo de la editorial Sexto Piso. Como crítico, es el coordinador de la antología *Bajo treinta* (Salto de Página, 2013), que recoge las voces más destacadas de su generación. Ha recibido becas de diferentes instituciones, como la Academia de España en Roma, la Fundación Antonio Gala, la Fundación BBVA, el FONCA en México o The International Writers' House en Graz. Actualmente vive en Madrid, donde imparte talleres literarios.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

Corría 1991; tenía seis años y el periódico Diario 16 comenzó un coleccionable llamado “Crónica de la Humanidad”. Como mis padres no quisieron comprarla, decidí escribir yo mismo esas crónicas, que garabateé con más imaginación que rigor en nueve libretas escolares. Puede que mis padres no me compraran la Crónica de la Humanidad, pero tuvieron el buen tino de conservar, hasta el día de hoy, esas nueve libretas.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

El tema esencial de mi obra es el tiempo. Pero si hemos de creer la afirmación de Rulfo de que sólo existen tres temas en la literatura -el amor, la vida y la muerte-, supongo que eso significa que en último término mi verdadero tema es la muerte.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Jorge Luis Borges es el autor que más influencia ha tenido en mi obra, aunque también han sido relevantes otros escritores como Julio Cortázar, Juan Rulfo, Roberto Bolaño, J.D. Salinger, John Cheever o John Fante.

### **Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Creo que entre los autores de mi generación se dan al menos tres tendencias notables y no necesariamente excluyentes: textos autoficcionales que generalmente orbitan en torno a la pregunta de la identidad. textos pertenecientes a lo que Javier Calvo llamó “nueva literatura extraña” y textos de reflexión política y social. Si tuviera que situarme en alguna de las tres tendencias lo haría en esta última.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?**

Me temo que si estuviera dotado del privilegio de cambiar a capricho de país y de siglo, acabaría cediendo también a la tentación de cambiar de profesión.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Llevo muchos años investigando los libros parroquiales, juicios y expedientes notariales de una diminuta aldea de Cantabria, Toñanes, y reconstruyendo las vidas de los habitantes en sus últimos cuatrocientos años de historia. Mi futura novela parte de este esfuerzo documental, y se dirige a algún lugar que por ahora no soy capaz de precisar.

## SINOPSIS

La conquista de México ha terminado, y Juan de Toñanes es uno de tantos soldados sin gloria que vagan como mendigos por la tierra que contribuyeron a someter. Cuando recibe una última misión, dar caza a un indio renegado a quien apodan el Padre y que predica una peligrosa herejía, comprende que puede ser su última oportunidad para labrarse el porvenir con el que siempre soñó. Pero a medida que se interna en las tierras inexploradas del norte siguiendo el rastro del Padre, descubrirá las huellas de un hombre que parece no sólo un hombre, sino un profeta destinado a transformar su tiempo y aun los tiempos venideros.

*Ni siquiera los muertos* es la historia de una persecución que trasciende los territorios y los siglos; un camino que se dirige hacia el norte, siempre hacia el norte, es decir, siempre hacia el futuro, en un viaje alucinado desde la Nueva España del siglo xvi hasta el muro de Trump de nuestros días. Por él discurren antiguos conquistadores a caballo y migrantes que cabalgan los techos de la Bestia, indios sublevados y campesinos que aguardan con paciencia un mundo mejor, revolucionarios mexicanos que toman sus fusiles y mujeres asesinadas en el desierto de Ciudad Juárez. Todos ellos comparten un mismo paisaje y una misma esperanza: la llegada del Padre que habrá de traer justicia a los oprimidos.

Gómez Bárcena toma la realidad mexicana como pretexto para asomarse a la historia universal, en una lectura crítica que cuestiona la fe en el progreso y pone de relieve las promesas incumplidas del capitalismo. Con ecos de autores tan dispares como Joseph Conrad, Alejo Carpentier o David Mitchell, *Ni siquiera los muertos* es el viaje de dos hombres sin hogar que avanzan porque ya no pueden retroceder, y es también una reivindicación de justicia para los perdedores de la Historia.

## **NI SIQUIERA LOS MUERTOS**

**(fragmento de novela)**

Primero proponen al capitán Diego de Villegas, con probada experiencia en circunstancias tan comprometidas, pero el capitán Villegas ha muerto. Alguien nombra a cierto Suárez natural de Plasencia, a quien se le conocen más de quince expediciones sin mácula, pero resulta que Suárez también ha muerto. Nadie menciona a Nicolás de Obregón, porque lo flecharon los salvajes purépecha, ni a Antonio de Oña, quien después de cometer crueldades sin cuento contra los indios paganos, se ha ordenado sacerdote para proteger a los indios paganos. Durante unos instantes se levanta un cierto entusiasmo en torno al nombre de Pedro Gómez de Carandía, pero alguien recuerda que Pedro finalmente recibió encomienda el año pasado y con ello envainó la espada y tomó el látigo. Pablo de Herrera está preso por orden del gobernador, a resultas de ciertos diezmos nunca cobrados o cobrados dos veces, según las versiones; Luis Velasco se volvió loco soñando con el oro de las Siete Ciudades; Domingo de Cóbreces se quedó sin indios que matar y tornó a su primer oficio, la crianza de cerdos. Alonso Bernardo de Quirós lo intentó todo para conseguir el favor del visorrey en los campos de batalla de la Nueva Galicia, la Gran Chichimeca y la Florida, y luego apareció colgado en su casa, con una

última carta al visorrey engarfiada en su mano derecha. De la habilidad y el empeño de Diego Ruiloba nadie duda, pero tampoco de la tibieza de su fe, razón suficiente para apartarlo del mando de armas en esta sensible ocasión. Para llegar al nombre apropiado todavía tienen que descender muy abajo en la pila de pergaminos y transigir con muchas debilidades y flaquezas humanas, pasar de los capitanes a los sargentos de caballería y de los sargentos de caballería a simples soldados de fortuna; un camino pavimentado de hombres demasiado viejos, hombres retornados a Castilla, hombres mutilados, hombres alzados en rebeldía, hombres examinados por el Santo Oficio, hombres desfigurados por la sífilis, hombres muertos. Hasta que de pronto, tal vez para ahorrarse el esfuerzo de seguir desempolvando legajos y expedientes, uno de los escribanos se acuerda de sacar a relucir el nombre de cierto Juan de Toñanes, antiguo soldado de su Majestad el Rey, antiguo buscador de oro, antiguo casi todo, a quien no ha conocido personalmente pero del que se cuenta que burla la miseria persiguiendo indios fugados de las encomiendas de Puebla. Un hombre humilde y si se quiere indigno de la empresa que los ocupa, pero del que por otra parte se dice que es cumplidor y buen cristiano, con una habilidad casi milagrosa para retornar siempre con el indio que se le indica, engrilletado y de una sola pieza. Y que me aspen, continúa el escribano, si ese trabajo no se parece como dos gotas de agua a la empresa para la que sus Excelencias buscan autor; una misión que, salvando las evidentes distancias, consiste precisamente en dar con determinado indio y traerlo de vuelta, lo mismo da si vivo o muerto. El escribano calla, y el visorrey, que también ha empezado a impacientarse, le ordena que busque en sus papeles noticias del tal Juan de Toñanes. Lo que aparece no es más que un expediente mugriento y muy corto, del cual parece colegirse que en sus tiempos de soldado el tal Juan no era ni el mejor ni el peor de los suyos; que sangró en muchas pequeñas

escaramuzas sin distinguirse en ninguna ni por lo cobarde ni por lo gallardo; que durante años envió cartas al visorrey solicitando –sin éxito– la concesión de una encomienda; que luego rogó –cosechando cortesías negativas– el cargo de sargento de la expedición de Coronado a la Quivira; que por último suplicó –sin recibir respuesta– un puesto en Castilla muy por debajo de sus merecimientos. Un hombre a todas luces vulgar, pero de una vulgaridad muy poco común, que en todos estos años se las ha arreglado para no heretizar, no empeñarse en duelos, no tomar parte en pendencias ni escándalos, no maldecir ni a Dios ni a su Majestad el Rey, no manchar la reputación de doncellas, no recibir prisión ni oprobio. Y así, antes incluso de terminar la lectura de su hoja de servicios, el visorrey ya se ha decidido a suspender las pesquisas y hacer llamar a ese tal Juan, de destrezas y talentos desconocidos, pero del que cabe esperar, como de todo soldado español, una cierta experiencia con la espada y una mediana disposición para la aventura.

Los golpes de la aldaba despiertan al perro y los ladridos del perro despiertan a la mujer, que dormitaba junto al fuego. En una esquina de la taberna se demoran todavía cuatro hombres, vacilantes y embrumados por el alcohol. Continúan intercambiando naipes en silencio a la luz de una vela, indiferentes a los aldabonazos y al martilleo de la lluvia en el tejado y a las cinco goteras que cada tanto hacen repicar el fondo de cinco calderos de estaño. Uno de los calderos ya rebosa y ha dejado formarse un charco que el piso de tierra no es capaz de tragar. Debería haberlo vaciado horas atrás. La mujer tiene quizás tiempo de pensarlo mientras prende el candil y se dirige a atender la puerta.

Son dos hombres que esperan en el zaguán, encobijados bajo sus capas y sus sombreros. Tan pronto como la mujer destraba los cerrojos irrumpen en la taberna, zapateando en el umbral con sus botas empapadas. Uno de ellos murmura una maldición, que

no se sabe si va dirigida a la tormenta, o a la noche que los ha sorprendido en ese rincón remoto del 16 mundo, o a la mujer de piel atezada que está ayudándolos a desembarazarse de sus ropas húmedas. Las capas parecen como enceradas por el agua y cuando se quitan los sombreros se derraman sobre el piso unos últimos restos de lluvia. Y es entonces, al colgar sus sombreros y sus cobijas, cuando la mujer tiene tiempo de ver a la luz del candil a los hombres que se ocultan debajo. Ve sus ojos y la piel blanca y las barbas bermejas, ve las camisas buenas que visten, los correaes hechos de talabartería fina, y ve, sobre todo, sus manos blanquísimas, sus manos limpias y seguramente también suaves, manos hechas para el roce del pergamino o de la seda pero de ningún modo para el laboreo de la tierra. Los forasteros no corresponden a la mirada de la mujer, no reparan en ella siquiera, o si lo hacen la evitan como evitan las atenciones del perro, que ha venido a olfatear sus pantalones de monta y sus botas de cuero.

Al fondo de la taberna, los cuatro jugadores levantan la vista de sus naipes y sus jícaras de pulque. La blancura de la piel de los recién llegados es tan extraordinaria que también ellos se vuelven por un instante, súbitamente incumbidos por la sorpresa. Son, sin duda, españoles, tal vez incluso hombres de corte, quién sabe si por ventura escribanos o funcionarios del visorrey, y una vez libres de sus sombreros y sus capotes se pasean en derredor con lentitud y aplomo.

Al fin escogen una mesa que es, quizás, la más limpia de la taberna, y de todas formas la mujer corre a fregotearla con un paño húmedo. Mientras tanto, recita la lista de platos con que sería un honor agasajar a vuestas mercedes. El pan de la casa que sus Excelencias deberían probar. Las dos habitaciones dispuestas y bien ventiladas en las que, si lo desean, sus Ilustrísimas pueden pernoctar. Los llama así, indistintamente, vuestas mercedes, sus Ilustrísimas, sus Excelencias, confiando en que alguno de esos tratamientos se acomode a la dignidad de los



forasteros. Pero los forasteros no quieren posada ni cena. Sólo bebida. Sólo dos vasos de vino. La mujer tartamudea para decir que, por desgracia, no les queda vino. Piden aguardiente, y tampoco de eso queda. Uno de ellos se vuelve para señalar a los jugadores de naipes:

—¿Qué están bebiendo éstos?

—Pulque, su Excelencia... En esta humilde taberna sólo servimos pulque, su Ilustrísima... Una bebida que no es digna del paladar de vuesa merced...

—Que sea pulque —sentencia el otro.

Mientras esperan, los forasteros se vuelven para juzgar en silencio el espacio que los rodea. Miran a la mujer, evidentemente india, que se interna en la recocina para llenar sus jarras de pulque. Miran a los jugadores que aguardan en la mesa contigua, sin lugar a duda indios también. Observan sus manos encallecidas y sucias, su piel morena, sus ropas raídas, hasta que los indios en cuestión, incapaces de sostener su mirada por más tiempo, retornan acobardados al juego. No parecen recordar quién lanzó el último envite y los forasteros se complacen con su turbación. Miran después los calderos azarosamente dispersos por el suelo. El fuego del hogar. El techo mal retejado del que cuelgan una sarta de chiles y dos guajolotes sin desplumar, más bien escuálidos. Un tonel serrado por la mitad que hace las veces de silla y una puerta desgoznada que hace las veces de mesa. Sobre ella hay dispuesta una hilera de jarras sucias y en la pared opuesta una sencilla cruz de madera, colgada quién sabe si por convicción o por miedo, como los judíos cuelgan jamones en las vitrinas de sus comercios. En algunos lugares el suelo está empavesado con una cuadrícula de morrillos blancos, pero tan pronto como se camina hacia el fondo los morrillos comienzan a menudear hasta resolverse en un humilde suelo de tierra pisada, como si alguien se hubiera afanado por adecentar la taberna pero en algún momento se le hubiera acabado el oro

o la esperanza. En su yacija, el perro suspira dolorosamente, en mitad de un sueño seguramente no exento de pesadillas.

La mujer regresa con dos jarras de pulque y con un plato de tortillas de maíz que nadie le ha pedido. En el borde de una de las jarras se puede apreciar claramente la huella blanca de unos labios. Los hombres miran fijamente esa mácula, como si quisieran borrarla.

Antes de marcharse, la mujer se inclina para hacer una reverencia complicada, pero uno de los forasteros la toma por la muñeca. No hay violencia en su gesto. Sólo una autoridad inobjetable, ante la que ella se abandona con resignación.

—También estamos buscando a un hombre —dice, y la mujer se prepara para escuchar.

Están buscando al dueño de la taberna y el dueño de la taberna aparece por fin, al pie de la escalera que conduce a las habitaciones. Al verlo llegar, los forasteros no se mueven. No se levantan para recibirlo. No le estrechan la mano. No hacen ni dicen nada. Permanecen sentados en sus sillas y desde esa distancia juzgan al hombre que se dirige hacia ellos vacilante, sorteando apenas los calderos en los que chapotea la lluvia. Tendrá unos cuarenta o cuarenta y cinco años y todavía todos o casi todos los dientes en la boca. Miran el pelo y la barba revuelta. Los ojos vinosos. La camisa mal abrochada. Es, tal vez, alguien que acaba de levantarse de la cama, urgido por el llamado de la mujer; alguien que ya ha llegado a esa edad en que los hombres prefieren acostarse temprano. Es, tal vez, sólo un hombre borracho. Prefieren creer lo segundo, porque el alcohol siempre se ha avenido bien con las empresas difíciles. Al menos con cierta clase de empresas y cierta clase de hombres.

Arrimada a la mesa hay una silla vacía. Uno de los forasteros señala esa silla, sin mediar palabra. Es la misma mano imperiosa que retuvo la muñeca de la mujer y que ahora arrastra al recién llegado hasta el asiento, sin necesidad de tocarlo.

—Vos sois Juan de Toñanes —dice entonces, acompañando su propio gesto.

No suena como una pregunta sino como una afirmación, y el hombre tarda algún tiempo en contestar. En ese tiempo alcanza a pensar muchas cosas. Mira las tortillas intactas y las jarras de pulque llenas hasta el borde, y tras ellas a los dos desconocidos que no se han dignado a dar un solo trago ni un solo bocado. El que ha hablado le sostiene la mirada, como esperando leer en sus ojos la respuesta. El otro ni siquiera se molesta en levantar la vista. Se ha sacado del cinto un puñalito minúsculo: una daga con la empuñadura de oro que no parece hecha para el ejercicio de la guerra sino para abrir lacres o rasgar páginas intonsas. Con ese puñalito se afana en modelar sus uñas, que por lo demás están ya bien recortadas y limpiísimas.

—Sí, soy Juan de Toñanes —dice Juan de Toñanes.

Y luego, con algo que quiere ser aplomo:

—¿De qué se me acusa?

—¿Cómo decís?

—¿No es por eso que están aquí vuestas mercedes? ¿Para prenderme?

El hombre ríe largamente. Ríe tanto que su compañero tiene tiempo de acabar con las uñas de la mano izquierda y concentrarse en la diestra. Oh, no se le acusa de nada en absoluto, continúa, cuando se cansa de reír. Todo lo contrario: ahí arriba están muy satisfechos con él. Debería haber estado en palacio con ellos, oyendo hablar a los escribanos y al gobernador y aun al mismísimo visorrey sobre sus hazañas. Precisamente por eso están ellos allí: para agradecerle los servicios prestados a la Corona, tan notorios y reconocidos por todos. Y puede que incluso para abusar de su generosidad y solicitar su ayuda de nuevo. Es por eso que vienen de tan lejos. Y no ha sido, puede creerlo, tarea fácil dar con él. Si supiera cuántas carreteras de polvo, cuántos pueblos grandes y chicos, cuántas

leguas han tenido que separarse del camino real hasta encontrar esta taberna caída de la memoria de Dios.

—¿Mi ayuda? —pregunta Juan, como si fuera inverosímil creer que sus manos ajadas y curtidas de cicatrices puedan ser útiles para alguien—. Siento decirles a vuestas mercedes que hace mucho que no me embarco en aventuras ni empresas.

El hombre ríe de nuevo. Señala las jarras intactas de pulque.

—Desde luego no hemos venido por su vino.

—Vuestas mercedes tienen que disculparnos. Por aquí no vienen muchos españoles que sepan apreciar el buen vino...

Hace un gesto vago con la mano, que abarca toda la taberna. A la mujer que se atarea en la recocina y a los cuatro jugadores que parecen continuar su partida, sin perder de vista a los forasteros.

—Eso puede cambiar. Los españoles, sabedlo, no van donde hay vino, sino donde hay oro con que comprarlo.

Mientras habla, se descuelga del cinto un odre, perlado de gotas de lluvia. Se lo tiende con camaradería. Juan lo retiene en las manos un instante, sin decidirse ni a empinarlo ni a retornarlo a las manos del forastero.

—Vamos, bebed. Vos sí sois español. Vos sí sabéis apreciar el buen vino, ¿verdad?

Al fin da un trago largo y concienzudo. Es un vino delicioso, que no parece sacado de las viñas desmedradas de América sino de los lejanos lagares de Castilla. Cuando termina de beber, se restriega la manga de la camisa contra la barba y ofrece la bota al segundo forastero, tal vez porque cree que debe de tener sed, o para rescatarlo de su ausencia. Él ni siquiera parece notar el ofrecimiento. Continúa jugando con el puñalito, ajeno a todo cuanto en esa mesa se hace o se dice.

—Y bien, ¿qué es lo que el visorrey quiere que haga? —se atreve a decir Juan, fortificado por el trago.

El hombre da un respingo. La daga detiene su movimiento un instante, como si alguien hubiera hecho o dicho una descortesía. El otro se adelanta para contestar, intentando borrar sus palabras. ¿Quién ha dicho eso? ¿Ha dicho él acaso, o por ventura ha dicho su compañero, que el visorrey en persona le esté pidiendo algo, que le necesite para cosa alguna? ¿Está insinuando que el visorrey es un mendigo que solicita la caridad de sus súbditos? El visorrey, debe saberlo, no le pide nada. Nada en absoluto. Todo cuanto ellos están haciendo es trasladarle una invitación. Podría llamársele una misión, si no fuera porque esa misión no consta en legajo ni en memoria alguna, ni tiene tampoco quien la ordene ni quien la sufrague. Así que no es una misión: eso debe quedarle claro. Aunque por otro lado, el visorrey le cubrirá de oro si la cumple. Así que bien mirado sí es o sí se parece mucho a una misión. Podría decirse que es una misión si la cumple y no es una misión si, Dios no lo quiere, fracasa. Aunque ni siquiera entonces podría hablarse de una misión en un sentido estricto, porque una vez concluidas, las misiones suelen presumirse en las tabernas y en los puertos y en los corredores de palacios y casas fuertes, y él no podría hablar de estos asuntos por muchos y variados que fueran los hombres que le preguntaran al respecto. Ni en el confesionario siquiera. Porque si Dios ya sabe todo cuanto hacemos, a qué repetírselo, y si no lo sabe, a qué llamarlo Dios, ¿no le parece?

Juan asiente. Dice que sí, que le parece, sin saber a lo que asiente ni lo que le parece. Esa respuesta parece satisfacer a los forasteros. El primero continúa hablando, más tranquilo, y el otro ha vuelto a concentrarse en sus uñas. A la luz del fuego, la hoja de su daga cabrillea entre sus dedos, como si sostuviera un diminuto sol. En fin, está diciendo su compañero, aclaradas estas cuestiones; sabiendo que el asunto está perfectamente entendido, pueden, en aras de la simplificación

y de la didáctica, llamar a la misión misión. Y pueden incluso decir que es el visorrey quien la ordena, aunque sea una forma de exagerar y hasta de mentir. Y lo que quiere el visorrey, si acaso el visorrey quisiera cosa alguna, es algo muy sencillo, dice riendo de nuevo. Algo tan sencillo para un hombre de su experiencia que casi da eso, risa. Sólo tiene que encontrar a determinado indio, en algún lugar de la Gran Chichimeca. Encontrarlo y acabar con su mandato, porque es forzoso reconocer que en los últimos tiempos ese indio, explica, ha logrado cierto ascendiente entre los salvajes. Saben que la Gran Chichimeca es precisamente eso, un lugar salvaje, y además muy grande, como su propio nombre indica. Saben que es una tierra feroz y acaso capaz de hacer temblar la espada de hombres menos valerosos y corajudos: un lugar que los propios aztecas, tan sanguinarios, temían –tal vez a un hombre con los conocimientos de Juan no se le escapa que en lengua náhuatl chichimeca significa «perro sucio e incivilizado», explica—. Pero saben también que alguien que siendo sólo un muchacho participó en el asedio de México-Tenochtitlan; alguien que unió su espada a Cristóbal de Olid en las Hibueras y a Nuño de Guzmán en la conquista de la Nueva Galicia; alguien que tantos y tan buenos esclavos indios hizo en las tierras de guerra, no se asusta por eso ni por nada.

Juan tarda en responder. Todas esas cosas las escucha en silencio y desde cierta distancia, como si no se correspondieran a sucesos de su vida o pertenecieran al pasado de otra persona. En cierto modo es así: todo lo que el forastero cuenta parece haberle sucedido a otro hombre. Resulta difícil ver en Juan un soldado, imaginarlo con su casco y con su arcabuz, con su propio caballo y su botín de guerra. Se diría que ha estado siempre ahí, sirviendo jícaras de pulque y tortillas de maíz en una taberna que se pudre lentamente en el fin del mundo.

–Ese indio... ¿es un chichimeca? –pregunta, con una voz que tal vez quiere asemejarse a la voz de un soldado.

–No. Es de por aquí. Creo que un tlaxcalteca.

Juan ladea la cabeza. Adelanta la mano para arrancar un trozo de tortilla fría y metérsela en la boca, como si la mención de la guerra le hubiera devuelto el apetito o el atrevimiento.

–Entonces ya les han dado el trabajo hecho.

–¿Qué queréis decir?

–Sólo hay una cosa que los chichimecas odien más que a un cristiano. A un indio tlaxcalteca. Así que pueden contar con que su indio ya está muerto.

De pronto el segundo forastero levanta la vista de sus manos y de su daga. Tiene los ojos azules y están muertos, o al menos son lo más parecido que Juan recuerda a la muerte. Son ojos que no están acostumbrados a contemplar el horror sino sólo cuando ese horror se ha transformado ya en cifras, en memoriales, en legajos. Ojos que no han visto más sangre derramada que la que proviene de un mal afeitado, y tal vez por eso su propietario se ha cansado de exigir la sangre de otros desde detrás de su escribanía, sin entender lo que exige.

–Este indio no –dice, y su voz es tan dura y tan aplomada que basta como prueba.

Durante algún tiempo nadie dice nada. El forastero ha vuelto a concentrarse en su daga y sus uñas impolutas y el otro mira fijamente a Juan, como esperando algo. Sólo se escucha, a su espalda, el entrechocar de los naipes contra la madera y del agua contra el agua. El ruido de loza y vasijas que la mujer hace en la recocina, donde por otro lado no hay nada que limpiar.

–¿Qué es lo que ha hecho ese indio que tanto les importa a vuestras mercedes? ¿Forzó a una doncella? ¿Quemó una iglesia? ¿Intentó rebanarle el pescuezo al mismísimo visorrey?

El primer forastero niega con la cabeza, sin borrar del todo la sonrisa. Dice que las razones no importan. Dice que

ellos no van a darle esas razones pero que tienen, en cambio, mil razones de oro para quien dé con él, y en cada una de esas razones la efigie acuñada de su Majestad Carlos, que Dios guarde. Dice que el oro viene de arriba y que las órdenes también vienen de arriba y que los de arriba nunca se equivocan, y si lo hacen, ellos, los de abajo, jamás llegan a enterarse. Así que si quiere aceptar la misión, esa misión que en sentido estricto no es misión y que nadie le ordena, tendrá que olvidarse de las explicaciones y conformarse con el oro. Y el oro, añade envalentonado por la atención renovada con la que Juan lo está mirando, es capaz de cosas que muchos hombres no creerían. Los doblones suficientes pueden transformar la taberna más ruinosa en una taberna próspera; puede que a la misma vera del camino real; puede que con caballos de repostaje y vino en abundancia y clientela cristiana; sin goteras en el techo y sin criadas indias detrás del mostrador, sino buenas mozas castellanas para servirle a uno los tragos sin vergüenza ni oprobio.

Juan mira durante algunos instantes la boca que ha dejado escapar esas palabras.

—Esa mujer no es una criada —dice—. Es mi esposa.

Una pausa, llena de esfuerzo.

—Y ya les dije a vuestras mercedes que hace mucho que no me dedico a dar caza a indios.

Quiere ser una voz que exige respeto, pero sólo es una voz que pide disculpas.

—Entiendo —dice el segundo forastero, envainando la daga.

Los hombres se ponen lentamente en pie, como queriendo dar a Juan tiempo de arrepentirse. Pero Juan no se arrepiente, y si lo hace, no se atreve a decirlo. También él se pone en pie. Lo hace despacio y trabajosamente, tal vez porque imita sus movimientos; tal vez porque tantos años de experiencia con la espada no han pasado en balde.



Antes de dirigirse a la puerta, el segundo forastero vuelve sus ojos azules a Juan. Estarán tres días en el pueblo, dice. Ni una hora más. Tiene hasta entonces para cambiar de opinión. Eso dice, mientras hurga en su faltriquera. Parece que va a darle la mano, pero no se la da. Lo que hace es sacar una moneda y arrojarla en una parábola desdeñosa. Una moneda que es sólo un destello de oro atravesando el aire hasta desaparecer en la jarra de pulque, con un chapoteo blanco.

La mujer los alcanza en la puerta. Los ayuda a ponerse sus capas y sus sombreros, ya secos o casi secos por el calor del fuego. A Juan le parece distinguir un brillo especial en la forma en que miran a su esposa. Una mirada que en algo recuerda al modo en que primero miraron las jarras de pulque. Las tortillas de maíz. Las cinco goteras, haciendo repicar el fondo de los cinco calderos de estaño.



## Aixa de la Cruz

Bilbao, 1988

Aixa de la Cruz es doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, y escritora. Ha publicado las novelas *De música ligera* (451 Editores, 2009) y *La línea del frente* (Salto de Página, 2017), el libro de cuentos *Modelos animales* (Salto de Página, 2015) y el ensayo *Diccionario en guerra* (La Caja Books, 2018). *Cambiar de idea* (Caballo de Troya, 2019) es su libro más reciente. Escribe mensualmente sobre feminismo y género en el Periódico Bilbao y, bimensualmente, en La Marea.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

Me recuerdo escribiendo desde siempre. La primera vez, a los 5 años, ilustré un cuento en unos pliegues de folios que querían parecerse a un libro, con portada y todo. La profesora, muy orgullosa, me exhibió como a un espectáculo circense por las aulas de los mayores y siempre he pensado, con algo de vergüenza, que mi vocación viene de ahí, del aplauso más temprano que recibí en mi vida.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

Con los años me he ido convirtiendo en lo que más temía: una escritora política. Pensaba que la literatura tenía que quedarse en los márgenes simbólicos (y quizás haya una parte de mí que aún lo piensa), pero cada vez me atrae más la lucha en el barro, y los temas que no son ni universales ni eternos, pero sí urgentes.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Lo cierto es que he dejado de leer a casi todos los autores a los que veneraba en mi adolescencia tardía: Roberto Bolaño, Javier Marías, Enrique Vila-Matas... Alguien a quien descubrí en aquella época y que nunca se me destrona es Antonio Orejudo. Apenas había oído hablar de las mujeres que me reeducarían años más tarde: Siri Husvedt, Paul B. Preciado, Doris Lessing, Belén Gopegui...

### **Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

En narrativa breve, la ruptura de las formas tradicionales, y en general, los textos que hibridan géneros y desafían la estructura clásica: los diarios íntimos en los que cabe la disertación filosófica, las colecciones de cuento que incluyen manifiestos políticos, los libros de poesía que funcionan como memorias...

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?**

Teórica en la Francia de los 70.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Tener una hija me ha quitado las ganas de escribir (por el momento). Desaparece esa compulsión creativa, la necesidad de producir, porque siento que ya estaría.

## SINOPSIS

*Cambiar de idea* es un texto híbrido en el que su autora se mueve entre las memorias y el ensayo para explorar los distintos hitos biográficos que, a punto de cumplir la treintena, la han llevado a reconfigurar su mirada. En este libro, hacerse mayor es aprender a contemplar el dolor de los demás de frente, sin buscar refugio en la teoría; es adquirir conciencia política y, sobre todo, pelearse y reconciliarse con el feminismo. Porque tampoco las mujeres nacen conscientes de las opresiones que las atraviesan por el mero hecho de ser mujeres, la autora ilustra la forma perversa en la que el machismo nos condiciona a todos relatando el modo en que ha sido víctima y victimaria. En un mismo capítulo se escapa de milagro de una agresión sexual y nos confiesa las dinámicas de abuso que ella misma perpetuó en sus relaciones homosexuales. El objetivo es alcanzar una desnudez extrema, incómoda para quien escribe, en la que el lector se pueda sentir reflejado e interpelado. Porque escrito en 2017, en pleno auge del movimiento #MeToo, este libro tiene mucho de testimonio de los que aspiran a un efecto contagio, esto es, a que los lectores también se permitan cambiar de idea.

## **CAMBIAR DE IDEA**

**(fragmento de novela)**

Cuando llegué a Granada había superado la fase del asombro. No era una principiante y además, ahora disponía de los medios necesarios para que la vida fuese una fiesta. Ya no hacía falta que me hincara de rodillas en los cuartos de baño de los bares. Tenía habitación y cama propias. Por las mañanas asistía a clases de materialismo cultural y teoría feminista y de género y adquiriría el marco teórico que aportaba trascendencia a cuanto hacía por las noches. En Halloween, me disfracé de la loca encerrada en el ático; en carnavales, después de que estudiáramos la teoría de la performatividad de Judith Butler, me puse un vestido de fiesta entallado, tacones de aguja y un cartel al cuello que decía: mujer. Disfrazarse de objeto era lo mismo que ser un objeto pero con distancia irónica. Las colas para entrar en locales de moda se acortaban, los camareeros te servían al instante y con una sonrisa de anuncio, e incluso los trámites administrativos eran más rápidos. No había de qué avergonzarse porque me había acostumbrado tanto a la atención masculina que la desdeñaba. Confundí mi afición por los retos difícil con lesbianismo. Aunque no, nunca utilicé esa etiqueta. La orientación sexual era un continuo y me estaba acercando al polo opuesto del que partí. El polo de partida nunca fue *real*. Me habían educado en un marco de heterosexualidad obligatoria que había

condicionado y limitado mi transición hacia la vida adulta, pero ahora, por fin, era libre.

Una noche, o una madrugada, más bien, conocí a Milena. Estaba con Lisa y Laura, dos amigas del máster, en una de las discotecas modernitas del centro, y habíamos conseguido M. Era un día de entresemana y la pista estaba prácticamente vacía. Me fijé en una chica que bailaba en círculos, con las manos en el aire, al ritmo de una música que no era la del local sino la que probablemente sonaba en su cabeza, y supuse que estábamos puestas de lo mismo. La acompañaban cinco chicos que vestían como ella, con sudaderas enormes y zapatillas deportivas. El disfraz masculino le daba un punto sexy, como si acabara de follar y se hubiera puesto la ropa de su novio, aunque ninguno de ellos parecía serlo. Buenas vibraciones. La primera regla es que no estén rodeadas de mujeres. Poco antes, mientras hacíamos cola para el baño, se lo había explicado a Laura: si son heterosexuales, funciona a última hora de la noche y sobre todo con las que se creen guapas y han perdido a sus amigas en la última discoteca, de la mano de algún imbécil. Saben que si no ocurre un milagro acabarán en la cama con el más pesado del grupo de tíos con el que se hayan quedado colgadas y que lo harán por deporte, por hacer algo, probablemente un favor. Si te acercas a ellas, siempre piensan que les quieres robar a uno de los simios que las rodean. Saben que son simios, pero se sienten amenazadas, no pueden evitarlo. Y entonces llega el *punch*, cuando descubren que no quieres ligar con ellos, sino con ellas. Si se han quedado hasta las mil, si bostezan pero no se van a casa, es porque tenían la esperanza de que aún pudiera ocurrir algo emocionante, y esto es emocionante, exótico, lo que estaban esperando.

Cuando me acerqué a Milena y la engullí con mis pupilas tóxicas supe que no encajaba en el perfil que le había descrito a Laura, pero aun así la abordé con la rutina de costumbre. ¿Dónde están tus amigas? Ella señaló a los chicos que la rodeaban y que ahora daban saltos al ritmo de una canción de Rammstein. Me dijo que

aquella noche había salido con sus compañeros de piso y se encogió de hombros. Tenía 18 años y era de un pueblo de Jaén. No estaba de éxtasis sino de *speed* y absenta. Acababa de llegar a Granada, estudiaba Bellas Artes y fotografiaba globos de helio —de los que tienen formas de corazón o de personajes de dibujos animados— cuando aterrizaban en solares industriales o en contenedores de basura, después de que los niños los dejaran escapar. Mientras me hablaba, yo solo veía su labio inferior, tan grueso que se agrietaba en el medio, y la iba arrastrando, poco a poco, fuera de la pista y contra una pared, y cuando estuvo contra la pared, fui poco a poco reduciendo el espacio, y le acaricé el pelo, me gusta tu pelo, es un pelo muy suave, como de arena, y comenzamos a suscitar atención. Teníamos una veintena de pares de ojos encima, ojos de hombres que se pajea con porno lésbico, así que le propuse que saliéramos a fumar. Nos dimos la mano para no perdernos por la zona de la barra, que estaba congestionada. Yo iba delante, abriendo huecos y galerías, y exageraba la estrechez para que nos restregáramos, y sentí que si aquello se alargaba podría correrme sin más, por el calor que percibía contra mi espalda y que sabía que era suyo. Nunca me han vuelto a sentar tan bien las drogas como entonces.

Cuando llegamos a la calle, Milena tenía las mejillas empapadas en sudor y, bajo los neones de la entrada, las gotitas le brillaban como purpurina. Rodeé su cintura con un brazo, la atraje hacia mí y le succioné ese labio inferior que parecía a punto de explotar. No me devolvió el beso pero tampoco se alejó.

Aquí no. Vamos a mi casa.

Mientras caminábamos, comenzó a amanecer y yo comencé a estar cansada, así que saqué el gramo de M y compartimos los cristales que habían sobrado.

Esto me recuerda a los polvitos de pica-pica que chupaba de niña, dijo, solo que esos eran agridulces y estos son solo amargos. ¿Te acuerdas de los botecitos? Y también había cigarros de chocolate, pero los prohibieron.

Caminábamos por un callejón vacío con vistas al Darro. El enlucido de las paredes del Realejo reflejaba una luz de aparición divina y estábamos absortas. Cuando quise decir algo, ya no recordaba el qué, aparecieron sus compañeros de piso.

Al principio no me molestó que me atosigaran a preguntas ni que me apartaran de Milena, ni los piropos, ni el espacio interpersonal un tanto escaso, pero uno de ellos se pasó de la raya, me inmovilizó para besarme a la fuerza, y a pesar del chute de serotonina que circulaba por mi sangre y es capaz de hacer que reine la armonía en el infierno, perdí la paciencia y comencé a gritar.

A ver si lo dejamos claro, que creo que os estáis equivocando. Estoy aquí con ella.

Lancé un manotazo al aire y le alcancé en la cara al más bajito, que retrocedió de un salto y exclamó, revanchista:

No te creas que es bollo. Es solo una guarra.

Apreté el paso y alcancé a Milena, que se había quedado atrás y caminaba sobre el bordillo de la acera en puntas, como si fuera una equilibrista. De pequeña fui gimnasta, me explicó muy sonriente. Y luego: vamos a hacernos un selfie. Eres tan guapa que mañana les contaré a mis amigas que conocí a una actriz o algo y seguro que se lo creen. Me dio la risa y ella tropezó. La abracé para que no se cayera, sentí sus pechos contra los míos, y en un segundo me había olvidado de los acosadores. Le mordía ese labio neumático sin que opusiera resistencia y todo volvía ser místico y perfecto.

Necesito quitarte la ropa *ahora*.

Ella señaló el último portal de la calle y dijo que era su casa, que sus compañeros ya habían entrado, y era cierto porque volvíamos a estar solas en aquel rincón del Realejo. Echamos a correr y alcanzamos el edificio en cuestión de segundos. Abrió la puerta, la tomé del brazo y la encerré en el ascensor. Estaba drogada pero no loca. Me negaba a cruzar el umbral de aquella guarida de violadores en potencia, así que nos las tendríamos que arreglar con las dimensiones de un ataúd. Le quité la sudadera y vi un cuerpecito estrecho



que todavía era de niña y dos tetas redondas que no eran de niña y la giré bruscamente, como si no quisiera seguir viendo. La puse de cara a la pared, le desabroché la cremallera de los pantalones y comencé a acariciarla desde atrás, con ambas manos, por encima de las bragas. Cuando las humedeció, traspasé el tejido y me resbalé hacia adentro, como sin querer. Milena movía las caderas para que mis dedos alcanzaran algún punto que no parecían alcanzar, y al hacerlo se restregaba contra mí, y aquello me bastó para correrme, totalmente vestida, en menos de cinco minutos. Después de aquel milagro, cuando me dijo que le resultaba imposible acabar de pie, que necesitaba tumbarse, no pude negarme a subir a su habitación. Sacó mis dedos de su coño y me los metió en la boca. Qué le iba a decir. Pulsó el botón del tercero y me dejé arrastrar.

Con un poco de suerte se habrán acostado, susurró, y desde el umbral todo parecía en calma. Aun así nos descalzamos y recorrimos el hall en puntillas para no hacer ruido. Su habitación estaba empapelada con fotografías de globos y posters de Ariana Grande. Me dio mala espina sentirme vigilada, pero nunca he sido supersticiosa, así que nos tumbamos en la cama y la seguí masturbando. Mientras lo hacía, intentaba desabrocharle el sujetador con la mano que me quedaba libre, pero no era capaz y me obcequé, porque mi ex marido siempre acertaba a la primera y cómo era posible que un hombre controlara esos enganches mejor que yo, y supongo que me distraje de la tarea importante, perdí el tacto y fui tan brusca que Milena dio un grito, no muy alto pero lo suficiente para que traspasara los tabiques, y entonces, una voz de padre autoritario comenzó a gritar su nombre. Ella saltó de la cama, se vistió a toda prisa y desapareció en la oscuridad del pasillo. A lo lejos se escuchó un golpe, algo que rebotaba contra el suelo. Supuse que se habría tropezado y permanecí en la cama haciendo pruebas con los corchetes de mi sostén. Nada. Incapaz de abrirlos con una sola mano. Mi percepción del tiempo era flexible y no supe si pasaron segundos o minutos antes de que Milena volviera, pero irrumpió en la habitación deshe-

cha, con la cara congestionada por el llanto, roja e hinchada como uno de sus globos.

¡Deja de joderme la puta vida! ¡Dejad todos de joderme la puta vida!

Tardé unos segundos en entender que no me increpaba a mí. Hablaba con las paredes.

Me acerqué a ella como nos acercamos a los animales peligrosos, con cautela, y rocé su espalda con los dedos. Se estremeció de un modo que me hizo pensar que estaba dolorida.

¡Sigues aquí! ¡Gracias!

Hundió su cabeza entre mis pechos y me manchó la piel de mocos y lágrimas que acabarían volviéndose costra. Luego comenzó a monologar entre hipidos.

Pensaba que las cosas serían distintas fuera del pueblo. Pero es lo mismo, lo mismo, lo mismo.

Yo me despejé de golpe. Llevaba doce horas en pie y no sabía volver a mi casa. Tendría que llamar a un taxi. La noche se había acabado. No se le podía exprimir ni un sorbo. ¿Cuánto dinero me quedaba en la cartera? Comencé a recoger mis cosas mientras Milena me suplicaba que me quedara a dormir, que tenía miedo de estar sola, pero todos estamos solos y yo no te conozco de nada y no he venido aquí para dormir. Me disculpé con cualquier excusa. La vi por última vez desde el umbral, una adolescente abrazada a su almohada, llorando con la vehemencia con la que no lloramos los golpes duros, y pensé que yo ya había superado esa fase, y que qué bien, qué alivio, cuánto me alegraba de no ser ella.

Al cabo de seis meses, para despedirme de Granada, volví a la discoteca en la que nos habíamos conocido y me encontré con un ecosistema completamente distinto, saturado de bebidas con pajita y críos en traje. Aquella noche no hubo drogas pero mi borrachera era indigna, de piropos de albañil y súplicas y balbuceos contra una compañera de máster a la que apenas me había dirigido durante el curso porque me ponía roja y tartamuda en su presencia. Marie era

tan guapa y heterosexual y con novio que mi acoso nos humillaba a ambas. Era evidente que me quería hacer daño a mí misma, empotrar mi autoestima contra una pared de hormigón, pero ella no se merecía que la convirtiera en mi pared, así que desistí, recobré la cordura, me disculpé y salí del local con un italiano que llevaba toda la noche rondándome y que a Marie le parecía muy guapo. Quizás follándome a alguien con más posibilidades de follársela que yo me quedaría tranquila.

Hacía tiempo que no besaba a un hombre. Me di cuenta de ello en el sofá pijo de piso estudiantil en el que el italiano comenzó a manosearme. También recordé que nunca me corro con tipos a los que no conozco de nada, pero lo de aquella noche era todo un hacer por hacer para no decir que no hiciste. Apenas nos tocamos. Se quitó la ropa, me quitó la ropa, yo estaba debajo y él encima. Me besaba con una intensidad enervante, de amores en tiempos de guerra. Ponte un condón, le dije. La primera vez se hizo el sordo y siguió baboseándome. Ponte un condón, insistí, y le toqué la polla para motivarle. No tengo condones, contestó. Muy bien. Pues arrivederci. Me intenté incorporar y me inmovilizó las muñecas. Qué hostias haces. Comenzó a embestir puntos al azar entre mis piernas, a ver si hacía diana, pero no era muy hábil, estábamos a oscuras y ambos sin brazos. Yo apretaba los dientes y hacía fuerza, como si nos midiéramos en un pulso, pero por mucho que fuera al gimnasio y por muy poco que él pesara, mi inferioridad era indiscutible. La voz de mi enemigo invisible me susurró al oído, ¿con que no hay “diferencias determinantes” entre hombres y mujeres, eh? ¿Con que todo es cultural? Mis gritos no fueron de auxilio sino de rabia y de competición de halterofilia. Por suerte, despertaron a un compañero de piso que aquel viernes no se había ido de fiesta. Gritó el nombre del italiano con una entonación de pregunta, como para asegurarse de que todo estaba bien, de que no habían entrado ladrones. Aquello le hizo aflojar y escapé corriendo. Recogí del salón mi bolso, mi vestido y mis zapatos, y salí desnuda al portal. Me encerré en el ascensor y, ya entonces, me vestí.

No pensé en los paralelismos que guardaba aquella historia con la de Milena hasta que transcurrieron varios meses. Entonces solo pensaba en escapar, aunque ya no estaba asustada porque sabía que el tipo no vendría a por mí. No era un psicópata de película, solo un violador de perfil medio. A la mañana siguiente les contaría a sus amigos que se trajo a casa a una histórica, a una de esas que cambian de idea en el último instante y te dejan con el calentón, las muy putas. Como no tenía miedo, me tomé con cierto humor que el portal estuviera cerrado con llave. Le mandé mi localización a Marie, que seguía en la discoteca, y vino a rescatarme. Llamó al timbre de varios vecinos, pero ninguno contestó. Eran las 5 de la mañana. Nos veíamos a través del enrejado de la puerta y nos comunicábamos por WhatsApp. La situación era tan absurda que tenía que taparme la boca para sofocar la risa. Al cabo de media hora, pasó un basurero por la calle y Marie le explicó nuestra situación. Propuso que llamáramos a la policía, pero antes de irse se asomó al portal para ver mi cara, para ver la cara de la chica a la que le había sucedido algo tan rocambolesco, y reparó en lo que ninguna de nosotras había reparado. Un botón. Un botón blanco en la pared del descansillo que abría la puerta como un portero automático. Toda la noche había tenido que ver con mi orgullo, con hacerlo trizas, y aquello lo pulverizó. Abracé a Marie y le hice prometer que aquel último detalle nos lo guardaríamos para siempre.

*Tenía que ser un hombre, no me jodas.*

He contado esta historia tantas veces que ya solo recuerdo el relato. Eso y el vestido de Marie, tan a la moda de aquel verano en el que la mitad de las veinteañeras de la Península Inditex se disfrazaron de novias. Blanco y con encaje. Cuando me concentro en esta noche para ver cuál es el anillo del infierno al que conduce, se me ocurre que ese vestido es la clave. Que todo va a estar bien si vuelvo atrás en el tiempo y lo toco. Pero qué va.

Al día siguiente me junté con mis amigos y les narré mi desventura tal y como lo he hecho aquí, sin obviar ningún detalle salvo por

lo de mi encierro en el portal. Lo que obtuve a cambio fue una lista de agresiones sexuales que me obligaban a concebir mi experiencia como un rito de iniciación en el universo de lo femenino. Las contaban sin rabia, como se recuerda una enfermedad o el día en que tuviste tu primera regla, y sentí que insinuaban que era mujer porque me había pasado *aquello*, que ni siquiera competía en gravedad con lo de Sonia y el profesor de harpa que la intentó violar en su coche a los 12 años, ni mucho menos con lo de Lucía, a la que un tipo con navaja le robó el bolso e, insatisfecho con su botín, la obligó a arrodillarse frente a su polla para que tuviera un primerísimo plano de ella mientras se masturbaba. Quiso mancharle el rostro de semen pero erró el tiro y eyaculó contra la pared. Se quedó una costra seca en el subterráneo que atravesaba a diario de camino al instituto.

Escuché sus anécdotas con asombro. Aquello no podía ser la norma. En México quizás, pero no en España. O quizás en España sí, pero no en Euskadi. Euskadi era un país civilizado y por eso los independentistas tenían razón y había que amputar el miembro para que no se extendiera la gangrena. De vuelta en Bilbao, tranquila y a salvo, podría seguir defendiendo el refrito ideológico que había extraído de Preciado y de Butler, de las autoras que sistematizaron lo que yo intuía desde pequeña, desde aquel viaje en coche en el que vi por última vez al hombre que me legó sus genes y que no por eso es mi padre: no hay determinismo biológico, “mujer” es un constructo cultural, un club que distingue y excluye en virtud de normas arbitrarias y en el que debería sentirme integrada pero no lo estoy. Nadie por el mero hecho de tener coño puede hablar en mi nombre; yo no firmé la membresía, me inscribieron otros. Cuando se levanta el telón de la *performance*, cuando el clown se quita el maquillaje, no queda nada distintivo salvo las agujetas en los brazos por haber luchado contra un oponente que no compite en tu categoría por peso, que se salta las normas, pero quién dijo que la vida fuera noble como el box. *Man up*. Las chicas son unas lloronas pero tú no tienes por qué ser una chica.



## Álex Chico

Plasencia, 1980

Ha publicado las novelas de ensayo ficción *Los cuerpos partidos* (Candaya, 2019), *Un final para Benjamin Walter* (Candaya, 2017, finalista del Prix européen de l'essai philosophique Walter Benjamin 2018), el libro de entrevistas *Vivir enfrente (Nueve conversaciones)* (ERE, 2018), el cuaderno de notas *Sesenta y cinco momentos en la vida de un escritor de posdatas* (La Isla de Siltolá, 2016), el ensayo *Un hombre espera* (Libros en su tinta, 2015) y los libros de poemas *Habitación en W* (La Isla de Siltolá, 2014), *Un lugar para nadie* (De la luna libros, 2013), *Dimensión de la frontera* (La Isla de Siltolá, 2011) y *La tristeza del eco* (ERE, 2008). En 2016, la editorial chilena Andesgraund publicó *Espacio en blanco*, una antología que reúne su obra poética desde 2008 hasta 2014. En 2018 obtuvo la beca de escritura Montserrat Roig. Sus poemas han aparecido en diferentes antologías (*España hoy: una mirada desde la poesía*, Ulrika Editores, Bogotá; *Punto de partida. Jóvenes poetas en España*, Universidad Autónoma de México, entre otras). Ha ejercido la crítica literaria en diversos medios, como *Ínsula*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Cuaderno*, *Revista de Letras* o *Clarín*. En la actualidad es director de la revista *Quimera*.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

A los 17 años, que fue una edad estupenda. Entiendo la escritura como una consecuencia radical de la lectura. Por eso comencé a escribir: para tratar de interiorizar aún más lo que leía.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

La reflexión sobre el lugar, la forma en la que nos comunicamos con él y condiciona nuestra identidad. Me interesa la memoria, los caminos que ha seguido nuestra vida para encontrarnos en un momento concreto. Y, por supuesto, el lenguaje, la imposibilidad de articularlo en determinadas circunstancias, como un mecanismo que en ocasiones nos resulta insuficiente.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Mis primeras lecturas proceden de la poesía, especialmente de la poesía portuguesa, con Miguel Torga a la cabeza. En narrativa, mis autores de cabecera son Patrick Modiano y W. G. Sebald. Me interesa mucho la literatura polaca, sobre todo Zagajewski, Szymborska y Tokarczuk. Y luego autores de aquí y de allá, como Carrère, Tavares o Bufalino.

### **Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

La mejor literatura la están proponiendo los libros fronterizos, obras que beben de todas las tradiciones y que tratan de no encajar en un molde fijo. Estamos viviendo un momento de hibridación de géneros muy interesante, sobre todo en lo que respecta al ensayo, alejado ya de lo académico y más próximo a la biografía o al diario.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?**

En la Barcelona de los setenta o en Ciudad de México por esas mismas fechas. Tirando de tópico, en el París de la década de los veinte.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

La novela en la que estoy trabajando nace del encuentro con un personaje que formó parte del grupo de infrarrealistas que operaron en el DF durante los setenta, una época literaturizada por Roberto Bolaño. La historia aborda asuntos que me interesan mucho: la frontera entre verdad y verosimilitud, el alcance de la escritura y del canon literario... Y me propone reflexionar sobre una pregunta clave: ¿qué estamos dispuestos a hacer para concluir la obra que tenemos entre manos?

## SINOPSIS

En septiembre de 1940, un grupo de refugiados abandona Francia por un paso clandestino de los Pirineos. Esperan atravesar España y seguir su ruta hacia América, huyendo de la barbarie que se había apoderado de Europa. Su primera parada es un pequeño pueblo fronterizo, Portbou, una bahía perdida entre collados y senderos, y un lugar clave en la larga marcha del exilio. Sin embargo, no todos consiguen continuar su camino. Uno de ellos, un apátrida sin nacionalidad al que las autoridades españolas rebautizan como Benjamin Walter, aparece muerto unas horas más tarde.

Setenta y cuatro años después, el narrador de esta historia decide viajar a Portbou con el propósito de averiguar qué pasó durante las últimas horas de Walter Benjamin. No obstante, su investigación inicial se va ramificando y deja paso a nuevas cuestiones que afectan a ese ensimismado pueblo fronterizo y a los sucesos que han ocurrido allí desde finales del siglo XIX hasta nuestros días.

A medio camino entre el ensayo, la novela, el diario o la crónica de viajes, *Un final para Benjamin Walter* propone una lectura en dos direcciones, de Portbou a Walter Benjamin y viceversa, así como una melancólica reflexión sobre el pasado que interroga al presente y sobre el difícil arte de sobrevivir.



## **UN FINAL PARA BENJAMIN WALTER**

**(fragmento de novela)**

Es entonces cuando decides esparcir sobre la mesa de tu escritorio todo el material que has ido acumulando: varios cuadernos, recortes de prensa, libros, anotaciones en papeles minúsculos, postales, folletos publicitarios, catálogos, propaganda, fotografías, páginas dobladas, planos de la comarca, horarios de tren, trípticos, pliegos sueltos, direcciones, tarjetas de visita, números de teléfono, ideas desplazadas en el margen de una hoja. Intentas reunir esas piezas para darles algún sentido, como si fueran señales, porque sabes que, si te fijas con atención, hay un nexo oculto que acabará por ensamblarlas. Lo que aparece frente a ti es una obra escrita a pedazos, una obra inconexa, construida de fragmentos desperdigados, y aunque no sepas reordenarlos o no logres familiarizarte con esa escritura dispersa sabes que alguien sí podrá hacerlo. Sabes que conseguirá desenterrarlos y los hará renacer nuevamente. Con eso basta. Edmond Jabès tenía razón: quien escribe un libro se compromete con la eternidad. Aunque lo arroje al fuego, alguien sabrá recomponer sus cenizas.

Eso es lo que tienes delante: algunos objetos esparcidos sobre la mesa y unos cuantos apuntes que intentan tra-

zar una línea de puntos que los una. Como las teclas del ordenador que abres en este momento. Mientras miras los huecos que separan una letra de otra, los agujeros van zigzagando hacia un extremo de la pantalla, como si cada espacio tuviera vida propia y habitara una existencia entre líneas, un hogar con muchas habitaciones. Una especie de refugio que no se compone de realidad, sino de una representación de la realidad.

De pronto, la página en blanco cobrará una consistencia distinta, y a medida que avances en ella, a fuerza de añadir palabras y párrafos y vuelques todos tus esquemas previos, todas tus notas previas, irás levantando algo parecido a un muro, con la esperanza de que poco a poco se ensamblen nuevas paredes cuya solidez te cobije durante algunas semanas, durante algunos años tal vez. Una página que comienza con acciones muy precisas: colocar una piedra, luego otra, sin pensar demasiado en la fisonomía que resulte tras ese largo período. Simplemente te basta con la posibilidad de que esas mismas piedras estén bien alineadas y al final tengas la impresión de que todo lo construido hasta entonces sea una hipótesis que logre dispararse en múltiples direcciones, una casa en mitad de alguna parte desde la que divisar el horizonte y decirte a ti mismo que puedes residir aquí, que quieres habitar este lugar por mucho tiempo.

Pero entonces todo lo que observas a través de esa nueva ventana dejará de existir. O existirá de otra manera. No conseguirás reconocer lo que has visto tiempo atrás. Sólo tú mantendrás tu lugar mientras todo se desplaza. ¿Qué crees que sucederá en ti, si las calles cambian, si las esquinas pierden el encuentro de dos nombres distintos, si la gente camina lentamente, como arrastrando una carga pesada? La ciudad parecerá un territorio creado con el único fin de que alguien se pierda en ella. Ese alguien debes ser tú. Sólo tú.

Porque te has ido educando en esa idea: perderse en una ciudad como quien se encuentra a solas en un bosque. Sabes que todo aquel que esté acostumbrado a salir en solitario por una ciudad extraña valora lo que supone la aparición de una cara conocida. Con ese temor que se apodera de ti cuando pisas lugares descritos y reproducidos de mil formas diferentes. Como una figura que se planta justo delante de un abismo, en la línea que separa un mundo que decae y un mundo que se aproxima. A veces, lo sabes bien, un viaje no te arrastra a lo desconocido, sino que te incita a volver nuevamente a casa. Un camino de regreso que transita por un tiempo ya desaparecido, leyendo las caras que se cruzan a tu paso, su oficio, su carácter, lo que queda debajo de esos rostros que observan con desconfianza a quien parece haber bajado de una montaña. Su interior sale hacia fuera, su habitación se convierte en una calle, como sustancias alucinógenas o esferas multidimensionales, como un elíseo o un reino de sombras: calle Blumeshof, número 12, Steglitzstrasse-Genthinstrasse, Gare de Saint-Lazare, Tiergarten. Un salón cerrado se abre para preguntarse qué sucede en la sala de al lado. Recuerdas lo que dijo un anciano Walt Whitman: ahora voy a sentarme delante de la puerta, ahora voy a contemplar la vida. Y recuerdas también a Kafka: estoy en el umbral de la puerta, a punto de entrar en mi habitación. Es una empresa complicada. Y así os perdéis, entre pasillos oscuros, entre laberintos de casas que se asemejan a la conciencia durante una súbita claridad ensombrecida. De eso se trata: de dar con la opacidad que ha logrado esconderse tras una luz muy brillante. Como tres hombres indecisos que recelan llegar a la meta y dibujan un nuevo laberinto, mientras se dedican a mirar la habitación de su vecino por el ojo de la cerradura. Nada sabéis de él y, sin embargo, esa habitación es también vuestro mundo. Como la habitación

de Simic: un cuarto vacío y una ventana abierta. Algo así como la memoria.

Por eso te preguntas qué hay alrededor, cuál es su origen, cuáles son sus citas, qué intermedia entre la calle y el interior. Por qué motivo has ido a parar allí. Es la misma nebulosa que cubre los inicios de una fotografía, las impresiones difuminadas que surgieron por primera vez de un taller de Leipzig o de Gante, la mancha gris que poco a poco asciende hacia un balcón, como en aquella imagen de Niépce. Una nebulosa que no acalla el silencio, que reclama con insolencia el nombre de quien estuvo allí, de quien ha seguido estando allí todos estos años. Y de nuevo surge la necesidad o la obligación de encontrar ese lugar invisible en donde anida también el futuro. Pero es tan grande lo que aparece frente a ti, tan inabarcable esa sala de fuentes llena de espejos, que tu tarea consiste en empequeñecerlo para asimilar todo el conjunto. Son esos eslabones insignificantes los que encierran una verdad universal, una verdad cósmica. Porque cada gesto es un suceso, un drama. Por eso debes estar atento a lo que sucede en el lapso de un segundo, estar atento al movimiento de una mano que se desplaza, aunque no sepas qué hará inmediatamente después. Antes de que golpee a alguien, antes de que inmovilice a otro cuerpo, esa mano habrá de doblegar sus dedos, habrá de hacer fuertes sus nudillos, habrá de retroceder para tomar impulso. Antes de que esa mano alcance a alguien ya lleva inscrito en cada una de sus líneas el éxito o el fracaso. A ti te corresponde identificar ese momento en el que todo el porvenir se anticipa. Su apariencia de proximidad. Ese preciso instante que viene de lejos y, a punto de desaparecer, abre un nuevo balcón. Sus indicaciones te conducen de un lado a otro, sin descanso, porque si no las observas se harán de nuevo invisibles, como una frase escrita en la arena que

en cualquier segundo desaparecerá de la playa. Eso significa esconder: dejar huellas, pero invisibles, como el malabarista Rastelli haciendo desaparecer cosas en el aire.

Será entonces cuando comprendas el verdadero motivo de esas manos: no se habían plegado para golpear a nadie, sino para confabularse con el objeto perdido. Son las manos que te guían y te hacen encontrar lo que pensabas ya irrecoverable. Una palabra, un murmullo o una palpación cuya fuerza te conduce hacia la fría bóveda del pasado. Ese tipo de sonidos que regresan de improviso, agazapados en la sombra de una vida trascurrida tiempo atrás. Esa suma de ecos que te obligan a fijarte en algún lugar al que regresar para recoger algo olvidado. Así comprenderás mejor tu presente, a través de las respuestas que pueda ofrecerte el pasado. Serás una muerte y serás un renacimiento. Una memoria cuya tensión se hace tan fuerte que se transforma en una biblioteca plagada de citas, impenetrables, enigmáticas. Una cueva formada por una montaña de manuscritos a los que buscarás un nombre cuando vuelvas a olvidarlos en medio de una zanja.

Por eso escribes: para consignar un olvido. Esa es la terrible paradoja a la que debes enfrentarte. La escritura se convierte en la constatación de una ausencia. La prueba de que algo se ha perdido por el camino. Tú no eres más que un pequeño eslabón en la larga marcha de la desmemoria. Un cuadro minúsculo dentro de otro cuadro. ¿Cómo atrapar el resto de episodios antes de que se precipiten y desaparezcan en la noche de los tiempos? ¿Qué esperar de un lenguaje condenado al derrumbe si no logra nuestra unión con lo que se nombra? ¿Un idioma que muere porque no es capaz de evocar la arrasadora plenitud del otro? Tenía razón Zurita: hay cosas que jamás tendrán acceso al lenguaje. Sin embargo, sabes también que hablar es hacer presente una

historia, dar una nueva oportunidad a quienes te han precedido. Cuando entiendes por fin que hay territorios que no son una simple montaña o una insignificante bocacalle, sino la suma de miradas que se han detenido a observarlas. Mucho antes que tú.

Vuelves a preguntarte cómo empezar a reunir todas esas miradas, cómo traerlas de vuelta si cada una de esas percepciones esconde a su vez una nueva raíz, como un árbol que bajo la tierra se desplaza hacia otro árbol más lejano. Todo está mezclado y, si se mira dentro, se siente miedo y vértigo. Eso son los abismos de la historia. Pero entonces, ¿no sufrirías la misma tragedia que la de una ciega ante un espejo, como en aquel foso de Pisa pintado por Orcagna? La escritura consistirá entonces en dar vueltas alrededor de una piscina que, sin previo aviso, se llena de algas. Una capa verdosa que oculta vivencias anteriores, incapaces de ser asimiladas por un solo ser humano. Porque ese ser humano se acaba acostumbrando a olvidar lo que no desea saber de ningún modo y se limita a fingir que desconoce lo que sucede para ahorrarse dar explicaciones. Ese hombre que te viene a la memoria cuando recuerdas una vieja parábola: la del individuo que afirma tener que contar cómo fue y a quien sus interlocutores dan muerte porque difunde un frío mortal. Por eso preferimos el silencio que reina sobre las ruinas, de la misma forma que aceptamos una piscina llena de algas. ¿Realmente compensa articular ese silencio, despejar la mancha verde que se ha creado sobre la superficie del agua? ¿Abandonar la placidez que otorga la insignificancia? ¿Renunciar a una felicidad sin euforia por un poco de luz? ¿De verdad confías en la literatura como un medio para rectificar el pasado? ¿Estás dispuesto a convertirte en dos seres, oprimidos por el recuerdo y el futuro? ¿Hallarte en algún lugar entre el ser y el no-ser, entre dos ficciones, como Cioran? Habrá esperanza,

un sinfín de esperanza, pero no para ti. Porque para atrapar las cosas deberás sentir las primero. Y lo más probable es que toda conmoción te conduzca al derrumbe.

Sin embargo, algo te empuja a escribir. ¿Pero qué exactamente? Y en caso de saberlo, ¿cómo lograrás encontrar ese lenguaje? ¿Cómo podrás sobreponerte si, llegado un día, descubres que lo único que has hecho durante todo este tiempo es cavar fosas en el aire? Después de las preguntas, de los temores que se van acumulando, de las reticencias, sucede siempre lo mismo: cuando estás a punto de desistir y de volver hacia atrás, un golpe de viento te empuja con una fuerza inusitada. Y a tu paso comienza a formarse una colina llena de escombros dispersos, un reguero de fechas, de historias inconclusas, de heridas mal cerradas. Como un ángel que batiera sus alas e intentara detenerse al escuchar el rumor de otros nombres: Gorgot, Suñer, Gurland, Lisa Fittko. Pero entonces esa debilidad se hace fuerte, igual que una letra cualquiera escrita al inicio de una página en blanco. Te convierte en un paciente que al relatar su dolencia se recupera muy lentamente. Cuando descubres que ahí está la clave, que la narración es el comienzo de una trabajosa y compleja recuperación, cada palabra que empleas, cada sintagma, guarda las marcas de todos los que te han precedido. Así se manifiesta lo que tiene verdadera importancia: envuelto en sucesos previos, cargado de una existencia más antigua. Una trama que junta un espacio cualquiera y un tiempo lejano. Si te fijas bien, si logras observar convenientemente y consignas por escrito cada una de las capas que te acercan a lo que andabas buscando, si esa visión se complementa con una luz interior, conseguirás una percepción llena de sentido y suscribirás un nuevo universo. La lejanía se irá aproximando a ti y ese encuentro será ya irreplicable. Respirarás el aura de las cosas. El objeto estará tan cerca que

ambos formaréis una sola materia. Seréis uno y seréis múltiples. Y al contemplar lo que has conseguido tal vez ya no importe que ese objeto desaparezca. Que tú también desaparezcas. Porque habrás encontrado por fin ese cobijo que te guarde hasta el final de tus días. En ese espacio en el que la página dejará de estar en blanco porque irá adquiriendo una nueva consistencia, mientras añades todos los esquemas previos, todas las notas previas, todo lo que se ha ido ensamblando para levantar algo parecido a un muro. Aunque ese muro te separe de lo que está a tu alrededor y te vuelva invisible. Aunque todo lo que rodee a ese muro deje de existir porque una ráfaga de viento lo haya hecho pedazos.

En eso consiste el oficio, en recomponer piezas sueltas, desenlazadas, abatidas por un golpe de viento. Consiste en hacer regresar una lejanía, en mantener visibles las trazas de un ceramista que aún sigan en el barro. Consiste en aproximar una línea fronteriza que sea capaz de anticipar lo que aún está por venir. Consiste en identificar una trinchera que todavía se empeñe en dividir dos porciones de suelo. Tu labor es trasladarlos a los límites de una sola página, reducirlos hasta el extremo para que puedan alojarse entre cuatro paredes, empequeñecerlos hasta que logres entender su conflicto, su lucha interior. De eso se trata, de ser capaz de aguardar la fuerza necesaria para tensionar unas manos, desplazándolas de un lado a otro mientras ponen en marcha una escritura, cualquier escritura, igual que si tensaras un arco para disparar una flecha.

Entonces descubres que detrás de ese viaje, detrás de Portbou y de Walter Benjamin, detrás de los objetos esparcidos sobre tu mesa, detrás de las charlas y de las idas y venidas, detrás de todo eso, digo, tan solo buscabas una cosa. Buscabas la ocasión para dar forma al diario que querías escribir desde hacía mucho tiempo, como si tu vida anterior



no hubiera sido más que una larga y paciente espera. Y te da por pensar, casi por primera vez, que quizás Portbou tan solo sea un paso previo a otro territorio que aún no conoces, aunque lo hayas citado en alguna parte y ahora no recuerdes en qué lugar del mundo sucedió exactamente.



## Katixa Agirre

Vitoria-Gasteiz, 1981

Debutó en las letras vascas con el libro de relatos *Sua falta zaigu* (Elkar, 2007), al que le siguió *Habitat* (Elkar, 2009), libro por el que recibió la beca Igartza para jóvenes autores. Tras numerosos títulos para el público infantil y juvenil, en 2015 publicó su primera novela, *Atertu arte Itxaron* (Elkar, 2015), una *road novel* merecedora del premio III Akademia, traducida al castellano como *Los Turistas Desganados* (Pre-textos, 2017) y a idiomas como el danés y el búlgaro. En octubre de 2018, y gracias a la beca Augustin Zubikarai, publicó su última novela: *Amek ez dute* (Elkar), traducida como *Las madres no* (Tránsito, 2019). Es doctora en Comunicación Audiovisual y profesora en la Universidad del País Vasco.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

Muy joven, de niña, por el mero placer de emular aquello que tanto me gustaba, que era la lectura. Pero alrededor de los 22 años cuando empecé a tomármelo en serio, en un momento que para mí era de transición hacia la edad adulta.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

No elijo las historias en base a preocupaciones temáticas, al menos no conscientemente. Aunque si lo miro de manera retrospectiva, siempre hay temas que se repiten: la violencia y las mentiras necesarias para que funcionemos como sociedad, por ejemplo, son dos de los prevalentes.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Dos libros que marcaron mi infancia fueron *La historia interminable* y *Cuando Hitler robó el conejo rosa*, porque no escamotean el lado oscuro de la vida aun siendo libros infantiles. Más adelante me han influido Truman Capote, Lorrie Moore, Patricia Highsmith y Ramón Saizarbitoria, entre muchos otros.

### **Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Me interesa la hibridación de géneros y la fina línea entre la ficción y la realidad. Aunque también aprecio los libros que siguen celebrando y explotando el poder de la ficción pura.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?**

Como escritora en euskera creo que no ha habido mejor época que la actual para escribir en esa lengua, así que me quedo donde estoy.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Estoy empezando a darle vueltas a una nueva historia, y puede que por primera vez contenga elementos de ciencia-ficción. Aún es pronto para decir más.

## SINOPSIS

Una madre mata a sus gemelos. Otra mujer, la narradora y protagonista de esta historia, está a punto de dar a luz. Es escritora, y se da cuenta de que conoce a la autora del infanticidio. Su obsesión se dispara. Pide una excedencia pero no para criar, sino para crear. Para investigar y escribir sobre la verdad oculta tras el crimen.

Las madres nunca han escrito. Las madres dan vida. ¿Cómo puede una mujer ser capaz de desatender a sus hijos?, ¿cómo puede ser capaz de matarlos? Tejida con los mimbres de un *thriller*, esta es una novela rompedora en la que convergen la crónica y el ensayo. Katixa Agirre reflexiona sobre la relación entre maternidad y creación dialogando con autoras como Sylvia Plath y Doris Lessing. ¿Es ser madre una cárcel? Este texto ahonda también en la infancia y la desprotección de los niños ante la ley. El resultado es un libro sin precedentes, perturbador y original, en el que la autora no ofrece respuestas sino que arroja contradicciones y descubrimientos.

**LAS MADRES NO**  
**(fragmento de novela)**

«Oh, amor, ¿cómo llegaste aquí?  
Oh, embrión, recordando,  
hasta en sueños,  
tu posición en cruz».  
Sylvia Plath

Son los hechos constitutivos de infracción penal, los hechos cometidos, los hechos previstos como delito, los hechos susceptibles de ser calificados con arreglo al Código Penal vigente. Siempre son los hechos, el participio sustantivado, ese artificio gramatical que se utiliza para referirse al suceso que está siendo juzgado, o para evitar referirse a tal suceso en realidad, puesto que, al estar siendo juzgado, aún no posee materia sólida. Las cinco letras del hecho oscurecen el hecho mismo. Hasta que no queda probado, no es. Yo también utilizaré ahora esa palabra: el hecho. Homicidio, infanticidio, asesinato, ahogamiento doble resultan a todas luces insoportables, no quieren salir, se me quedan colgando de las puntas de los dedos, no se animan a saltar.

Así pues, en noviembre del año de los hechos, y como debía acudir a Vitoria a recibir el premio Euskadi, visité por primera vez el barrio de Armentia. Niclas cambió las clases de

la tarde con un compañero y acudimos en familia a recibir los honores. Mi padre también vendría, aunque haría el viaje por su cuenta, algo más tarde. Mi madre no pudo conseguir billete de avión a precio razonable, al parecer (primera noticia) noviembre no es buena fecha. Le dije que no se preocupara, que era un puro trámite y que ya lo celebraríamos en su siguiente visita.

Hacía un tiempo de perros, la lluvia barría la carretera y agitaba los árboles; sin embargo, pude convencer a Niclas de hacer una visita rápida, una hora antes del acto, al barrio con mayor renta per cápita de la ciudad. Aparcar fue fácil; identificar la casa, profusamente fotografiada en las fechas en las que habían ocurrido los hechos, también. Se alzaba elegante a un lado de la campa donde se celebra una popular romería una vez al año, cerca de la preciosa basílica románica, a una distancia aceptable del resto de chalés. Rotunda y simétrica, aguantaba sobria bajo la lluvia, como si en su interior nunca hubiera ocurrido nada digno de reseñarse, como si todo hubiera ido como lo habían proyectado sus creadores. La fachada del piso superior era de cristal, ahora cubierto por estores grises. El resto se asemejaba a un caserío tradicional: tejado longitudinal a dos aguas, madera vista.

Aunque la casa permaneciera cerrada y vacía, alguien se encargaba de que el jardín luciera cuidado. Quizá estuviera a la venta, era lo más probable, si bien no había ningún cartel que lo indicara. En Hong Kong llaman hongza o 红咋 a esas casas que son testigos mudos de suicidios o crímenes. Su precio suele caer en picado y se convierten así en piezas codiciadas por inversores que confían en la memoria efímera de la gente. En Japón son los jiko bukken, es decir, 事故物件, casas estigmatizadas que algunos buscadores ya filtran expreso, añadiendo además detalles morbosos sobre el quién, el cómo y el cuándo.

Dos bebés, ahogados en la bañera, en pleno verano.

Los hechos.

¿Podía notarse algo? ¿Una leve vibración acaso? ¿Un ambiente sombrío y aciago? Yo así lo creía, Niclas lo negaba; simplemente era noviembre, casi anocheecía, llovía a cántaros, llevaba al niño dormido en la mochila y un único paraguas no era suficiente para protegernos a los tres. Era evidente que no estaba a gusto frente a esa casa, pero ¿quién podía estarlo? ¿Qué harían los escasos vecinos al pasar por delante? ¿Llevarían a sus invitados hasta aquella fachada, aderezando la visita con detalles siniestros? ¿O se había convertido en el gran tabú del vecindario —igual que en la clínica—, en un suceso que debía ser acallado, enterrado y olvidado por el bien de la reputación y el valor de los bienes inmuebles de la zona?

Como no vimos a ningún vecino, sólo puedo especular al respecto.

Tomé unas pocas notas de vuelta en el coche, de camino a la sede de la presidencia del Gobierno Vasco, sin darme cuenta de que tenía el pelo completamente chafado. En las fotos del acto resulta evidente que no me miré en ningún espejo antes de subir al escenario a recibir el premio de manos del lehendakari. Eso también se comentó en Twitter. Eso, y que me daban el premio por ser chica.

\*\*\*

Los primeros días están claros. Bien documentados. Tal y como requiere un proceso judicial bien encauzado. En busca de la narración completa, tal profusión de detalles no sé si supone una ventaja o un inconveniente para mí.

Nunca se consideró que pudiera haber otros sospechosos. No hay rastro de otras personas, ni las cámaras de seguridad

de la casa registraron movimientos en las cuatro horas que median entre la salida y la entrada de la niñera. Ni lobos, ni dingos. La hipótesis del accidente queda automáticamente descartada por la imposibilidad estadística de que ocurran dos accidentes iguales y sucesivos. Es cierto que la prensa llegó a insinuar que el primer caso se trató quizá de un homicidio imprudente y que, bloqueada por la situación, en lamentable estado de shock, la madre había cometido después el segundo asesinato. Pura especulación. El caso, desde el punto de vista de la policía científica, era simple, y se enviaron todas las pruebas e informes a los juzgados con celeridad.

Después de acabar con sus dos pequeños, llevaron a Alice, ya detenida, al hospital de Santiago, a esa séptima planta refugio habitual de anoréxicas y alcohólicos. Los psiquiatras de guardia anotaron que Alice se encontraba «desorientada y en estado de shock», dejando la puerta abierta a una posible «amnesia disociativa». Le administraron calmantes. Apenas habló, aunque a veces la oían musitar «¿Dónde están?», y también «Ahora ya están bien, ¿verdad?». Cuando le preguntaron su nombre dijo llamarse Jade, cosa que confundió a los médicos. Durante todo ese tiempo una patrulla de la Ertzaintza estuvo apostada a la puerta de su habitación. La policía científica ya se había hecho con su ropa, custodiada para entonces en bolsas herméticas de plástico, y habían tomado muestras biológicas de sus manos con hisopos.

Por fin la dejaron dormir, muy tarde ya.

A la mañana siguiente se presentaron en el hospital los médicos forenses enviados por el juez y, durante unas tres horas, practicaron pruebas a la paciente, con una nueva patrulla a la puerta de la habitación. Alice había rechazado probar el desayuno, pero empezaba a reaccionar de alguna forma. Preguntaba por sus hijos y, cuando le relataban lo sucedido, gritaba que era imposible; «jamás jamás jamás», chillaba y



lloraba. Luego los aullidos se convertían en gemidos sordos; después llegaba el silencio y, al poco, los temblores y espasmos de nuevo.

Esa mañana se presentó en el hospital un abogado de oficio. De maneras suaves y aspecto juvenil, había pasado media noche en comisaría ayudando a un joven detenido por agredir a un guarda de seguridad de un supermercado, y se encontraba ahora ante una situación inédita para él después de ocho años en el turno de oficio. Tras veintiséis horas sin dormir, se topó con un calor sofocante y una cliente rota, y le costó tomar el control de la situación. Pero finalmente tuvo la lucidez de aconsejar a su defendida que se atuviera a su derecho a no declarar ante el juez. Y Alice pareció escucharle, e incluso seguir su consejo, pues cuando el juez se personó en el hospital no pudo sino presenciar las lágrimas casi agotadas de Alice, sus últimos sollozos débiles.

Para entonces las consecuencias de los hechos, es decir, los dos pequeños cuerpos, se encontraban ya en el Instituto Vasco de Medicina Legal, en la avenida Gasteiz, esperando la autopsia. Una autopsia que no desvelaría ninguna sorpresa. Las dos muertes se habían producido del mismo modo: ahogamiento por inmersión. Espuma en los pulmones, agua en el estómago, cavidad izquierda del corazón exangüe. No había sitio para otra hipótesis en aquellos pequeños corazones. Al día siguiente el juez instructor redactó el auto de encarcelamiento y llevaron a Alice a la prisión de Zaballa con una prescripción de hipnóticos y calmantes bajo el brazo. Nadie tenía claro si era consciente de los hechos. La prensa divulgó todo tipo de opiniones. Un afectado ciudadano de Vitoria declaró: «Ni con una eternidad en el infierno podría pagar por lo que ha hecho, la malnacida». Otra ciudadana, aún más impresionada si cabe, lo veía desde otro prisma: «Cuando se dé cuenta de lo que ha hecho llegará el verdadero castigo, pobre mujer».

En total, Alice pasó cinco días en prisión, todos ellos en la enfermería, pues nadie tenía muy claro qué hacer con ella, qué protocolo seguir. Las cárceles no se han construido para mujeres como Alice.

Ritxi no volvió a la casa de Armentia después del primer interrogatorio. Se dice que un amigo lo recogió en comisaría y que se fueron directamente a su casa de Elciego. Sólo un diario se preocupó de este extremo; para el resto, Ritxi está borrado. Cómo ocupó esos cinco días o qué recorrido hizo su cabeza serán siempre un misterio.

Durante los cinco días que Alice pasó encerrada, sucedieron tres cosas reseñables. La primera de ellas no deja de ser dolorosa por esperable. Las otras dos resultan del todo inesperadas. En primer lugar, los gemelos fueron cremados en un tanatorio a las afueras de Vitoria. Un acto íntimo: Ritxi, su hermano recién llegado de Austin y algunos amigos cercanos. Todos llegaron en coche y abandonaron el recinto de la misma manera. No hay fotos del interior del tanatorio. No puedo saber si durante la ceremonia civil se leyeron poemas o si se cantó algo. Mejor así. ¿Quién querría conocer esos detalles? Ni siquiera yo.

Por otro lado, y aunque la estrategia en los primeros días había sido otra, la prensa empezó de pronto a mostrarse comprensiva con Alice. Cuando se repasa con cierta distancia la hemeroteca, tal y como estoy haciendo yo en estos momentos, el cambio de rumbo es ciertamente llamativo. Se decía de ella que estaba rota, incapaz de aceptar lo que había hecho; comentaban que bastante castigo tendría digiriendo los hechos, que en realidad nunca lo superaría, que su vida sería un infierno perpetuo. La posibilidad de una depresión posparto se mencionó entonces por primera vez, primero en boca de una supuesta vecina a la que me ha sido imposible localizar, después en forma de suposiciones, porcentajes y síntomas lan-

zados por expertos psiquiatras. Quizá los medios eligieron ese nuevo framing con el simple y sano objetivo de alargar la curiosidad de los consumidores. Las conspiraciones mediáticas tienen a veces un muy prosaico origen.

Quién sabe. En cualquier caso, la opinión pública gustó del nuevo enfoque. Se abandonaba así la burda crónica negra, el territorio banal del suceso, para entrar de lleno en el meollo de una tragedia griega actualizada.

Y por último, y este es el punto más sorprendente y que más quebraderos de cabeza me ha traído, Ritxi decidió buscarle un buen abogado a Alice.

El día después de la incineración de sus hijos, Ritxi rompió momentáneamente su aislamiento en la Rioja Alavesa para ponerse en contacto con su abogado de confianza y pedirle que buscara al mejor penalista de la ciudad. Enseguida surgió el nombre de una abogada ya cercana a la edad de jubilación, con reputación de luchadora feminista: Carmela Basaguren. Esta aceptó el caso el mismo día en que contactaron con ella y se puso manos a la obra. La prioridad en aquel instante era sacar a Alice de la cárcel de Zaballa. El recurso llegó raudo a manos del juez. El documento, sólido y convincente, detallaba las razones por las que se debía interrumpir la prisión provisional: imposibilidad de reiteración delictiva, arraigo, ausencia de peligro de huida, etcétera.

Ya en ese escrito la defensa adelantaba que apostaría por la absolución basada en la eximente de enajenación mental. El Código Penal prevé esta situación. En concreto, es el artículo 20.1 el que establece que está exento de responsabilidad criminal «el que al tiempo de cometer la infracción penal, a causa de cualquier anomalía o alteración psíquica, no pueda comprender la ilicitud del hecho o actuar conforme a esa comprensión», y así tuvo a bien recordárselo al juez instructor Carmela Basaguren, con cita literal y todo.

La fiscalía no podía estar más en desacuerdo, y se opuso a la salida de la cárcel recordando lo gravísimo del asunto, así como su reproche penal: se le imputaban dos asesinatos, delito descomunal multiplicado por dos, además con agravante de parentesco, cuarenta años de encarcelamiento. Pero el juez, para sorpresa de la mayoría, decidió apoyar el requerimiento de la defensa. Previa retirada del pasaporte, con la obligación de firmar en los juzgados cada quince días, y una vez depositados los cincuenta mil euros que se impusieron como fianza, Alice fue puesta en libertad.

Libre la asesina. Libre el fantasma.

\*\*\*

El mito hunde sus raíces en las culturas prehispánicas, aunque cobra fuerza en los tiempos coloniales. Se trata de la Llorona, una mujer que, tras tirar al río a sus hijos (o a su hijo o hija, según el caso), devastada por la culpa, se suicida para comenzar un errático vagar como alma en pena, siempre merodeando lugares acuáticos.

Desde México hasta Chile, la historia se desarrolla en términos similares; los mitemas (esos trocitos de puzle intercambiables que conforman los mitos) se repiten. El *modus operandi* casi siempre es el mismo: el ahogamiento de las criaturas (en un río o una laguna, tanto da), aunque tampoco es raro que se mencionen cuchilladas. En algunos lugares, como Panamá, es la negligencia de la madre la que ocasiona la muerte de su pequeño (la mujer quiere bailar, divertirse, y se le ocurre que dejar al bebé junto a un río puede ser la solución). En la mayoría de los casos, en cambio, la mujer ha sido seducida, fecundada y posteriormente abandonada por el fecundador, y en esa tesitura, sin vías de

supervivencia para ella o la criatura, se comete el infanticidio. También hay Lloronas que actúan por despecho, Me-deas hispanas que, con el objetivo de herir al hombre que las ha abandonado, deciden acabar con la progenie, fruto palpable del amor ahora demolido.

En cualquier caso, las consecuencias siempre son las mismas: alma errante, castigo eterno, lágrimas infinitas que añaden más agua al agua.

\*\*\*

Por la noche sueño con Australia. A pesar de haber hecho caso omiso a mis sueños de manera sistemática durante décadas, ahora me siento en la obligación de dejar constancia de este suceso onírico para su futuro análisis. Tampoco es que haya podido retener demasiado: el paisaje reseco de Australia, un olor a amenaza percibido de forma vaga. Avanza el día y el recuerdo inconsistente no me abandona, así que repaso lo escrito la víspera. Reviso tres o cuatro páginas y lo encuentro, esa palabra exótica: dingo. Pero ¿qué es un dingo exactamente? Un perro salvaje, originario del sureste asiático pero común en Australia. *Canis lupus dingo*. ¿Qué pinta un dingo en mi texto? Introduzco la palabra en el buscador y la respuesta no se hace esperar. Todo se remonta a una película que vi en mi infancia.

Es 17 de agosto de 1980 en las inmediaciones de Ayers Rock, hoy reconocido como el monte Uluru, tierra sagrada del Territorio del Norte, en el centro de Australia. Es aquí donde acampa la familia Chamberlain con sus tres retoños. Mientras preparan una barbacoa para cenar, dejan a la más pequeña de la familia, Azaria Chamberlain, de tan sólo nueve semanas de edad, durmiendo pacíficamente en la tienda

de campaña. En mitad de la cena, Lindy, la madre, cree percibir unos ladridos de perro. Nadie más parece escucharlos, pero su instinto le dice que algo va mal, así que se abalanza sobre la tienda de campaña esperándose lo peor y, en efecto, se encuentra con la tienda vacía: no hay ni rastro de la recién nacida. En medio del terror, la madre aún tiene tiempo de ver la silueta de un dingo que se pierde en la oscuridad. Fue la única testigo de aquello, el resto de la familia sólo oyó los gritos de la madre. De Azaria nunca más se supo.

El caso podría haberse resuelto como tantos otros desgraciados accidentes, quizá hasta imbricarse en la cultura popular y narrarse como una historia con moraleja para padres negligentes. Pero la cosa no acabó ahí. Tras muchas vueltas en la investigación y con un juicio paralelo del entramado mediático australiano operando a todo gas, al final Lindy fue condenada a cadena perpetua por el asesinato de su propia hija. ¿Qué pruebas había de tales hechos? No demasiadas. El cuerpo nunca apareció. Nada indicaba que hubiera una motivación en particular para cometer el asesinato. Unas tijeras supuestamente manchadas de sangre y convenientemente exhibidas ante la opinión pública resultaron estar cubiertas de simple pintura roja. Pero la actitud mostrada por la madre durante el juicio —fría y desapegada— resultó suficiente para que un jurado concienzudo decidiera mandarla a prisión de por vida.

Durante las primeras semanas de su encarcelamiento Lindy dio a luz a un cuarto bebé. Pasó tres años en prisión hasta que aparecieron nuevas pruebas que reabrieron el caso: restos de ropa de Azaria en una guarida de dingos. Debido a las dudas que esto generó, la madre fue puesta en libertad. De todas formas, el caso no se cerró definitivamente hasta 2012, año en que el certificado de defunción de Azaria refrendó que su muerte la había causado un din-

go. Lindy recibió una cuantiosa indemnización por parte del Gobierno australiano por la injusta condena.

No sé quién me dejó ver la película del caso Azaria. Supongo que sería mi padre, ya que solía pasar los fines de semana con él, viendo la televisión mientras él seesteaba a mi lado. Qué no descubriría en esas interminables tardes de sábado y domingo, cuántos monstruos no poblarían mis pesadillas a causa de esas películas: Fu Manchú, tiburones asesinos, marabuntas que rugen, Marisol y su tómbola... Por aquel entonces no sabía que Lindy Chamberlain existía de verdad y que su caso era, y es, el más famoso en la crónica negra australiana. Pero está claro que la historia había dejado un rastro en mí, pues aún lo sigo recordando vagamente; y la palabra dingo, alegre de por sí, todavía envenena mis sueños.

Uluru.

Dingo.

Uluru.

Dingo.

Dos palabras bonitas, saltarinas, llamativas, apropiadas para el título de una novela de éxito. Curiosidad tipográfica incluida.



# Florencia del Campo

Buenos Aires, 1982

Desde el año 2013 vive en Madrid. Es Editora por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y cursó, además, estudios en Letras y Cine. Su primera novela publicada en España se titula *La huésped* (Base Editorial, 2016). Con ella, la autora resultó finalista del Premio Equis de Novela Corta 2014. Un año más tarde publicaba *Madre mía* (Caballo de Troya, 2017). En 2019 resultó ganadora del L Premio Internacional de Novela Ciudad de Barbastro con *La versión extranjera* (Pretextos, 2019). Tiene, además, algunas novelas publicadas en Argentina bajo sellos independientes; y libros infantiles publicados en España.



### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

En verdad, empecé de muy pequeña escribiendo poemas. A los 10 años. Porque a los 9 algo de mi vida cambió y me produjo una profunda angustia. Luego fui creciendo hasta escribir profesionalmente. A los veinte y tantos fue cuando comencé a escribir de esta manera y a publicar en la Argentina.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

La familia, la mujer, la *extranjería* y, casi por encima de todas las anteriores, el lenguaje (las imposibilidades del lenguaje).

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

Alejandra Pizarnik, Marguerite Duras, Albert Camus, Silvina Ocampo.

### **Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Me interesa la ruptura desde la forma. Me interesa la producción de sentido y de ideología desde lo formal. Me interesa que se lleve el lenguaje al límite. Que todo lo dicho esté dicho precisamente ahí donde no hay palabras, donde queda el vacío.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?**

No idealizo ningún tiempo pasado ni futuro. Estoy bien donde estoy y con las decisiones que tomé. Amo estar escribiendo desde España, mi otra nación, la que me dio la otra parte de “plaquetas” de mi sangre.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Estoy trabajando en la idea de escribir un libro, probablemente de cuentos, que recorra la historia de mi familia paterna: desde mi abuelo, nacido en Valdeavellano de Tera, provincia de Soria, que emigra al Litoral de la Argentina, pasando por mi padre y hasta llegar a mí. Construir a partir de mis familiares y de mi biografía personajes que me permitan hacer un recorrido por todas las historias de *migrancia*, por todas las *extranjeridades*.

## SINOPSIS

A un lado del océano, una madre con cáncer.

Al otro, una hija buscando su lugar, su identidad, su libertad imposible.

*Madre mía* es una autoficción sobre el dolor, sobre la pertenencia y sobre la familia. En esta novela, Florencia del Campo traza un recorrido descarnado y honesto a través de los elementos que delimitan las filias: la culpa, el amor, el reconocimiento, la obligación, la distancia, lo extranjero de nuestra propia condición familiar.

No hay pudor en esta historia, no hay respiro. La afilada voz literaria de la autora se mezcla en un arriesgado viaje con las múltiples voces de una conciencia sarcástica y necesaria y los diversos escenarios de las ciudades de acogida, y construye así un retrato implacable: por muy limpia que esté la herida, no se puede huir de la raíz.

## MADRE MÍA

(fragmento de novela)

### V

7 de octubre de 2012. Tía E.:

«Ayer no te conté porque era mucho, pero había hablado con tu mamá y me pidió, diciéndome que no la abandone en esto, que le consiga un médico que la pase para el otro mundo porque no aguanta más. No conozco a nadie, pero le dije que averiguaría. Mentira. Ni loca. Un día le dijo a S. que pensaba matarse con gas. [...] Estoy escuchando a Chávez, que ganó. Y tenía cáncer. Yo no creo que tu mamá se muera pronto.»

Diez días después: 17 de octubre de 2012. Cumpleaños de mi padre. Lo llamé desde París. Yo estaba sentada en un sillón naranja que se mecía. A mis espaldas quedaban el balcón y la lluvia. Siempre llueve sobre París, los balcones son un desperdicio, el sillón naranja se mecía. A mi izquierda, el baño y la cocina. A mi derecha había un francés. Me miró mientras duró la conversación y se fascinó de no comprender una sola palabra (*que aunque es palabra [...] un poco hay que adivinarlo*). Lo único que hice con él fue mirar cine, te hizo competencia, yo ya empezaba a reemplazarte. En París era de noche, en Argentina era de día. Era invierno en todas partes.

El sillón naranja se mecía. En esa ciudad estuve dispuesta a movimientos que no fueran avances. Sutiles salpicaduras de los dedos de mis pies contra el suelo, instante de aire y de nuevo suelo. Mecerse. Con mi padre no conversé nada narrable. El lenguaje también se mecía: palabra por la palabra, instante de silencio y de nuevo palabra. Instante de silencio. Y de nuevo suelo. Mecerse otra vez. A mi derecha, el francés que me miraba; a la izquierda, la casa nunca mía. A mis espaldas, era lluvia París en la ventana.

Cosas que hice en París: ir al Musée d'Orsay, ir al Louvre, ir al Palais de Tokyo, ir al Pompidou, ir a la Shakespeare and Company, ir a la Biblioteca Nacional. Al primero fui sola, al segundo fui con un chico cuyo nombre no recuerdo o tal vez nunca supe. Al Palais fui con mi amigo A. en varias ocasiones, una de ellas porque había una feria de editoriales independientes. Conseguí algunos catálogos y hablé con él de varios proyectos. Fuimos a tomar un café a una terraza de la zona y me dijo: «Es carísimo porque este barrio sería como el Recoleta de Buenos Aires». Al Pompidou fui con una de las peores resacas de mi vida y luego me volví con el italiano que se había encargado de emborracharme la noche anterior. En la librería me robé un libro de Paul Auster que más tarde le regalaría a R. en ese paréntesis que habíamos incrustado en nuestras vidas y que había hecho posible que él y yo nos conociéramos en Buenos Aires a pesar de no estar viviendo ninguno de los dos en esa nuestra ciudad natal. Pero a la Biblioteca Nacional fui todos los días a trabajar. Usaba para ello el carné del francés que me miraba mientras yo me mecía en el cine que era París en esa casa.

Después. La noche en que moriste en la cama ortopédica que se había ubicado en tu habitación, S. pidió comida por delivery: asado con papas fritas para mis dos hermanas y ella, empanadas para mí, que no quería comer carne.

*¡Venga ya! ¿Vas a contar el festín que se montaron mientras yo agonizaba?*

Tomamos cerveza.

*Y sigue... Seguro que también fumaron.*

Vos yacías sobre esa cama ortopédica de respaldo de metal enrejado, como una bolsa de agua. Tu cuerpo parecía una aguaviva, muerta, que fue arrastrada por la marea hasta la orilla. La mano izquierda se te caía, cada tanto te la acomodábamos sobre el pecho.

*¿Como en el cuadro de El Greco que teníamos colgado en el comedor?*

Tenías los dedos muy hinchados, daba impresión ver cómo la alianza de plata que llevaste siempre puesta te decoraba haciendo un torniquete.

Cuando vino la gente de Pami (la asistencia médica integral para jubilados) a retirar tu cuerpo, me pidieron que les prestara lavavajillas para quitarte el anillo. Fui a la cocina, lo agarré. Estaba junto a la pileta de lavar los platos, pertenecía a ese lado del mundo donde habían quedado las cosas simples después de aquella lámina de Madrid.

Anduve con el lavavajillas en la mano por el pasillo que conducía de la cocina a tu cuarto. En la entrada de tu dormitorio me esperaba el chico que me había hecho la petición, con la puerta entornada, para evitar que pudiera verte.

Pero espíe.

Te habían acostado sobre el suelo. Tenías una manta encima. Tomó el lavavajillas. Cerró la puerta tras de sí. Quedé mirando la puerta de madera. Ya no era metal. Una madera. Dividía. El mundo de las cosas simples y la gente viva. De un cuarto de muerte. El lavavajillas pasó. De una dimensión a otra. Puede ser que desde ese día. Yo haya empezado. A no estar. Del mismo lado. De la lámina. Que vos.

¿Cuál es tu dimensión ahora? Has dejado un hilo de baba invisible que contamina y contagia; babosa, tu arrastre es tu huella. Otra cosa era saltar tu marca. Pero ahora que ya se ha mezclado el dormitorio con la cocina, que se vive del mismo lado del que se comen los calamares, que comer los calamares es la vida misma y no hay más, no hay más menú que no sea así, ahora, ahora perdí de vista tu rastro para esquivarlo. Pero si te encuentro en una película me queda claro: no había lados, no había líneas. El tiempo fluía. El viento sonaba en la ventana que daba a un gran árbol, en el frente de nuestra, tu casa, que arrancaba las baldosas de la acera con su fuerza inevitable de raíz. La naturaleza y la vida hacían lo propio, siempre fue así. Y, en esos momentos, tal vez estuvimos en calma un rato, solo un rato, porque la vida en realidad está acá (imaginate mi mano acariciando una mesa), en esta superficie. Una no se sale de los bordes nunca, ni aunque le sucedan cosas expansivas. Algo esencial de lo que no se huye.

¿Tengo derecho a escribir esta historia?

Esta historia que se escribe, también, con la historia clínica que ya fue escrita.

Las historias de enfermedad siempre son un poco inventadas.

Hay un juego de ficción en la visita al médico y el relato que se le hace. Como si decir me duele acá pero ayer allá y hoy me encuentro un poco mejor pero ayer peor fuera azaroso, como si el lenguaje no alcanzara para narrar un cuerpo desbordado. En historias clínicas tan largas, en enfermedades tan mortales, es como si narrando nos calláramos, como si contar fuera tartamudear hasta la afonía.

¿O decir salva?

¡Pero qué digo! ¡Que me hunda lo que digo! Vos no ibas por el discurso, ibas de verdad con esperanzas, y a veces salías decepcionada.

Será porque vos eras la enferma, y no era tu tarea reflexionar sobre la palabra.

## VI

19 de octubre de 2012. Marsella.

Fui hacia el sur, entre otras razones, para huir del frío y la lluvia. Resultó que había un temporal y el viento me rompió tres paraguas. Conocí a V. en esa ciudad. Me despertó dos sentimientos: el primero, que tal vez ya no quería moverme, que empezaba a desear una casa donde poder consumir películas y música sobre todo, y donde poder guardar mi ropa. Al ver a V. una tarde con una falda roja, parecida al atuendo de Caperucita, pensé que, probablemente, empezaba a necesitar eso: los pequeños símbolos que sobre un mueble o sobre el cuerpo, lo mismo da, hacen a una identidad o un lugar de pertenencia, y que sirven para salir a enfrentar la vida cotidiana, no el mundo. La vida cotidiana donde es necesario que el reflejo que nos devuelven las cosas no se cuestione. Un orden, cierta disciplina adquirida porque el caos ya fue recolectado.

El caos fue recolectado.

Esta idea del campamento base como sitio que necesito y anhelo al tiempo que le rehúyo y lo cancelo es la irresolución más actual de mi vida. Y, desde luego, la expresión de mi fase más neurótica.

El caos fue desparramado.

Segundo sentimiento: rechazo por un cierto modo de hablar muy precario que entretiene y distrae con latiguillos y demora la idea o la cuestión.

Rojo.

Ventajas de tener miopía: miré por la ventana. Pensé que era el atardecer pero era un edificio rojo que había enfrente.

No disponer de la vista.

Pasé todo el mes de octubre de 2012 en Francia. Conocí a F. gracias a A. Pude quedarme en casa de E., en París, una

temporada. Eso me alivió: París no es solo museos y cultura, cine y francés. También es lluvia, frío y vergüenza. Antes de F., pasé algunas tardes sentada en los lavaderos automáticos de ropa. Son locales sin empleados, funcionan con monedas. Al fondo estaban las lavadoras y a los costados, sillas para esperar a que acabara el lavado. Yo me sentaba a estar. Fue la época en la que conseguía camas donde pasar la noche pero no casas donde pasar la tarde. Si entraba alguien simulaba que esperaba. Que uno de los montones de ropa girando era mío. Afuera llovía todos los días y todos los días no podría haberme refugiado en un sitio que obligara a consumir. Fue la época en la que aún no había conseguido el carné para trabajar en la biblioteca. Una amiga de Buenos Aires me dijo que me imaginaba en los cafés parisinos escribiendo novelas: no, normalmente estoy en los lavaderos de ropa almorzando comida turca, le contesté en el email.

Me gustaba estar en casa de F. Hablaba muy poco y leía mucho, además creo que me admiraba. Me preguntaba por mi vida. Le regalé un libro sobre Portugal que luego he extrañado mucho y que en más de una ocasión me habría gustado consultar. Todas las veces fue un consuelo recordar que quien lo tenía ahora era F. y ninguna otra persona.

F. enfermó. No sabíamos lo que tenía. Creíamos que pasaría. Le compré manzanas.

Le pregunté cada día si estaba mejor y me dijo que sí. Pero un día vi que no se podía poner de pie para ir al baño.

No pasa nada, decía, que miráramos una película. Miramos varias.

Que leyéramos. Leímos horas las dos en la misma cama. Afuera llovía. Todo igual.

¿Nada, F.? ¿Segura?

Nada.

Pero no se podía poner de pie para ir al baño.



Fue a consultar a otro médico, uno de mucha confianza según su hermana.

Nada. No era nada. Esta pastilla cada ocho horas, tal dieta y este antifebril.

¿Nada?

Nada. Misma opinión que médico anterior: nada.

Pasaron días.

¿Seguro que estás mejor? Que sí, que sí, me respondió cada vez.

Que no pasaba nada.

Otra película, otro libro, la lluvia. París, nada.

F. a punto de morir. Yo viajando.

*Siempre estás viajando mientras los demás se mueren.*

La operaron de urgencia. La salvaron.

Cuando volví a verla, F. me dijo: «Es una experiencia interesante no poder disponer de tu cuerpo para nada».

Quedé tartamudeando de miedo.

Para nada.

La muerte de F. me habría parecido una de las cosas más injustas del mundo. No tenía ni treinta años. Yo tampoco, pero yo no estaba muriendo, viajaba.

*Todo el tiempo, sin parar.*

Presente. Llego a mi casa de Madrid. Hay una mujer, una especie de peluquera a domicilio, haciéndole el tinte a otra que vive conmigo. Recuerdo entonces cuando A. iba a tu casa a lavarte la cabeza. Era julio de 2012, estabas recién operada y la cicatriz te imprimía una vía de tren que te bordeaba las costillas derechas, yo llevaba siempre puesto un saco de lana que imitaba un patchwork, A. y vos me lo miraban y lo tocaban a ver cómo había sido tejido, todo tenía que ver con las manualidades o la estética, conversaciones de salón de belleza, la cosa simple. Las visitas de A. ese invierno por la tarde, junto con alguna que otra visita de

una enfermera por la mañana, pintaban una rutina mínima y necesaria para vos y para mí. Yo necesitaba que alguien te entretuviera, que las cosas pasaran también por otras personas. Luego, creo que era un viernes, salí al frío espantoso que hizo ese año para comprarte remedios en la farmacia que estaba al otro lado de la Plaza Irlanda. Mientras regresaba por encima de esas baldosas de la Avenida Gaona, toda mi vida pisadas, comprendí que ya no me hallaba, me sentí como un cuerpo evaporado; asumí que había cometido el acto de irme y que era irremediable aunque regresara.

No importa cuántas veces una se vaya, la que realmente cuenta es la primera.

Julio de 2013. Un año después del crudo invierno, de rayos de sol famélicos, de vías de piel, de cuerpos a vapor. Interés por la cuestión moral. Le consulté a mi amigo R. su opinión sobre si tenía que ir a verte o no antes de que murieras. Quería que me contestara desde un punto de vista que considerara, principalmente, los aspectos morales. Su respuesta fue contundente: adjetivó mi ausencia con el calificativo de «deliberada» y arriesgó que sin dudas me alejaría de mis hermanas; se refirió a mí como «nómada» y me dijo, incluyéndose, que ese tipo de personas «somos egoístas por necesidad»; consideró que era válido que yo defendiera mi independencia pero sospechó que podría sentirme muy mal a posteriori; me aconsejó que tomara la decisión que menos me lastimara aunque señaló que al tratarse de familia uno siempre sale raspado («hay que ver cuánto es lo menos posible», agregó); aseveró que la ética siempre está en nuestra vida privada, que eso es natural; me diferencié claramente algo: culpa de responsabilidad, dijo: «No eres culpable de nada [...] pero te sientes responsable por estar lejos». Agregó: «Yo te apoyo moralmente en todo lo que hagas. [...] Nunca te he querido más que ahora».

La pregunta que yo estaba haciendo era: ¿tenemos (hijos e hijas) la obligación (moral) de cuidar a nuestros padres cuando enferman o es algo que puede elegirse (según los sentimientos, la historia, las circunstancias...)?

Entonces comprendí que esta pregunta hecha por mí en ese momento no iba a poder desvincularse nunca de lo individual o de mi situación en concreto. Y más aún: que cualquiera fuera su respuesta, en realidad siempre iba a tener que ver un poco con los costes y las consecuencias.

Temí que no existiera una respuesta (porque tal vez siquiera una pregunta) capaz de despejar una situación puntual para hablar de esto.

Un mes después de la pregunta moral: 17 de agosto de 2013. Tomé un avión con destino a Buenos Aires que hizo escala en Múnich y en Frankfurt. Llegué el domingo 18 de agosto por la mañana. Por la tarde fui a verte, te encontré hecha una aguaviva. La alianza del dedo te hacía un torniquete. No me miraste ni me hablaste, ya no abrías los ojos, ya no estabas consciente. Te saludé y te dije que estaba, que había llegado. Nada. Silencio de marea muerta, madre mía, aguaviva, mamá muerta. Regresé a la casa de mi hermana M. para pasar la noche allí, al día siguiente iba a ser feriado y yo me ocuparía de cuidarte día y noche. Camino de tu casa a la de M. paseé por una feria que habían montado en Plaza Irlanda, el parque que estaba a medio camino entre una casa y la otra. Era de temática étnica, se podían probar comidas de diferentes países, también vendían souvenirs típicos o autóctonos. Me sentía en paz, liberada, con una decisión tomada, con algo haciéndose casi solo. De marea a estela. El lunes 19 fui por la mañana, te cuidé desde temprano, luego llegó S. y a la hora de la cena pedimos comida por delivery: asado, papas fritas y empanadas. Insólitamente hacía calor, sacamos la mesa al patio para cenar al aire libre, era un calor ficticio

en agosto, imposible, irreal. A las doce en punto, después de cenar, como si fuera un brindis, había que darte la medicina en boca con jeringa. Tenías problemas para tragar. Mi hermana M. y S. ya se habían ido. L. decidió ayudarme a darte los tres remedios. Inserté el primero. No te pasaba, tuvimos que masajearte la tráquea para que el líquido se deslizara, vos ya no podías hacer nada, L. intentaba levantarte un poco el torso para encontrarte una postura más erguida y que la verticalidad ayudara a que tragaras, yo masajear tu tráquea por momentos, eras muy pesada ese día, se nos hacía casi imposible moverte, no podíamos no darte la medicina para el dolor, habría sido terrible, sudamos, nos arremangamos, te empujamos desde la espalda y te tiramos de los brazos, pusimos almohadas detrás de tu cuerpo para sentarte, dimos vueltas a la manivela de la cama ortopédica muchas veces, comenzaste a hacer un ruido raro, a líquido en la garganta, temimos que no hubieras tragado nada, burbujearas dentro, a L. eso la angustiaba mucho porque tenía miedo de que sufieras dolores, yo empecé a pensar que ese sonido iba a tener que detenerse de algún modo, pasaron cerca de quince minutos, seguías haciendo el sonido cada vez más fuerte, nosotras estábamos agotadas, luchábamos con tu cuerpo, babosa, aguaviva, de pronto pensé en F., en la imposibilidad de disponer del cuerpo para nada, y comprendí perfectamente lo que estaba sucediendo. El ruido era ensordecedor. Visualicé, como en una fantasía, que solo iba a parar agujereándote la tráquea. Le clavé una mirada a mi hermana y le dije: llamá a una ambulancia, ¡ya!

Salió corriendo la de la habitación a buscar el teléfono. Yo fruncí los párpados y los labios y se me dibujaron tres asteriscos. Cuando volvió, me dijo que le habían contestado que enviarían una. Opinó que podían llegar a tardar más de una hora. La miré, ella me miró deseando que yo dijera algo,

pero no se atrevió a preguntarme nada. Flotaba una nube sin viento. De fondo, madre-trueno. La agarré de un brazo y le dije: esperemos afuera.



## Jordi Nopca

Barcelona, 1983

Es escritor y periodista. Desde el año 2010 es redactor del diario *Ara* y coordinador del suplemento literario semanal *Ara Llegim*. Su última novela, *La teva ombra* (2019) –disponible en castellano en Destino con el título *En la sombra*– ha sido distinguida con el primer premio Proa, con una dotación económica de 40.000 euros. Anteriormente ha publicado el libro de relatos *Puja a casa*, traducido al castellano, neerlandés y próximamente al inglés y la novela *El talent* (2012). En 2013 recibió el Premio Memorial Pere Rodeja, otorgado por el Gremio de Libreros de Cataluña, por su labor en el campo de la divulgación literaria. Además de publicar regularmente en el diario *Ara*, ha escrito artículos también para *Time Out Barcelona*, *La Vanguardia*, *Avui*, *L’Avenç*, *F*, *Ínsula*, *Benzina* y *Mondosonoro*.

### **¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?**

Empecé a escribir porque mis abuelos me compraron una pequeña libreta cuando tenía siete años. Los dibujos no eran suficientes para la historia que quería contar y, sin quererlo, empecé a complicarme la vida juntando letras y palabras.

### **¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?**

Todo lo humano y buena parte del mundo animal. También la discontinuidad de la memoria. Añadiría, por último, la inestabilidad psicológica.

### **¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?**

J.D. Salinger, Mercè Rodoreda, Boris Vian, Franz Kafka, Samuel Beckett, Astrid Lindgren.

### **Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?**

Todo lo que pueda resonar a las vanguardias de la primera mitad del siglo XX me interesa; también la exploración del inconsciente y el subconsciente, ya sea en prosa o en verso.

### **¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?**

Me conformo con esta época y con mi ciudad, Barcelona.

### **Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?**

Acabo de publicar mi última novela, *La teva ombra*, y su traducción al castellano, *En la sombra*. Escribo con regularidad –aunque sin un método claro–, y tengo varios proyectos entre manos: me gustaría poder acabar la próxima novela a finales del 2020 para publicarla, con suerte, un año después, o quizá un poco más adelante.

## SINOPSIS

En el verano de 2011, Pere, un joven de veinticinco años que vive en Barcelona con sus padres, se distrae escuchando música electrónica, trabajando en el proyecto de una página web de ocio y cultura y con los encuentros sexuales con Kate, una enigmática violinista inglesa. Pero no consigue sacarse de la cabeza a Laura, su exnovia. Mientras, su hermano mayor, Joan, maestro de primaria y lector voraz, lleva una vida secreta que lo afectará de lleno. Las vidas de los dos hermanos protagonistas transcurren en paralelo, a veces como dos ríos, a veces como dos coches en sentido contrario, y confluirán en varias ocasiones —y de manera inesperada— a lo largo de la novela.

Una ambiciosa novela sobre la identidad personal en nuestros días que combina de manera brillante el drama y la ironía.



## EN LA SOMBRA

(fragmento de novela)

Laura pasó a recogerme en coche. Mis padres pensaron que había quedado con ese «grupo de amigos que también son compañeros de trabajo» —quizá era al revés, o ninguna de las dos cosas—: les conté que habíamos decidido vernos en un pueblo de la costa para cargar las pilas de cara al último empujón que tendríamos que dar en septiembre, antes de arrancar nuestra web. En lugar de eso, abrí la puerta de un Seat Ibiza rojo y me encontré con las piernas esbeltas de mi exnovia. Rápidamente desvié la mirada hacia su cara. Me estaba saludando con una sonrisa acogedora que no se desvaneció cuando me acerqué para darle dos besos.

—¿Cómo estás, demonio? —preguntó.

—Como una cabra.

—¿Y aparte de eso?

—Voy tirando y poco más.

Noté que llevaba un perfume distinto: la fragancia de un bosque tropical después de la lluvia. Esta complejidad denotaba aumento de poder adquisitivo. Cuando estábamos juntos, a Laura jamás se le habría ocurrido la opción de llevar *shorts*, ni siquiera en verano —era más de faldas y vestidos—; ese día, sin embargo, se había puesto unos, y le

quedaban muy bien: esta era la segunda diferencia respecto a la chica que conocía. Llevaba una camiseta negra, con el nombre de una marca estadounidense impreso en una manga. Debía de haberla estrenado hacía poco.

Durante el trayecto en coche apenas abrí la boca, paralizado por la crónica minuciosa de su aventura en Estados Unidos, que escuché con paciencia y envidia. Había ido para escribir un reportaje sobre la nueva escena literaria de Nueva York para el diario madrileño donde trabajaba. Pero había acabado encadenando una semana de trabajo con unas vacaciones que se habían alargado un mes.

—El primer día que me llamaste estaba a punto de entrevistar a una autora que acaba de publicar una novela sobre una familia que se gana la vida domando caimanes en un parque temático. Karen Russell. ¿Te suena?

—Ni remotamente.

Me dijo que había alquilado una furgoneta con un grupo de amigos sin precisar cómo se llamaban ni cuántos eran ni cómo los había conocido. Habían pasado por Atlantic City y por Washington, y cuando comprobaron que la capital del estado era una ciudad demasiado aburrida, subieron hasta Pittsburgh. Así acabaron cruzando Pensilvania hasta Ohio, y de allí siguieron hasta Indiana —me recomendó que si algún día iba por allí me pasase por Fort Wayne—; después de quedarse unos días en Chicago, en el norte de Illinois, subieron hasta Wisconsin. Desde allí saltaron a Minnesota para visitar Duluth, la ciudad donde nació Bob Dylan.

—Es pequeña pero tiene su rollo, sobre todo el frente marítimo.

Desde Minnesota cruzaron a Iowa, y en Misuri visitaron San Luis. Mientras cruzaban Kentucky coincidieron con un grupo de estudiantes argentinos que venían de Cleveland y que hicieron que les entrasen ganas de ir.

—Me habría quedado a vivir allí —me dijo—. Cleveland es una ciudad maravillosa.

Cruzamos Palamós en coche para llegar hasta la urbanización donde estaba la casa de los padres de Laura. Cuando vi la playa abarrotada de gente lamenté no haber llevado el bañador. Quizá el chapuzón habría ayudado a romper la distancia entre nosotros, pese a que no acababa de estar seguro de que fuese eso lo que necesitáramos.

La casa unifamiliar, herencia de la rama ampurdanesa de la familia de Laura, era tan acogedora y elegante como la recordaba. Poco después de sentarnos en el sofá de piel del comedor, me di cuenta de que la alfombra que tantas veces había acogido nuestros cuerpos ya no estaba. La chimenea me observaba con socarronería, comparándome con el resto de los amantes que debían de haberse tumbado en el mismo sitio que yo, recalentados por la temperatura hipnótica de las llamas. Me ausenté un momento para ir al baño, y de paso le eché un vistazo a la habitación de la tía abuela, que tantas veces habíamos profanado. Allí estaba aún la colcha antigua. Me habría tumbado un rato para comprobar que en el bordado seguía presente algún rastro del placer que habíamos vivido juntos, pero no me dejé vencer por la tentación.

En el salón, Laura me esperaba con un fajo de papeles sobre las piernas. Era su nueva novela, *Océano Atlántico*.

—No tiene nada que ver con lo que habías leído hasta ahora. Podríamos decir que he cambiado de estilo y de intereses.

—¿Qué quieres que haga con ella?

—Muy sencillo. Quiero que seas el primer lector del libro.

—¿Cómo?

—Yo tengo que vaciar la habitación. Ver qué parte de la ropa que tengo aquí me puedo llevar y escoger algunos libros y discos. Tengo para un buen rato.

—Ni que te marcharas para siempre.

—De eso ya hablaremos luego.

—Esas palabras han sonado fatal.

—Lee la novela, por favor.

Y dijo mi nombre.

Fue a través de la ficción como pude reconstruir la peripecia vital de Laura. En la primera parte del libro combinaba los meses de adaptación en el periódico de la protagonista, que se llamaba Sandra, con el recuerdo bilioso hacia mí. Me había bautizado con el nombre de Eduardo. Me situaba en un barrio acomodado madrileño, me dibujaba aún más alto y promiscuo. A la hora de imaginar el sexo con Kate, a quien se refería como Rachel, se quedaba corta. Hablaba de encuentros breves, lacónicos, en los que el personaje que me representaba era incapaz de alcanzar el orgasmo porque estaba lleno de remordimientos. «Era un ser reconcomido por un estruendoso sentimiento de culpa», escribía. Leí en diagonal los pasajes donde recordaba lo mal que lo había pasado después de enterarse de mis infidelidades constantes. Decía que el motivo principal por el que me había dejado no era que la hubiese engañado con otra, sino que conmigo se sentía estancada. «Eduardo es un charco de agua sucia»: con esta analogía tan poco pertinente definía a mi personaje.

La segunda parte se me hizo más difícil de leer. Un día cualquiera, después de salir de la redacción, Sandra iba a tomar una copa con Ignacio, uno de los subdirectores del periódico. El hombre, que rondaba los cuarenta, lograba llevársela a un hotelito del barrio de Malasaña. Poco después de enrollarse, todavía desnudos uno al lado del otro, él le informaba de que tenía que volver corriendo a casa, porque su hija padecía otitis y al día siguiente a primera hora de la mañana tenía que llevarla al médico.

Continuaron viéndose de manera furtiva durante unas cuantas semanas hasta la fiesta del décimo aniversario del periódico. Las sospechas de algunos compañeros de redacción quedaron confirmadas cuando los pillaron metiéndose mano, en la salida de la discoteca donde habían ido a parar, como si el mundo fuese a acabarse dos horas después. Sonaba un reguetón lúbrico de fondo que Laura consideraba necesario detallar: «Ah ah *whoa* dale mambo ah (entre tú y yo) / dale mambo (*daddy*) / son cosas que pasan en el barrio fino». Cuando terminé de leer este capítulo hice una pausa para ir al baño. De camino vi que en la mesa del comedor había un ejemplar de *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger, una de las novelas que Joan me había recomendado mil veces que leyera y que aún tenía pendiente. Laura estaba en el piso de arriba, llenando las maletas con la parte de su pasado que no quería *dejar atrás* —ya comenzaba a expresarse como una de sus marionetas narrativas—. ¿Quizá se iba a vivir con el auténtico Ignacio, o había decidido cambiar de trabajo y de país, empezar de cero para huir de aquel segundo fracaso? Me habría encantado leer: «Ignacio también es un charco de agua sucia».

En el penúltimo capítulo, ella se iba a la cama con otro exnovio, pero de madrugada soñaba que este tal Marcos —un desliz circunstancial y prescindible— era un psicópata que la quería matar y huía de la habitación mientras él aún dormía. Pocas páginas después, Ignacio, que acababa de separarse de su mujer, se tomaba un año de excedencia en el trabajo y le proponía a Sandra instalarse juntos en Nueva York, donde seguirían haciendo colaboraciones para el periódico y para otros medios: un nuevo horizonte profesional se abría ante ellos. *Océano Atlántico* terminaba en el Empire State. En lo alto, con todo Manhattan desplegado a sus pies, Ignacio le pedía a la protagonista del libro que se casase con él, y recibía una respuesta afirmativa. *The end.*

Dado que ya estaba al corriente del último año de Laura, habría podido marcharme, pero esperé a que ella terminase de hacer las maletas. Me senté en el sofá, aturdido, con la mirada puesta en el lugar donde debería haber estado la alfombra, imaginando la posible flacidez corporal de un hombre que rondaba los cuarenta, hasta que ella me preguntó desde una distancia prudencial —por si acaso me tiraba encima de ella como una fiera resentida— si la novela me había gustado.

—Mira, no sabría decírtelo —solté, y enseguida maticé la postura—: No tengo la suficiente distancia con todo lo que cuentas. Y el Eduardo ese con el que me comparas me parece una caricatura grotesca de...

—Tú no tienes nada que ver con él.

—Ya. Y tú tampoco te vas a vivir a Nueva York, ¿verdad?

Esta réplica le dolió: Laura se mordió el labio y volvió a esconderse en la cocina. Fui detrás de ella, pero cuando volví a pasar por delante del libro de Salinger me detuve, hipnotizado por la cubierta. Antes me había parecido que debajo del nombre del autor y del título de la novela había alguna imagen. Ahora, esa fotografía o ilustración se había esfumado y solo quedaba una superficie de color carne que me daba la impresión de tener una textura blanda y tibia, aún viva. Laura asomó la cabeza y se quedó apoyada en el marco de la puerta, con medio cuerpo visible y el otro, fuera de mi campo visual. Puede que todavía tuviese alguna noticia más que darme. ¿Y si estaba embarazada? ¿Estaba planeando tener el bebé en Estados Unidos? ¿Americanizarlo desde el nacimiento, para que creciese fuerte, indestructible, siguiendo una dieta hiperproteica? Me hacía este tipo de preguntas estúpidas mientras la observaba.

—Llevo todo el día intentando pedirte perdón por haberme comportado contigo como un imbécil —murmuré—. Desde que te perdí, mi vida ha sido una puta mierda.

Laura me miraba como si se le acabase de clavar una piedra en el zapato.

—Eso es lo que quería decirte. Me equivoqué. Mucho. Entiendo que durante todo este último año no hayas querido saber nada de mí. Has sabido espabilarte y vuelves..., vuelves a tener pareja, o incluso marido, y me parece perfecto, pero no me hagas leer una maldita novela sobre lo bien que te va la vida. —Hice una pausa para tomar aire—. Es hora de que me vaya.

Me di la vuelta y salí del comedor, dando un sonoro portazo. A diferencia de lo que habría pasado en una telenovela, me encontré la verja del jardín cerrada con llave, y me quedé unos minutos en aquella tierra de nadie, rodeado de plantas que necesitaban atenciones inmediatas y mirando cómo pasaban los veleros y los glass boats llenos de turistas.

—Has cerrado con llave —tuve que decirle a Laura cuando apareció en el jardín con un cigarrillo colgando de los labios—. No sabía que fumaras.

—Solo cuando estoy muy nerviosa. Como ahora, ¿sabes?

Volvió a decir mi nombre y yo repliqué pronunciando el suyo en voz alta, como si fuese el eslogan de un partido político de extrema derecha:

—Laura.

—Qué quieres.

—¿Podrías abrirme la puerta del jardín? Quiero volver a Barcelona.

Mientras entraba en la casa a buscar las llaves, pensé en los cubitos de nieve carbónica de mi padre. Puede que mi cabeza aún no estuviese humeando, pero podía notar cómo se derretía, y no tenía nada que ver con el calor: hervía de vergüenza y de malestar y de asco y de resentimiento. Era puro dióxido de carbono.

—Quédate un rato. Ni siquiera hemos comido —dijo con la mirada clavada en las llaves, que sostenía en una mano, a modo de cuchara, como si pudiesen tener la tentación de huir—. No me gustaría que te marchases así.

—Hoy tenía que ser el mejor día de las vacaciones de mierda que estoy teniendo —mentí—. Hace tantos meses que tenía que haber hablado contigo que las palabras que pueda decirte ya no tienen ningún sentido.

Después de un breve silencio en el que le pedí un cigarrillo con un gesto y ella no solo me lo dio, sino que me lo encendió con un Zippo dorado, contradije mis últimas palabras arrancando un discurso inacabable, estructurado a partir del lamento. Hablé de la soledad que me había autoimpuesto desde el final de nuestra relación, del distanciamiento de mis amigos, de la mierda de proyecto de la web, e incluso dediqué unos segundos a la lesión a causa de la caída ridícula en la bañera. Ni Kate ni Holly ni los gusanos hicieron acto de presencia: aunque estaba desesperado, era consciente de que no debía decir nada de todo lo que *no existía*.

Después del monólogo me senté en una de las sillas sucias del jardín. Estaba demasiado exhausto para volver a Barcelona en un autobús con olor a *after sun*, agua salada, sudor agrio y efluvios de Paellador, por lo que acepté la invitación de Laura para ir a comer al puerto.

Sentados alrededor de una mesa minúscula, esperamos a que llegase el arroz con almejas, mejillones y rape mientras bebíamos vino blanco. Ambos estábamos decididos a emborracharnos para convertir las frases que salían entrecortadas de nuestro interior en una conversación mínimamente fluida. Cuando llegó la comida solo nos quedaba un cuarto de botella. Las almejas estaban deliciosas, y el sofrito —salado, consistente— ayudaba a devorar el arroz con mayor avidez, dijo Laura, antes de quejarse de que había pocos mejillo-



nes. Después de aquel comentario me imaginé a Ignacio, un hombre de mundo que debía de tener opiniones expertas acerca de cualquier plato que hubiese comido como mínimo una vez. Estaba tan perjudicado por la segunda botella de vino blanco que se me ocurrió un estómago hinchado que emitía veredictos abruptos abriendo y cerrando el cardias. Aseguraba que era una víscera con una larga experiencia, y a continuación proclamaba:

—El gusto debe ser radical.

El estómago habría continuado con el discurso de no ser porque Laura me devolvió a la realidad repitiendo mi nombre unas cuantas veces.

—¡Te estabas durmiendo! De repente has cerrado los ojos y ya no los has vuelto a abrir.

—La culpa es del sol —improvisé.

Poco después de liquidar la paella, Laura se levantó para ir al baño. Cuando me quedé solo me bebí el vino de la copa de un trago y la rellené.

—Me dijisteis que Laura contestaría al teléfono y teníais razón —dije, con la mirada fija en el cielo. La luz del sol era tan intensa que los ojos me hacían chiribitas, un poco más tostadas que los gusanos de nuestra cocina, pero perfectamente aptas para mantener un breve diálogo de tipo filosófico—. ¿Qué debo hacer ahora? ¿No queréis darme algún consejo para arreglar un poco este desastre?

Me concentré tanto como me fue posible para recibir el mensaje, pero no llegó.

—Más que reencontrarnos, parece que cada uno haya asistido al funeral del otro.

De soslayo vi que Laura se acercaba.

—¿Estabas hablando solo?

—Para nada —expliqué—. Tenía una conversación muy interesante.

—¿Te... encuentras bien?

—Olvídalo. No tiene importancia.

Con los ojos cerrados y los gusanos solares bailando bajo los párpados me lancé a una nueva lamentación sobre mi presente. Laura aguantó con estoicismo. Llegué al final del discursito cansado de mí mismo.

—Si tuviese valor, yo también me iría a Nueva York. Buscaría trabajo en un supermercado o en un bar y me dedicaría a pasear por la ciudad en mis ratos libres. Incluso podríamos quedar algún día, ¿no? Iríamos a comer una hamburguesa con patatas fritas. Me permitiría el uso indiscriminado de salsa picante.

—Un día podría llevarte a Chinatown. Creo que te gustaría. ¡Tienen platos rarísimos! Cangrejos que se comen enteros: con concha y todo, quiero decir. Sopa de nido de pájaro. Gelatina de tortuga... Hasta cocinan las medusas.

Más tarde, cuando volvíamos a Barcelona, me dediqué a imaginar la posibilidad de que Laura y yo nos convirtiéramos en amantes. Ella engañaría a Ignacio diciéndole que iba a clases de yoga, pero vendría a verme a la habitación ridícula de Harlem que yo habría alquilado, y después de unos cuantos encuentros breves y silenciosos, parecidos a los de la novela, nos dejaríamos llevar y probaríamos cosas nuevas, que en realidad no eran más que variaciones de lo que ya había puesto en práctica con Kate y Holly.

Todavía en el restaurante, en pleno delirio sobre una posible —e improbable— nueva etapa vital, me aproximé a Laura, decidido a darle un beso, pero ella me detuvo poniéndome un dedo en los labios. Cuando recuerdo la escena, la veo pronunciando a cámara lenta las mismas palabras que aquel primer gusano que levantó la cabeza cuando estaba a punto de aplastarlo con un trozo de papel de cocina.

Me había mirado fijamente antes de decir:  
—No lo hagas.

